Patronato de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

La presente colección bibliográfica digital está sujeta a la legislación española sobre propiedad intelectual.
De acuerdo con lo establecido en la legislación vigente su utilización será exclusivamente con fines de estudio e investigación científica; en consecuencia, no podrán ser objeto de utilización colectiva ni lucrativa ni ser depositadas en centros públicos que las destinen a otros fines.

En las citas o referencias a los fondos incluidos en la investigación deberá mencionarse que los mismos proceden de la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife y, además, hacer mención expresa del enlace permanente en Internet.

El investigador que utilice los citados fondos está obligado a hacer donación de un ejemplar a la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife del estudio o trabajo de investigación realizado.

This bibliographic digital collection is subject to Spanish intellectual property Law. In accordance with current legislation, its use is solely for purposes of study and scientific research. Collective use, profit, and deposit of the materials in public centers intended for non-academic or study purposes is expressly prohibited.

Excerpts and references should be cited as being from the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife, and a stable URL should be included in the citation.

We kindly request that a copy of any publications resulting from said research be donated to the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife for the use of future students and researchers.

Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife
C / Real de la Alhambra S/N . Edificio Nuevos Museos
18009 GRANADA (ESPAÑA)
+ 34 958 02 79 45
biblioteca.pag@juntadeandalucia.es

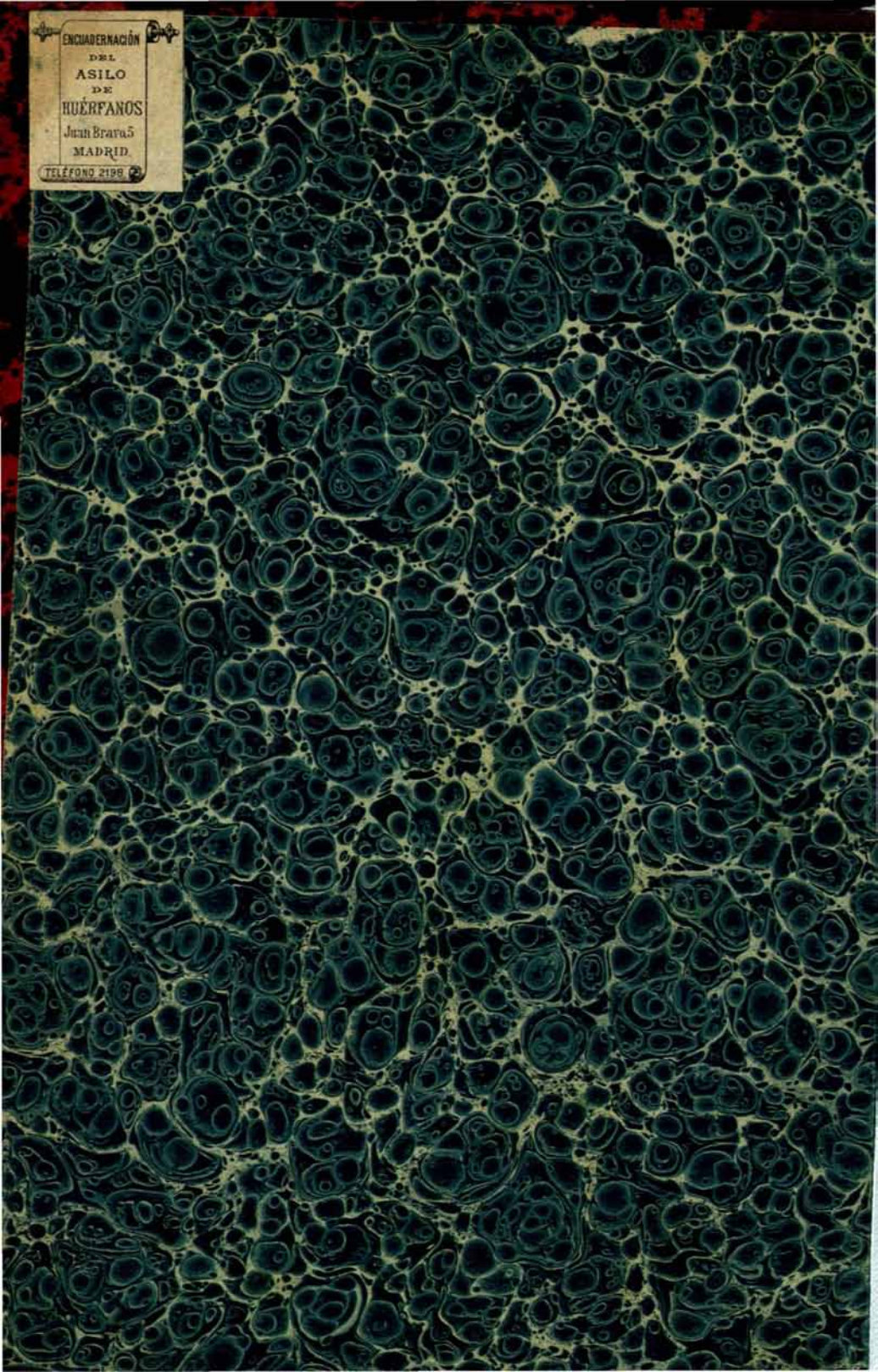
DEL MA
AL
CIELO

A. RUBIO

A-4 / 2 / 23 / B.P.A.G.

Archivo General de la Administración
CONSEJO DE CULTURA

ENCUADERNACIÓN
DEL
ASILO
DE
HUÉRFANOS
Juan Bravo 5
MADRID
TELÉFONO 2198



BIBLIOTECA DE
LA ALHAMBRA
Est. A-4
Tabl. 2
N.º 23-1

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

R 218
BIBLIOTECA DE LA ALHAMBRA

ANTONIO RUBIO.

DEL MAR AL CIELO.

CRÓNICA DE UN VIAJE

Á

SIERRA NEVADA,

CON UN APÉNDICE

QUE COMPRENDE LA RESEÑA CIENTÍFICA COMPLETA DE ESTA REGIÓN

Y

la MEMORIA presentada á la Real Academia
de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, por el Excmo. Sr. General
DON CÁRLOS IBAÑEZ,
respecto á las operaciones practicadas en Mula-Haoen
para el enlace geodésico y astronómico
de Europa y Africa.

Donativo del Sr. Cónde de
Romanones á la Biblioteca
de la Alhambra. 1909

SEGUNDA EDICION.

ALMERÍA.

IMPRENTA DE LA VIUDA DE CORDERO.

1891.

Patronato de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

Quedan cumplidos los requisitos legales para asegurar al AUTOR la propiedad de la presente obra.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCÍA

PRÓLOGO

Hace ya muchos años, era yo niño, y al divisar diariamente desde mi ciudad natal los elevados picos de la Sierra que entre ella y el mar se interpone, sentia un vehemente deseo de visitar aquellos parajes elevadísimos, donde la vida vegetal acaba, donde la existencia animal se hace imposible, durante diez meses del año, y donde imperan nieves eternas, coronando la frente del coloso, á cuya falda se recuesta entre floridos vergeles mi Granada.

Aquellas corpulentas cimas, siempre blancas, penetrando con sus vértices en un cielo purísimo ó cobijándose con el manto de las tempestades, aquellas gigantescas atalayas de la naturaleza, que dominan una extension de tantas leguas, aquella cúspide de España, desde donde la vista debia saciarse en la contemplacion de horizontes sin límites, y de embelesadores paisajes, aquellas crestas abruptas bajo las cuales se desencadenan tantas veces las tormentas, sin atreverse á escalar su excelsitud magestuosa, aquellas ingentes moles, aquella muralla formidable, con la que se encontraban mis ojos todos los dias, despertaban en mi ánimo ideas tan poéticas, tan fervorosos deseos, ánsias tan permanentes, que constituian la nostalgia de mi espíritu.

Yo me recreaba en la ciudad más bella de la tierra; gozaba de sus aromáticas brisas, de sus orientales jardines, de sus umbrosos bosques, de sus murmurantes arroyos, de sus fecundantes rios, de su cielo diáfano, de sus vistosos paisajes; y sin embargo, para la total delectacion de mi ser, faltaba algo de que gozar. Faltaba, y faltó siempre hasta ahora, hollar las montañas de donde vienen entremezclados los aromas que purifican el ambiente, recrearme en la cuna de sus rios, verlos nacer y juguetear despues entre arenas y peñascos, robusteciendo poco á poco sus plateados caudales, posesionarme de aquellas alturas, que forman parte de los encantos de mi patria, y bendecirla desde allí con el alma suspensa en la contemplacion de cuadros tan maravillosos.

Y poco á poco esta necesidad de mi vida hízose más vehemente y enérgica. Mi buen abuelo, á cuya sombra yo crecia, contribuyó, quizá sin saberlo, á poetizar mi espísitu, sembrando en él un gérmen de ideas vagas, y nebulosas aspiraciones, sin forma ni colorido determinado. Sin ser un sábio, sin ser poeta siquiera, sabía dar á su palabra todo el atractivo, que frecuentemente tiene la de aquellas personas que han leido bastante, que han viajado no poco, y poseen las facultades descriptivas de la mayor parte de las imaginaciones meridionales.

¡Cuántas veces, en las noches de invierno, sentados al amor de la candela, despues que me habia tomado las lecciones que yo habia de dar al siguiente dia, oyendo la lluvia azotar los frágiles cristales, ó retumbar el trueno en las concavidades del cielo, contábame el buen señor alguna historia ó conseja, cuento ó tradicion aterradores ó tiernos, que hacian atirantar mis nervios, produciendo en mí sueños, éxtasis, anhelos y sensaciones extraños!

Una cruz, un peñasco, un valle, un collado, no hay sitio ni paraje alguno en mi pueblo, que no tenga una historia de guerras ó de amores, de santos y de aparecidos, de moros y de cautivas, de proezas, de ternura, de hazañas y de melancolía; y no habia, como he dicho, historia profana ó tradicion

JUNTA DE ANDALUCIA P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife CONSEJERIA DE CULTURA

piadosa, cuento horripilante ó narracion interesantísima, que no la supiera mi entusiasta abuelo con todo el lujo de detalles y de fantasia, adecuados á la índole del asunto.

Habia recorrido parte de la Sierra, y me describia valles sombríos, tajos horrorosos, elevadísimos cerros, escondidas aldeas, oscuros bosques, costumbres pastoriles, animales salvajes, flores silvestres, todo con la naturalidad de su bucólico estilo, que tanto me embelesaba. Pero donde mas se esplayaba en sus narraciones, donde avivaba más su colorido, era al relatarme los acontecimientos históricos que habian tenido lugar *al lado de allá* de la Sierra, al lado aquel que mira al mar, y donde no habian podido penetrar nunca mis ávidas miradas. Sabia de memoria á Mendoza, á Luis de Mármol y á Perez de Hita, contemporáneos de la guerra de los moriscos, y autores de historias acreditadas; conocia por ellos todas las *tahas*, todas las poblaciones, todas las fortalezas, todas las atalayas, los repliegues de las montañas, los valles y los reductos donde se habian reñido, hacia tres siglos, tantos encuentros y batallas. Hablábame de D. Juan de Austria, mozo galan y arrogante, tan diestro en las cortesanas lides, como en los combates terrible y valeroso; hablábame del sesudo y experimentado Marqués de Mondejar, y de su émulo el de los Vélez, giganton enorme que medía doce palmos de estatura y tres de hombro á hombro; pintábamelo «armado de todas armas, con su terrible lanzon que constituía por sí solo la carga de un hombre, con su vestido de tres colores, sus botas blancas, y su sombrero de monte muy pespuntado, cabalgando en su brioso caballo bayo, que me parece estarlo viendo, cubertado á la bastarda, y con muchas plumas en la testera.» Pintábame con tan mágicos colores la figura simpática y novelesca de Aben-Humeya, que hacía que el ánimo se le aficionara, y la voluntad se le rindiera; hablábame de Diego Lopez Aben-Aboo y de Aben-Farax, de clérigos quemados, de moriscas acuchilladas, de pueblos talados, de torres incendiadas, de pactos rotos con la mayor injusticia, de venganzas crueles, de saqueos horrorosos, de escandalosas

P.I. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

profanaciones, y me lo describia todo con colores tan adecuados y tan naturales perfiles, que á mi me parecia asistir en espíritu á aquella guerra sin cuartel, sostenida con tal desesperacion entre la cruz y la media luna, en los estratégicos baluartes de las fragosas montañas alpujarreñas.

Y viniendo á tiempos más recientes, él, que habia combatido contra los franceses, durante la guerra acaecida á principios del siglo, hablábame con un entusiasmo indescriptible del famoso Alcalde de Otívar y de otros guerrilleros de la serrana independencia, y encomiaba sus heroicidades, y sublimaba sus hechos, hasta el punto de hacerlos pasar ante mis ojos como nuevos Scipiones, ó mejor dicho, como flamantes Viriatos.

Esta contínua pintura de personajes que fueron, y de escenas que pasaron; las descripciones de aquella naturaleza feraz y salvaje, la contemplacion permanente de aquel *ser* monstruoso que se interponia siempre entre mi mirada y la costa, envuelto allá arriba en su nevado alquicel, y abajo en su colosal túnica de colores, salpicada de broches de plata, que tales parecen las aldeas y caseríos que casi se esconden entre sus repliegues; aquella Sierra, en fin, de donde brotan tantos rios, para dar fecundidad á los campos más pintorescos de la tierra, hacía que para aquella fueran mi pensamiento y mis ánsias.

Más tarde, cuando las lecturas novelescas fueron pasto de mi juventud, cuando escalé las alturas y me interné en los barrancos, llevado de la mano por el novelista más popular, más fecundo y más poético de España, cuando segui paso á paso á sus Monfíes, cuando se acentuó más en mí el gusto y la aficion á los cuadros que pintaba, á las costumbres que describia, y á las hazañas que tan magistralmente narraba, el deseo y el interés de visitar aquellas comarcas, envueltas en el misterio y la poesía, creció en mí, si crecer pudiera el afan ardiente que constituia en mi espiritu, no ya una nostalgia, sino una verdadera monomanía.

Leí despues con grande fruicion cuantos libros encontré

Rio Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

sobre el mismo tema; historias, novelas, descripciones; escuché con ánimo absorto y envidioso corazon las relaciones verbales de afortunados viajeros, que habian logrado sellar su planta sobre aquellos *picos*, donde las nieves reinan, y entonces, dueño ya de mi voluntad y de mi albedrío, resolví decididamente no dar mi cuerpo á la sepultura, sin que antes hubiéranse saciado mis ojos en la contemplacion de las maravillas de *mi* Sierra.

Sí, de *mi* Sierra; yo la llamo *mia*, sin poseer en ella un palmo de terreno donde mezclar el fósforo de mis huesos y el hierro de mi sangre con la arcilla y la cal de sus grietas; yo la llamo *mia*, como llama el hijo á la madre, como el amante á la amada, sin poseerla, como decimos *mi* pátria *mi* Dios. En ella se encuentra sin duda mucho del origen de mi ser: el oxígeno que me vivificó, el azoe y el carbono que lo neutralizaban, la electricidad que atirantaba mis nervios, los manantiales cuyas partículas se confundieron con mis materiales átomos, la base permanente de los alimentos que me fortalecieron, los elementos todos de una vida embrionaria, la luz y la sombra, y la poesía en fin, como impalpable sustancia diluida en los sueños de mi espíritu.

En muy distintas ocasiones intenté hacer el viaje anhelado toda mi vida. Cierta fatalidad invencible vino oponiéndose siempre á la realizacion de mi fervoroso deseo; ocupaciones ineludibles, deserciones más ó menos justificadas en los compañeros de expedicion, desgracias repentinas, hasta tempestades imprevistas fueron obstáculos insuperables, para que yo no pudiera llevar á cabo hasta ahora el proyecto concebido desde muy niño.

Estando en Granada el verano de 1878, formalizamos al fin la expedicion unos cuantos amigos, entre los que era yo el más entusiasta, lo confieso, si bien el menos competente entre todos para el estudio que se proyectaba. Tres catedráticos de aquella Universidad, otro del Instituto de Barcelona, un farmacéutico, profundo químico y distinguido herbolario, doctor en qué sé yo cuantas ciencias, hombre alegre y deci-

JUNTA DE ANDALUCIA BIBLIOTECA DE LA ALHAMBRA Generalife

dor, al par que profundo y estudioso, y por último, otro flamante doctor en medicina, hermano querido, cuya suficiencia, bondadoso carácter y relevantes prendas de corazon le hacen tan estimado; tales éramos las personas que intentábamos asaltar el templo magestuoso de la andaluza naturaleza.

Habiamos hecho algunos un viaje preliminar á la Zubia, y allí, bajo el histórico laurel de la Reina Católica, habiamos ajustado nuestras cuentas, formulado nuestros planes, contratado con los guias, alquilado los mulos del país, marcado itinerario, convenido dia, y en suma, lo habiamos dispuesto todo.

Los físicos y los naturalistas tenian empaquetados sus aparatos, y los simplemente curiosos como yo, sus lápices y su cartera, sus libros y sus anteojos de gran potencia. Soñábamos con la partida, con las emociones del viaje, con los panoramas que habrian de descubrirse, con las cascadas, con los iris, con los bosques, con las nieves..... esto en cuanto á mí, que otros soñaban con insectos disecados, ó con la violacea alpina encontrada bajo la piedra, ó con el esquisto arcilloso, ó con la roca cristalina, ó con las calizas jurásicas, ó con los arcos de meridiano, ó con las depresiones barométricas.

Pero ¡oh infinita desgracia! Llegó el dia que debió servir de prólogo á nuestra comun felicidad. Salimos, cuasi de noche, para ocupar el carruaje que á la Zubia habia de conducirnos; miramos instintivamente á la Sierra, y esta, pudibunda y recelosa, á pesar de que estábamos á 28 de Julio, habia tenido á bien arroparse por completo con un cortinaje de impenetrables nubes, más negras algunas de ellas que la sombra que cayó sobre mi alma.

Esperamos con impaciencia la siguiente mañana. Habiannos dicho que no saliéramos de Granada mientras viésemos nublados sobre el Veleta, y al siguiente dia las nubes se habian condensado más y más en aquellas alturas, y el horizonte se limitaba desde la Carrera á las primeras estribaciones de la Sierra.

Varios dias consecutivos duró el aparato tormentoso de la

cumbre. Entró Agosto; (frio en rostro, como dicen los labriegos del pais,) refrescó el tiempo bastante, y toda la decision y arrojo de siete hombres de corazon, fracasó por unas cuantas telarañas colgadas tenazmente de las erizadas cabelleras de las montañas.

Al año siguiente me anticipé algo más. Dicen los prácticos, que las ascensiones más seguras por la estabilidad de los buenos tiempos, son entre la Virgen del Cármen y Santiago, ó sea del 16 al 25 de Julio. Estaba en los baños de Zújar tomando aquellas milagrosas aguas, y esperando pasar á Granada para realizar oportunamente la expedicion, cuando una inmensa desgracia de familia desbarató por completo mis planes. Mi amantísimo padre pagó por aquellos dias su tributo á la tierra, y mi ánimo no estuvo dispuesto por entonces á recibir otras impresiones que las de la profundísima pena que le embargaba.

Llegó el verano actual, y enterado de que algunos amigos de Almería disponíanse á verificar la excursion por mí tan deseada, no vacilé en incorporarme á ellos, con tanto mayor entusiasmo, cuanto que se trataba á la vez de visitar la Alpujarra, aquella codiciada tierra, tantos años vedada á mis ojos, por estar eternamente amamantándose en los pechos de *mi* Sierra, la cual solo habia tenido por conveniente hasta entonces mostrarme sus espaldas.

Graves obstáculos empezaron á tocarse para la realizacion del proyecto. A quince ascendia el número de los expedicionarios en ciernes; crecida cifra sin duda para unificar voluntades, y sobre todo para viajar con ocho ó diez sirvientes y veinte ó más caballerías, por un país exhausto generalmente de ciertos recursos.

No habian pasado ocho dias, y ya se habia reducido aquella cifra á tres; y dicho sea de paso, todavía esperaba yo la desercion de alguna unidad por lo menos; pero tal era mi decision por realizar el sueño de toda mi vida, mi determinacion era tan firme, que hubiese ido solo, si todos se hubieran arrepentido.

El proyecto se ha realizado en las mejores circunstancias para mí. Cuatro amigos verdaderos, jóvenes los más, condescendientes, afables, *duros* á toda prueba, entusiastas los unos por la ciencia, los otros por admirar las maravillas de la naturaleza, con un solo pensamiento y una voluntad única, hemos puesto en diez dias un sello inquebrantable á nuestro mútuo afecto, compartiendo de mancomun todos los placeres, todo el atractivo, las delicias todas y las penalidades y fatigas de esta expedicion.

Reciban mis inolvidables compañeros desde las páginas de este modesto libro el testimonio perpétuo de mi cariño, brotado en las fuentes de los recuerdos más gratos de mi vida.

Por lo demás, no espero que muchos más que ellos se paren á escudriñar las líneas que escribo, solo para mi solaz de hoy y mis recuerdos de mañana. Conozco la escasa importancia de mi obra; y cuando delante de nosotros han ido comisiones científicas, hombres experimentados en sorprender los secretos de la naturaleza, ó imaginaciones brillantes, que á todo prestan vida y colorido, sería un alarde indisculpable de inmodestia, creer que el mundo científico, y aun literario, iba á parar mientes en nuestras observaciones, y en la manifestacion de las variadas impresiones de nuestro espíritu.

De cualquier modo, tenemos la satisfaccion de haber sido los primeros que desde la orilla del mar que baña nuestras playas, hayamos escalado en diez dias la region de las eternas nieves, las culminantes cimas que dominan á España, y dado casi en redondo la vuelta á la Alpujarra, á ese delicioso país tan desconocido, por lo poco frecuentado, á esa especie de Suiza española, escondida entre las sinuosidades de la Sierra más salvaje, bravía y poética de todo el sistema orográfico peninsular.

Encargado yo de la parte artística y literaria de nuestra expedicion, debo decir, que antes de emprender la marcha, y despues de nuestra vuelta, me he inspirado en obras y documentos que quiero citar, para que nadie se llame á engaño; y como alguna vez, aunque solo soy poeta, y malo, he de

JUNTA DE ANDALUCIA CONSEJERIA DE CULTURA Monumento de la Anamora y Generalife

querer lúcirme con el talento de otros, echándola de erudito, bueno es que se sepa, para que de plagiario no se me tache ni moteje, que despues de haber revuelto y escudriñado muchos librotes, atlas y cronicones, he tomado por guias para mis apuntes á los siguientes autores:

D. Modesto Lafuente.—Historia de España.

D. Miguel de Lafuente Alcántara.—Historia de Granada.

D. Luis de Mármol.—Historia de la rebelion de los moriscos.

D. Diego de Mendoza.—Idem, idem.

D. Francisco J. Simonet.—Descripcion histórica del Reino de Granada.

D. J. I. Luque y D. M. Garrido.—Manual histórico-descriptivo de Granada y sus contornos.

Recuerdos y Bellezas de España.—Obra compuesta por una sociedad de literatos.

D. Pascual Madoz.—Diccionario geográfico.

Letronne.

Malte Brun.

Adrian Balby.

Mapa de la provincia de Almería, por Coello.

Mapa del reino de Granada, por D. Tomás Lopez, Geógrafo de los dominios de S. M.

Mapa de Sierra Nevada, por el Doctor Drasche.

Los resultados oficiales del censo de poblacion practicado en España en 1877.

Boletin de la Comision del mapa geológico de España.

Bosquejo geológico de la zona superior de Sierra Nevada, por Richard von Drasche.

Hasta aquí los autores que he podido encontrar en esta ciudad, para sacar de ellos alguna luz con que alumbrar mi entendimiento en el laborioso trabajo emprendido. He luchado con la dificultad de que, tanto en Historia como en Geografía, no haya autores (si los hay no los conozco) que se ocupen concretamente de Sierra Nevada, por lo cual he tenido que contentarme con dar un carácter de ligereza á mi libro,

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCÍA

ageno quizá á mi primer propósito; pero donde más apurado me he visto, ha sido en la cuestion de la Fauna y Flora de la Sierra. Ni en la biblioteca de este Instituto provincial, ni en ninguna otra particular, he encontrado libro alguno que trate de estos ramos de la ciencia, aplicados exclusivamente á las comarcas que habiamos de visitar; ni las personas más eruditas, con quienes he consultado, han podido darme idea alguna provechosa respecto á dichos extremos. En tal conflicto, y no queriendo dejar de decir algo, al menos en el apéndice, de los animales y plantas que se crian en Sierra Nevada, recurrí á mi querido y docto amigo D. Antonio Gonzalez Garbin, distinguido catedrático de la Universidad de Granada, el cual, con la amabilidad que demostrada me tiene tantas veces, revolvió archivos y bibliotecas, encontrando por último, respecto á botánica, una obra, editada en París, la cual se titula «Viaje botánico al Mediodía de España,» por Edmundo Boissier, discípulo del ilustre Decandolle, y miembro de la sociedad de Física é Historia natural de Ginebra.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife

Este ha sido para mí un precioso hallazgo, y ha facilitado mi trabajo final, tanto más, cuanto que mi querido amigo se ha tomado el inmenso de extractar y traducir los apuntes que consigno íntegros en el apéndice.

JUNTA DE ANDALUCIA

No han sido tan fructuosos sus esfuerzos para encontrar alguna obra, que de la Zoología de la Sierra se ocupara; pero en su afan de complacerme, se ha tomado tambien la molestia de extractar una memoria inédita aún, escrita por D. José Sanchez, disecador hace más de treinta años en el gabinete zoológico de la Universidad, y persona muy competente en ciencias naturales, á cuyo señor, y en particular á mi amigo querido, les agradezco en el alma su amabilidad.

Para la reseña de las operaciones geodésicas, practicadas durante el año anterior en el célebre pico de Mulá-Hacen, tuve á la vista un artículo publicado en el número 9.° del año 24 de «La Ilustracion Española y Americana,» correspondiente al ocho de Marzo del año corriente. Despues llegó á

á Ah-Abul-Hacen, que era el verdadero nombre del penúltimo de los reyes de Granada.

He necesitado un arsenal de ideas agenas para dominar mi incompetencia, y hacer el breve estudio científico publicado al fin de esta obra, escrita con todo el desaliño y falta de unidad que armonizan con mi insuficiencia, con la celeridad de nuestro viaje y la variedad de las impresiones recibidas. Por lo demás, para su forma literaria me he inspirado en la que Alarcon emplea en su libro «La Alpujarra,» no solo porque ella es la que más se adapta á mi peculiar estilo, sino por considerarla más adecuada á una obra escrita sin otras pretensiones que la del recreo y entretenimiento.

Dichoso yo si consigo siquiera esto.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

I.

Un *meeting*.—Quince menos doce.—Los restantes.—Discursos monumentales.—Todo dispuesto.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCÍA

El Domingo 11 de Julio de 1880, á las doce en punto de la mañana, veíanse situadas en un departamento de la Cervecería inglesa, establecida en uno de los más conocidos puertos del Mediterráneo, varias personas, convocadas allí, las unas por medio de citacion prévia, atraidas las otras por la curiosidad del proyecto que iba á discutirse definitivamente, despues de haber sido objeto de animadas controversias en sesiones anteriores.

El café, el coñac y alguno que otro vergonzante refresco, circulaban profusamente entre la concurrencia, y en todos los semblantes se reflejaban las impresiones más contradictorias y extrañas. Cualquier observador impasible que desde un ángulo de la habitacion hubiese estudiado los rasgos de las fisonomías que ostentaban los allí congregados, hubiese podido determinar sin gran esfuerzo los sentimientos de que cada espíritu estaba poseido.

mis manos una memoria más extensa, inserta en «*L'Afrique explorée*» y escrita en Neuchatel por el Doctor Ad. Hirsch, secretario de la asociacion geodésica internacional; pero habiendo visto con posterioridad otra publicada oficialmente por la Real Academia de ciencias exactas, físicas y naturales, escrita por el Excmo. Sr. General D. Cárlos Ibañez, Presidente de dicha asociacion, no he vacilado en darle la preferencia, considerándola como trabajo más autorizado, y publicándola íntegra, para que las personas amantes de la ciencia, tengan una idea exacta de la atrevida empresa llevada á feliz término por los distinguidos geodestas españoles.

Finalmente, no habiendo encontrado nada escrito respecto á observaciones meteorológicas de la Sierra, he tenido que concretarme á los apuntes hechos ó adquiridos por D. Olallo Morales, nuestro entendido y estudioso compañero de expedicion.

Faltábame solamente conocer con precision la manera de escribir una palabra, que tantas veces habia de ser consignada en el contexto de esta obra: el nombre de Mula-Hacen, en cuya ortografía aparece tanta variedad, segun los autores que lo citan. De ocho modos distintos he visto escrito el nombre del 19.° rey nazarita de Granada, á saber: Muley Hace*m*, Muley Hace*n*, Muley Ha*z*en, Muley Ha*ss*en, Muley Hasse*m*, Mulhace*n*, Mulhace*m*, Mul*a*hacem.

Yo sabia que Muley es un tratamiento de Señor, que solo á Príncipes de régia estirpe se aplica; pero me encontraba perplejo en hacer la aplicacion completa, el apócope ó supresion de dicho tratamiento; y para quedar en lo fijo, acudí por medio de un amigo al Sr. D. Francisco J. Simonet, eminente orientalista, y catedrático de árabe en la Universidad granadina, el cual emitió su autorizadísima opinion, manifestando que, segun ella, debe escribirse Mula-Hacen, en la forma aquí consignada. Así pues, y siendo indisputable la competencia de dicho señor, en tal materia, me atendré á su dictámen, siempre que tenga que designar el célebre Pico, ó

Patronato de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

Pintábase en unos rostros la decision y el entusiasmo, la incredulidad y la desconfianza en otros, este reflejaba en sus apagados ojos el pesar y la hipocondría, aquel el disgusto y la contrariedad en sus ademanes y movimientos, y no faltaban, como no faltan nunca en dicha capital, semblantes en los que se retrataran el menosprecio y la burla, la eterna y chispeante *guasa*, en fin, que constituye la idiosincracia de la mayor parte de los hijos de esta tierra, clásica del epigrama y de la chacota.

Habia, sin embargo, en todos los allí reunidos, un sentimiento comun, un fondo de deseo semejante, si bien en unos tomaba proporciones colosales, mientras que en otros sufria una reduccion infinitesimal, efecto de la variedad de caracteres, de aficiones y de temperamentos.

En aquella asamblea habia de resolverse un problema planteado hacía más de un mes entre varios miembros de la Sociedad *Cervecérica*. Habia de darse el *ultimatum* á un proyecto concebido en cabezas más ó ménos acaloradas; habia en fin de determinarse el número de viajeros, la forma, itinerario, gasto, condiciones, duracion y demás circunstancias de una expedicion á las montañas más elevadas de la Península, escalándolas desde la planicie de las costas, por caminos casi inaccesibles, hasta llegar á sus picos más culminantes.

El proyecto era nuevo en la capital, la excursion algun tanto novelesca y arriesgada, variadas las condiciones de las personas dispuestas á realizarla, y de aquí el que la desocupacion, aguijoneada por la curiosidad, hiciera tan extenso el número de individuos que constituian el público.

Quince eran los expedicionarios en proyecto allí convocados, y solo habian concurrido cinco; dos de los cuales, con frase entrecortada por alguno que otro suspiro y gimoteo, habian manifestado su imposibilidad absoluta de figurar como actores en el drama, cuyo prólogo empezaba, alegando razones tan poderosas, que no dieron lugar á duda de que contrariedades superiores á la humana voluntad, mermaban de un modo sensible las huestes expedicionarias.

Trascurrido que fué el cuarto de hora de espera, que por atencion se acostumbra entre personas regularmente educadas, fué lo primero á que se procedió, practicar una sencilla operacion aritmética, que dió el siguiente resultado: Minuendo 15. Sustraendo 12. Resta, igual 3. Es decir, que éramos ni más ni menos que las personas de la Santísima Trinidad, las mismas en número que los triunviros de Roma, que las virtudes teologales, que las potencias del alma, que los enemigos de esta misma señora, que las Gracias, y que las Parcas; que éramos tres, en fin, los que sellábamos pacto definitivo en la Cerveceria *inglesa*, que no en otro paraje más adecuado podrían confeccionarse los prolegómenos de una expedicion rara y extravagante á la region de los hielos.

Éramos tres, como los hijos de Elena, á saber: Un jóven de 30 años, enjuto de carnes, alto de estatura, color apagado, barba rala y puntiaguda, semblante hebreo y actividad pasmosa, el cual, despues de haber recorrido el proto-medicato de Europa, oyendo de todos los Esculapios é Hipócrates su sentencia de muerte, revelada por el anuncio estampado en sus congestionados pulmones, decidió por su propia autoridad poner en ridículo los vaticinios de la ciencia, y no hacer entrega de su piel por cosa tan baladí como la tisis, y se propuso vivir en contraposicion á los dictámenes más autorizados. Viajó sin tino; recorrió toda Europa, y el Cairo, y el Egipto, y..... la mar; visitó las Pirámides, y los conos de los Alpes, y las crestas prismáticas de Spitzberg, y en fin, media esfera, desde cerca del Ecuador hasta las proximidades del polo Norte; y despues de andar tanto, despues de tanta movilidad y agitacion, bebiendo á pasto coñac, y comiendo su racion de carne cruda, como los cosacos del desierto, vino á dar con su cuerpo, vigorizado y fortalecido, nada menos que en el Norte de Suecia, donde tuvo el fin, no diré desgraciado, del Febo de Victor Hugo. Quiero decir, que se casó allá con una jóven, si en lo físico admirable, en lo moral un encanto; y allí vive sano y salvo al calor de su nueva familia, que mucho debe ser para templar las temperaturas de

25 y 30 grados bajo cero que en aquella garrafa se experimentan.

Sirvan estos detalles como experiencia para todos los ciudadanos que sientan que se le van los pulmones á paso de carga.

Dicho jóven (que se halla con su esposa é hijos accidentalmente en este su caro pais,) avezado á tan difíciles excursiones, ha sido el que menos obstáculos ha encontrado desde un principio para la realizacion de nuestro proyecto. Estudioso y aficionado á la Astronomía, discípulo en Italia del célebre padre Secchi, en relacion directa con los más distinguidos miembros de los observatorios europeos, poseyendo un caudal en toda clase de aparatos é instrumentos, competentísimo además en las ciencias físicas y naturales, debia ser el *Benedictino* de «LOS 12,000 PIES DE ALTURA» de mi amigo Tárrago, el cerebro de nuestra expedicion, asi como mi persona, (lo digo con inmodestia) debia ser el corazon, y el brazo el restante compañero.

Patronato de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCÍA

Este era un jóven descrito por mí en ocasion oportuna por la siguiente semblanza:

«Un mancebo que se rie
entre una lluvia de rayos,
y que, mas que hombre, parece
una especie de centáuro,
pues forman un solo cuerpo
entre él y su *pobre jaco*.»

Y en efecto, creo que por Alarcon se ha dicho que el caballo viene á ser el complemento del hombre; y esta semiverdad viene á ser verdad absoluta, tratándose de mi compañero de expedicion, al cual no se concibe sustentado sobre sus propios piés, careciendo por debajo de un apéndice que piafe y haga corbetas, que trote ó se encabrite, que relinche y manotée. ¡Mi compañero y su caballo! Es decir, el alma que manda y el cuerpo que obedece, el Quiron mitológico é inseparable, como la luz y la sombra, el sonido y el eco, el tronco y la rama, el tallo y la flor. Vive pegado á su caballo

de *media sangre* árabe, como el caracol á su concha, como el marino á su barca, como la efigie á su peana; y la verdad es, que no se sabe de público cuándo el animal come ni descansa, ni si el dueño duerme sobre su eterno sustentáculo. Y á más de esta rareza característica, tiene otra no menos notable el sugeto en cuestion, y es el parecerse mucho al protagonista del cuento oriental; quiero decir, que es como él completamente feliz; á diferencia de que aquel venturoso mortal «no tenia camisa,» y este si las tiene, y por docenas. Su boca es la habitacion de la risa; pero ¡qué risa tan retumbante y contagiosa! y sus costumbres tan cómodas y sibaríticas, que causan envidia.

Debo añadir aquí velozmente que es abogado.

En cuanto á la persona que completaba el terceto excursionista, no la retrato, porque no tengo á la mano espejo, y temo mucho que á la memoria pueda salir desfigurada; lo cual sentiria en gran manera, tratándose de un ser á quien quiero tanto como á mí mismo.

—Ilustre asamblea, miembros expedicionarios, público tolerante, dijo al fin el más osado é impaciente. (No recuerdo si fué un servidor de VV.) Razones poderosas, motivos justificados, inconvenientes insuperables por parte de algunos embrionarios compañeros, han dejado, segun se vé, reducido nuestro número á la más mínima expresion. Yo me encuentro poseido..... (Aquí un estornudo corta al orador el uso de a palabra.) Me encuentro poseido de un profundo pesar, al ver separarse de nuestro lado á amigos tan queridos, tan competentes hombres de ciencia, ingenieros entendidos, abogados doctos, ricos mayorazgos, ilustrados extrangeros, *touristas* apreciables que hubieran dado tono, carácter y trascendencia á la expedicion.

(Movimiento de sensacion en las tribunas.)

Pero aunque la fatalidad hiciera que hubiese de ir solo...

El Caballista.—¡Nunca!

.....tengo formada la resolucion irrevocable de subirme encima de la nariz de ese soberbio Mula-Hacen, que hace

tantos años viene desafiando mi osadía. (Aplausos; el orador se crece.) Sí, yo he de ir acompañado ó solo á posar mi planta sobre las formidables cimas que coronan..... (Se le atraganta la frase al preopinante.) En fin, digo que iré, é iré. He dicho.

—Y yo, exclamó el *Caballista*-abogado, iré tambien, haciendo caso omiso de mis butacas, de mi cama queridísima, de..... en fin, que iré. Dormiré á caballo.

—Y yo, añadió el *Astrónomo-Físico-Geólogo*. Abrigo una necesidad imperiosa de medir por mí mismo aquellas altitudes, de hacer observaciones higrométricas, de comprobar cálculos, de tomar longitudes, de determinar latitudes geográficas, de apreciar pendientes, de medir distancias, de examinar rocas, de analizar la Flora, de estudiar la Fauna, y de satisfacer mis ánsias investigadoras, ya con el microscopio, desmenuzando una por una las fibras del insecto, ya con el telescopio, penetrando en las masas ígneas de los soles. (Suena un ¡hurra! casi general.) Sin que esta empresa, continúa el orador, tenga para mí la importancia científica de otras que he realizado, anhelo llevarla á cabo, movido del interés, de la novedad que en sí encierra. Por lo demás, al que ha escalado dos veces los Alpes, al que ha medido los 4810 metros de elevacion del Mont-Blanc, los 4618 del Mont-Rosa, los 4522 del Mont-Cervin, al que abriga la confianza de medir los 8840 del Guarisankar, y los 8588 del Kuchinchinga... (un oyente hace una mueca) y los 8572 del Dawalagerid, en el Himalaya, al que confia como yo en poder ascender muy pronto al monte Ebrouz, al Ambostimenes, al Nevado de Sorata, y al Chimborazo, poco puede importarle subir un escalon de la tierra, para situarse á la miseria de 3546 metros sobre la superficie en que nos hallamos. La confirmacion de esta última cifra es uno de los alicientes que para mí tiene la expedicion. Mientras que unos geógrafos dan la altura dicha á Mula-Hacen, punto culminante de Sierra Nevada y de España, otros le conceden solo 3451, otros le elevan á 3700, y últimamente la Comision allí ins-

talada el año anterior para el enlace geodésico y astronómico de Europa y Africa, dió por resultados 3481 metros. Yo quiero comprobar por mí mismo estas diferencias, y quiero... (el astrónomo se hace servir una copa de coñac) localizarme allí hasta invernar, si necesario fuese, para satisfacer mi eterna curiosidad científica. (Aplausos.)

Terminado el discurso, permitióse uno de los oyentes usar de la palabra.

—¿Han pensado VV., dijo, en los inconvenientes, riesgos y fatigas de la expedicion? Aseguran que no hay caminos, y que solo por algunas partes pueden utilizarse ciertas veredas infernales; dicen que son insoportables los frios, y tan bruscos los cambios de temperatura, que pueden poner á prueba los más saludables pulmones; la instalacion es difícil y penosísima, diarias las nieblas, frecuentes y horrorosos los huracanes y tormentas, mortales los precipicios y ventisqueros; y en suma, que los brillantes panoramas que desde la cumbre puedan descubrirse, si es que se descubren, no compensan, ni con mucho, las molestias que han de correrse.

Nuestro compañero, el *Hombre de ciencia*, miró al interlocutor con ojos de extrañeza y de compasion. No comprendia, él, especie de Judio errante de desiertos y montañas, que hubiera un sér capaz de fijarse en tales bagatelas tratándose de viajar. Metióse los cinco dedos abiertos entre sus cabellos, erizados de suyo, (por que su pensamiento, siempre fijo en las estrellas y en las terrestres altitudes, parece como que les empuja en la misma direccion) y con un tono entre irritado y despreciativo, exclamó:

—Señores, no parece sino que se trata de llevar á cabo vírgenes descubrimientos, ó exploraciones inverosímiles. No vamos á ser Colones, ni Magallanes, ni Aragos, ni Kooks, ni Dawis, ni Liwigstonnes, ni vamos á anticiparnos á las huellas de Stanley y de Serpa Pinto. Vamos únicamente á verificar una expedicion, que si bien nunca desde aquí ha sido emprendida, se realiza felizmente todos los veranos desde Granada, por innumerables extrangeros, y curiosos hombres

de ciencia. La ascencion al Pico de Mula-Hacen es cosa sencillísima, y tan fácil y hacedera, que extraño que las más delicadas damas de nuestros salones, no hayan hecho gestion alguna todavia para inscribirse en las listas del cuerpo expedicionario.

Al oir esto, relamióse un poco el *Caballista*, atusóse el bigote con coqueteria, y exclamó lleno de gentil orgullo y noble confianza.

—Pido que se haga extensivo al bello sexo nuestro proyecto: Mi caballo admite ancas.

—Señores, añadí yo; parécenme hipérboles exageradas el temor de los unos y la confianza de los otros. Que nuestro propósito entraña sérias dificultades prácticas, es innegable. Procuraremos vencerlas, que ellas no han de ser tales como las que encontraron á su paso Miguel Strogoff, ni Phileas Fogg, ni el Capitan Cornabutte, ni los hijos del capitan Grant, ni Luis Cornbutte, ni ninguno de los héroes de Julio Verne, de Mayne Reid, de Marryat ó de Gustavo Aimart, al discurrir por los arenales desiertos y ardorosos, ó al invernar entre los hielos de las regiones polares. Fatigosa ha de ser nuestra expedicion, y no digo más que fatigosa. Preparémonos bien contra toda clase de inclemencias, y adelante. ¡Menguado aquel que sienta desfallecer su energía ante los obstáculos que otros hombres han vencido! No hay mas que hablar. Presento una mocion á la asamblea para que se nombren comisiones que provean á todo con urgencia. La expedicion debe ser científico-literaria-recreativa; propongo, pues, que se nombren tres comisiones, que se acuerden en definitiva itinerarios, fechas, medios de locomocion, y demás circunstancias referentes al órden, comodidad, economía y resultados prácticos del viaje.

Admitida la proposicion, votóse el proyecto en totalidad, y quedó unánimemente aprobado.

Y como en España, en reuniéndose más de dos personas, es de absoluta necesidad la eleccion de un Presidente, procedióse á la designacion de este cargo, con el que se agració al

más viejo, (no diré que fuera á mí) pero sí que fué rehusado con toda la entereza de un Wamba, por lo cual proclamó la asamblea la regencia trina, despues de un maduro y deliberado exámen.

Pasóse al nombramiento de comisiones, resultando elegido Presidente de la de ciencias el *Astrónomo-Físico-Geólogo*, por dos votos y una papeleta en blanco.

Seccion artístico-literaria: Presidente, el que suscribe; tambien por los mismos votos é igual número de papeletas en blanco.

Seccion administrativa: Presidente, el *Caballista*, por tres votos. ¡Se habia votado á sí mismo!

A este se le confirieron, además del cargo de *Ministro de Hacienda*, los de *Repostero* y *Aposentador general*, y cada uno quedó conforme en proveer al cuerpo expedicionario de todo lo concerniente á su cometido, como barómetros, salchichon, higrómetros, libros, pastas, termómetros, sextantes, conservas, brújulas, papel, quesos de Gruyere y de Flandes, lápices, anteojos, odómetros, café, mapas, coñac, etc., etc., etc.

Faltaba en primer término resolver la ruta que habiamos de seguir y la duracion del viaje.

—Propongo, dijo uno de los circunstantes activos, (no diré cual es), que la excursion se verifique yendo á caballo á Granada, y utilizando desde allí el camino abierto recientemente para conducir los aparatos que sirvieron el año anterior para las operaciones geodésicas en Mula-Hacen practicadas. Una vez en la cima, podremos decidir si regresamos por el mismo camino ó por Galicia ó Cataluña, me es indiferente, siempre que sea á caballo.

—Mi deseo seria, añadió otro, que fuéramos al *Pico* pasando antes por el polo Ártico, es decir, siguiendo en toda su extension la línea de nuestro meridiano, y formando ángulo agudo en el mismo vértice de la region polar, viniéramos á caer sobre Mula-Hacen por su meridiano respectivo. De no ser este el itinerario, propongo que la expedicion se practi-

que dando la vuelta al globo por el paralelo conveniente. Es decir, que partiremos por Cabo de Gata, para venir á escalar la cumbre por el peñon de Gibraltar.

—Me conformo, dijo el anterior, si se consiente en que el viaje se verifique á caballo, siempre que obstáculos insuperables no lo impidan.

—Señores, exclamé conmovido por arranques tan heróicos. Yo os seguiria por las rutas que valientemente habeis trazado, os seguiria por el Sahara, por la Zeelandia, por el cabo de Hornos y por el estrecho de Bering, á no impedírmelo la duda que tengo de encontrar barbero por esas lejanas regiones. Aparte de todo, como el objetivo de nuestro proyecto es solo ascender á Mula-Hacen, creo que podemos hacerlo derechamente, y desde allí, paseando la vista por el horizonte, hacernos la ilusion de que hemos visitado toda España, toda Europa, si quereis, todo el planeta, si necesario fuese, y hasta la luna, si á tanto os atreviérais. Además, abrigo hace mucho años un vehementísimo deseo de conocer la Alpujarra, ese poético país escondido en las fragosidades de la Sierra, y ninguna ocasion como la presente para realizar esa aspiracion de mi vida. Ilustres miembros, mi opinion es, pues, que nos vayamos por Berja, y regresemos por donde convenga, despues de visitar la parte más interesante de esas comarcas.

Miróme con menosprecio el *Benedictino*. No comprendia tamaña pequeñez. Por lo demás, el *Quiron* expedicionario, conformóse con la ruta por mí propuesta, en la seguridad de poderla seguir sobre su cuadrúpedo, y despues de una breve discusion, quedó definitivamente aprobado el itinerario.

Terminado el incidente, pasóse á determinar el dia de la partida. La asamblea acordó por mayoría que fuese el viérnes; pero despues de escuchar un discurso en que me excedí á mí mismo, para demostrar, en oriental estilo, la justificada prevencion que tengo contra el dia sagrado de los musulmanes..... (Tengan VV. la bondad de ser tolerantes, y respeten, como se merece, mi invencible preocupacion contra los

viérnes, á los que tengo declarada guerra á muerte), se convino en que la salida de Berja fuese el sábado 17, para lo cual cada uno estaria allí cuando tuviera por conveniente, optando yo por irme el juéves, con objeto de no inaugurar el viaje en mi dia fatal, de tener al menos veinte y cuatro horas para estudiar aquella ciudad, segunda en importancia en esta provincia, y de sellar con algunos abrazos antiguas y cordiales amistades.

Convenida la fecha de la partida, tratóse de los medios de locomocion, y aquí fué donde se estableció la anarquía más completa; pues mientras el *Caballista* encarecia la conveniencia de salir de Almería en Bucéfalos ó Babiecas, Pegasos ó Rocinantes, yendo á la cumbre sobre ellos, y al planeta Júpiter, si necesario fuese, otro se inclinaba al clásico mulo, y hasta hubo quien se decidió por el *servidor bíblico de la humanidad*, por el paciente asno, digo, que con sus capachos, bien almohadillados en el intermedio, y con las dos piernas del ginete bataneándole el pescuezo, forma la caballería más segura y de menos riesgo en un batacazo. Pero este medio de locomocion fué desechado por innoble y anacrónico, y la cuestion quedó resuelta en favor del híbrido más á propósito para recorrer terrenos accidentados.

Triunfó por mayoría el mulo. Más adelante me ocuparé de su apología.

No habiendo otros asuntos de que tratar, se levantó la sesion. Eran las tres y cuarto.

II.

Sobre el mar.—La línea recta.—Un pueblo y dos poetas.—Otro poeta árabe desmentido.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCÍA

Al crujir el chasquido del látigo, dióse el contrasentido de que la *pereza* arrastrara á la *diligencia*. Los enflaquecidos caballos, siempre temerosos del bataneo despiadado de sus huesos, corrian en direccion á la carretera de Poniente, con toda la celeridad que era permitida á sus *cuartos, esparavanes* y demás achaques.

La accion del drama comenzaba para mí en Almería, á las cuatro de la tarde del juéves 15 de Julio, dia por cierto calurosísimo y sofocante, á pesar del viento del Este que nos *picaba de popa*. ¡Oh! el Levante parece aquí el aliento de un condenado.

Pasamos plazas y calles, y al revolver de una, que es indudablemente de las más anchas del mundo, puesto que su acera fronteriza está en Africa, á las cuarenta leguas de distancia, ví parado un jóven moreno, de buen aspecto y elegante apostura, que contemplaba el paso del carruaje, que

me conducia á Berja, donde hacia dos dias me esperaba mi compañero el *Judío errante*, ocupado en allegar datos y recomendaciones, mulos, sirvientes y algunos efectos para la comenzada expedicion.

—¡Pare V.! ¡pare V.!, grité al conductor del coche, luego que hube reconocido al jóven antedicho. El enardecido automedonte, dando una prueba de amabilidad, poco comun en los de su especie, refrenó los *tiros*, y dió la órden de inmovilidad, con una *ooo* tan prolongada, que duró cinco minutos.

—¿No se atreve V. á venir? dije á aquel *pollo* almibarado, en quien desde luego reconocí á un hermano de nuestro compañero *el de la ciencia*, que, como he dicho, nos aguardaba en Berja.

El jóven reflexionó un instante, y por toda contestacion asaltó el estribo, y penetró conmigo en la berlina.—¡A Mula-Hacen! fué lo único que dijo, despues de estar bien arrellanado en el ángulo que iba desierto.

El coche partió de nuevo como un rayo.

Casi me arrepentí en seguida de mi imprudente provocacion, pues aunque aquel jóven, por su desgracia, vive dueño de sus bienes y de su voluntad, era sin duda grande imprudencia haberle hecho á última hora una invitacion tan intempestiva, exponiéndole á grandes fatigas y terribles cambios de temperatura, sin otros preparativos ni traje que el elegante *chaquet* de paseo. Pero ¿quién habia de suponer que el tal *pollo*, que se disponía sin duda á recrear sus ojos en la contemplacion de alguna femenil maravilla, habia de desistir de sus eróticos proyectos, sin otros ruegos que una ligera indicacion, agregándose, sin más exordios, á una expedicion de la que tantos hombres graves habian desertado, despues de un detenido exámen de conveniencias?

Desde luego me consolé, pensando que íbamos á Berja, pueblo donde ámbos hermanos tienen familia y bienes, y donde por de contado habria papel y plumas para escribir á Almería la heróica resolucion, así como tambien ropa pres-

Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCÍA

tada para combatir la intemperie que nos aguardaba, despues de aquel sudar y de aquella asfixia que á la sazon experimentábamos. Y despues de tales reflexiones, alegréme, y mucho, de tan buena compañía, que me auguraba buen humor perpétuo, y admiracion constante de rápidas agudezas y oportunos chistes, pues el mozo en cuestion, despejado y cariñoso, era á la vez de lo más ocurrente y entretenido.

Se habia modificado la resta de la *Cervecería*, aumentándose el residuo en una unidad; y éramos ya tantos como los piés de un banco, y como las estaciones, y como los lados del cuadrilátero, y como las témporas, y como los evangelistas, y como las virtudes cardinales, y como..... etc. 4.

Llegamos al arranque de la nueva carretera, abierta en el durísimo pecho de los cerros que recortan el Poniente de la poblacion, y fuimos dejando atrás la *Ciudad del Espejo*, la bella *Urci*, el *Portus magnus*, y el puerto nuevo, con su larga lengua de piedra tendida sobre las olas, y las chimeneas de las fábricas, como otros tantos obeliscos levantados á la industria; aquellas chimeneas que, no consideradas, bastantes para retener en sus fauces los preciados humos de la fundicion, se prolongan, se tienden, se enroscan y se revuelven por los desnudos cerros, como caprichosos laberintos, trayendo á la memoria los nombres de Ariadna y de Teseo, ó como enormes serpientes de plateadas escamas, que se agitaran por las montañas, levantando allá lejos sobre sus siluetas las descarnadas cabezas, que vomitan un aliento cálido y denso.

Gigantes córtes abiertos en el pedernal, inmensas escolleras, inverosímiles gargantas, forman aquella carretera, debida sin duda al inventor de la pólvora, sin cuyo poderoso auxilio, allí se estuvieran aquellas moles tan enteras como en el dia de su nacimiento. Vénse á la derecha planos perpendiculares, que avanzan hasta el cielo; salientes peñascos de proporciones colosales, que hacen encojer instintivamente la cabeza al viajero que bajo su peso se aventura; atrevidos taludes y voladas escarpas que amagan muy en sério resba-

larse de sus niveles para cometer cualquiera atrocidad; y á la izquierda, allá abajo, batiéndose eternamente á muerte con los promontorios agudos, ó con los temblorosos peñascos, lanzando espumarajos de cólera, y rugiendo ferozmente al considerar su impotencia, se vé el mar; el mar á vista de pájaro, dilatándose verde de ira por una inmensa extension, al sentirse flagelado por el Levante; el mar con su arqueado horizonte, sus lejanas brumas, su superficie montañosa, sus abismos oscuros, sus nevadas cimas azotadas por el ala de las gaviotas, sus borrascosas corrientes, sus destellos de fuego, sus móviles masas, su ruido aterrador, su espacio infinito, su majestad imponente, que hace reconcentrarse el pensamiento en las grutas del cerebro asombrado de tanta magnificencia.

Allá al frente se divisa ya cercano un escarpadísimo cerro, que parece una salvaje cabeza, cuya nuca se halla sumérgida en las olas, y en cuya barba, empinada al cielo, descansa un castillo formidable. Es el cerro del Torrejon, es el castillo de San Telmo, vigía de piedra levantado, como todos sus compañeros de la costa, para imponer respeto á los rapaces berberiscos de los pasados tiempos, y á los atrevidos contrabandistas de los modernos.

Sobre la derecha se vé como una cinta blanquesina, que en violentos *zig-zas* se recorta y revuelve, se aguza y serpentea cerca de la silueta de la cordillera. Es el antiguo camino de Roquetas, dificilísima senda abierta por los franceses entre los riscos de las montañas, como las otras muchas obras de esta especie que dejaron, para recuerdo de su *barbarie*, aquí, donde todo eran vías de comunicacion, resguardados puertos, *seguras* gargantas y... toros.

Aquel camino, hoy desechado, pero que el patriotismo ha estado explotando por espacio de setenta años, parece como el collar de la cordillera, así como el nuevo que llevábamos, podria tomarse por su cinturon.

Al llegar á un recodo formado por el camino, sobre una rambla que desemboca al pié del cerro del Torrejon, volvi-

mos atrás la cabeza para contemplar por última vez á Almería. Aquello era como el *Suspiro del Moro* granadino. Debo decir en honor á la verdad, que ménos conmovidos nosotros que el pobre Boabdil, no derramamos una lágrima siquiera, y por lo tanto, aunque allí hubiésemos tenido al lado una Aixa inexorable y adusta, se hubiese tragado, bien á su pesar, por inoportunas é injustificadas, aquellas célebres palabras de «*Llora, llora como mujer, ya que no has sabido defenderla como hombre.*» ¡Cuándo digo á VV. que la señora madre del Rey *Chico* era una hembra de pelo en pecho! Y sinó, ya lo verán más adelante.

Pasamos un esbelto y elegante puente de cinco ojos, tendido sobre la pequeña cala que forma el mar á la desembocadura de la rambla antedicha, y siguiendo entre acantilados formidables, sobre puentes atrevidos, bajo amenazadores peñascos y al borde de cortes elevadísimos, llegamos á las faldas del *Cañarete*, donde se veia, como colgada del cielo, la antigua carretera, sin tocar con los *piés* en tierra, haciendo contorsiones con todo el cuerpo, como una vieja recien ahorcada.

El camino hasta allí recorrido es de lo más pintoresco que puede darse. No se sabe qué admirar más en él, si la belleza continuada del inmenso paisaje marítimo que ante la vista se desarrolla, ó el trabajo demoledor del hombre, poderoso *pigmeo* de la creacion, que arranca sierras, enlaza mares, escala cielos, explora abismos y remueve con la invisible palanca de su pensamiento el planeta que le sirve de gigante escabel.

Cerca del sitio por donde á la sazon pásábamos, se observa uno de esos fenómenos ó caprichos que la juguetona naturaleza se complace en poner de manifiesto. A la orilla de las olas, no diré entre las arenas, sinó en el mismo borde de las saladas espumas, brota un abundante manantial de agua cristalina y dulce, que nunca achica ni crece, mezclándose en seguida con las ondas amargas, y perdiendo por ende toda su gracia y su virtud.

CONSEJERÍA DE CULTURA

Esto sucede ¡oh amado Teótimo! con las malas compañías.

Poco más allá empieza á nacer un niño, que quizás se haga un hombre con el tiempo. Me refiero á unas cuantas casas de reciente construccion, cuyo número aumenta considerablemente, y que á la vuelta de algunos siglos quizá pueda ostentar en su escudo lo de «*muy heróica*, *noble* y aun *decidida por la libertad*,» etc. Menos hizo seguramente Dido para fundar á Cartago. ¡Oh poder germinador de las carreteras!

Penetramos en el campo de Roquetas, cuya amenidad encomiaría, si yo fuera hombre capaz de levantar falsos testimonios; y allá á la izquierda, y sobre la orilla del mar, descúbrense los restos insepultos de una torre ó fortin, que nuestros cariñosos amigos los ingleses hicieron pasar á mejor vida, en los primeros años del siglo, cuando tuvieron la *abnegacion*, no diré santa, de venir á protegernos contra nuestros *enemigos* de allende el Pirineo.

El terreno por donde prosigue la carretera, tiene poco de agradable, pero mucho de pedregoso y estéril: á alguna distancia, por la derecha, aparece la Sierra de Gádor, llamada en otro tiempo *Sierra del Sol*, con sus dos picos gemelos, nombrados *Las dos Hermanas*, (y por cierto que son bien crecidítas) al lado de su respetable mamá la Punta del Sabinar, que aún conserva su buen ver, y aparece bien erguida y esbelta, á pesar de que los que son muy altos, suelen ir un poco *acapachados*. Dicha señora no mide ménos de 2100 metros de estatura, lo cual ya es algo para poderse dar tono de buena moza.

Allá al otro lado, se distingue á Roquetas, pequeño pueblo, agarrado con ánsia á la playa, esperando que Dios le depare *una buena suerte;* que tal llaman allí los indígeñas de baja estofa, á los naufragios que ocurren en sus bajios, en cuyos desastres suele el pueblo filosófico apegarse á las doctrinas comunistas con el mayor entusiasmo, anexionándose con decidido arrojo los restos que *el Señor les depara*, y todo á pesar del enojo y de los culatazos de los adustos carabine-

JUNTA DE ANDALUCIA
C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA

ros, que rara vez son fuertes á contener aquellas aves marítimas rapantes, de la indignacion de las personas cultas, que se disputan, por otra parte, la buena administracion de aquel *bajalato*.

Remudáronse los *tiros* en la venta de la Cesarea, y allí noté un contrasentido extraño; es á saber, contentamiento manifiesto en los cesantes, y poquísimo regocijo en los activos; (hablo de los caballos;) y penetramos luego en el campo de Dalias, allí donde el desheredado Mohanmet II (Boabdil), confinado al Andaráx, esparcía su ánimo acongojado cazando liebres con galgos, y donde yo, sin ser destronado, ni Rey, habia tambien cazado otras veces, y por los mismos médios, los veloces tataranietos de los que habian tenido la incomparable dicha de sucumbir á presencia de tan desventurado Príncipe.

El paisaje es triste, uniforme, monótono. Vamos formando línea divergente con la playa, siguiendo un plano, una recta interminable de lo más cansado y desesperante, que me hace recordar aquellas inacabables llanuras de la pátria de D. Quijote, donde partiamos en diligencia viendo enfilada la torre de la iglesia del pueblo, al que, á todo correr, habiamos de llegar muchas horas despues.

No sé por qué los ingenieros tienen ese amor, esa pasion por la línea recta, cuando ella es de lo más detestable y contrapuesto á la naturaleza.

Obsérvense, en apoyo de mi tésis, todas las cosas que más nos admiran y cautivan por su belleza ó por su magnificencia, y se verá que no en balde tengo declarada guerra, por anti-estética, á esa desagradable série sucesiva de puntos, que siguen todos la misma direccion.

Curva es la bóveda de los cielos, y el disco de los astros, y la superficie de los mares, y el contorno de las montañas, y la caida de la catarata, y el iris brillante que aparece en los aires como pórtico del empíreo, luego que se deshace la tempestad. Así como la naturaleza, segun los físicos, tiene horror al vacío, aborrece y ódia de muerte la línea recta.

Pero ¿qué digo, cuando hasta los mismos ingenieros rinden el tributo de su corazon á estas afirmaciones, al enamorarse perdidamente de una mujer? Sí, de la mujer, que pudiera definirse matemáticamente, diciendo que es la carencia absoluta de rectas.

Guerra, pues, á esas líneas anti-naturales, inventadas por el *cuerpo facultativo* para la eterna desesperacion de los caminántes.

Ocúltase el sol, aburrido de ver el tédio que refleja nuestro semblante, y yo se lo agradezco en gran manera, pues me tenia ya medio calcinado su descarada presencia; así es que no tengo humor de describir los cortinajes tornasolados, los pabellones de grana y oro, de rosicler y plata, tras de los cuales tiene su dormitorio.

Ya esto es otra cosa; ya podemos mirar al frente sin temor de que nuestros ojos sean heridos por las penetrantes saetas de la luz; ya podemos ver los caballos jadeantes que nos arrastran, y sus aguzadas orejas, siempre temerosas de la visita de la fusta, y sus crines batiendo el aire. ¡Oh! no hay duda que el viaje en diligencia es más alegre y entretenido que en ferro-carril. Aquí se recrean los ojos y los oidos en la contemplacion de paisajes y el ruido de las campanillas, y en las breves, pero expresivas filípicas, apóstrofes y catilinarias con que el conductor anima á los galopantes cuadrúpedos; aquí está el individuo en la completa posesion de su autonomía, aquí es uno persona, y casi ciudadano libre; mientras que, embutido en un tren, el *yankee* más liberal, el aleman más pensador ó el andaluz más bullicioso ván convertidos en fardos con precinto, en *cosas* traficables, en *género*, en *artículo* sin voluntad, sin accion, sin ver otra cosa más que el vértigo de una naturaleza, que parece haberse vuelto loca, sin oir más que ruidos monótonos y atronadores ahullidos, que desgarran el tímpano, y respirando, en vez del aroma de los vergeles atravesados, las partículas sofocantes del pestilente carbon.

Decido, pues, que solo viajen en ferro-carril los agentes de negocios, los *corredores* de cambio, ó los que se vean precisados á escapar de los *ingleses*.

Y diria un poeta: «La noche tiende su negro manto..,» etc.; es decir, casi lo mismo que lo que canta el protagonista de *Jugar con fuego*; y yo, por no plagiar á nadie, diré en otros términos:

Empezaba á oscurecer cuando llegamos á la venta del Empalme, vértice donde bifurca la carretera, la cual me figuro que, vista desde un globo, debe parecer un inmenso árbol, con un tronco muy recto, y su *cruz* correspondiente, de la que parten en direccion contraria dos iguales ramas, en cuyas extremidades penden dos frutas muy grandes y deliciosas; Berja es la una, Adra la otra.

Estamos á 32 kilómetros de Almería; pasan á situacion de reemplazo las locomotoras de cuatro pies, y aparecen en puertas otros caballos de lo más reflexivo. Pronto les hace salir la fusta de sus tétricas meditaciones, y marchamos de nuevo á galope por la derecha, despues que otros compañeros de viaje soportan un trasbordo, y parten por la izquierda á Adra, en otro diligencia que al efecto esperaba. ¡Qué diferencia de altitudes gerárquicas nos separaria dentro de algunas horas! Ellos seguirán arrastrándose como hormigas por las arenas de las playas, y nosotros andaremos arañando allá las puertas del cielo, á más de 4500 metros sobre sus cráneos. ¡Cuánto nenosprecio me inspiró su bajeza!

Gracias á Dios, ó al cuerpo de ingenieros, el camino empieza á accidentarse. Entramos en la region de las curvas, y transitamos por violentos recodos y empinadas cuestas. Ya estamos en carácter; ya empezamos á reconocernos como los viajeros de Mula-Hacen.

Asómase al balcon de una montaña la señora hermana de Apolo, la *casta* Febea, oronda y mofletuda, pero pálida y abotagada de pasar las noches en vela. La *casta* dije, porque así han dado en llamarla los poetas y otras gentes, ignorantes de ciertas historias, que yo no sacaré á luz por respeto a

buen nombre de esa dama; y guardaré dentro de mi pecho, como en un sepulcro, aquellas aventuras del monte Latmos, y las bajaditas á la gruta, envuelta en un manto de nubes, y sus chicoleos con el mozuelo enamoradizo de Endimion, y otras muchas cosas que yo me sé, y que me hacen exclamar en este instante: ¡Qué injusticia la de ciertas reputaciones!

Y alumbrados por su mirada hipócrita y disimulada, llegamos á un extenso valle circunvalado de colinas, bajo las cuales, allá por la derecha, se recostaba un pueblo, preparándose para dormir. Era Dalias.

No es posible pasar á la vista de esta villa sin recordar á uno de sus más distinguidos hijos. Me refiero á un poeta tierno y melancólico, al cantor de Sierra Nevada, algunas de cuyas sentidas estrofas cita Alarcon en su viaje por la Alpujarra.

D. Baltasar Lirola, canónigo del Sacro Monte de Granada, respetable sacerdote, que además de pulsar con extraordinario acierto la lira, se engolfaba, rodeado de luz, entre las nebulosidades de la filosofía. Hace más de veinte años que descendió á la tumba. ¡Dichosos los que al hacerlo dejan un recuerdo de honra para su pátria!

.....

Y ya que de Dalias y de poetas hablo, no puedo pasar en silencio á otro *génio* brotado al abrigo de sus montañas, y entre las hortalizas de su vega. Tal fué..... pero respetemos sus cenizas, pues hace tambien algun tiempo que bajó con su cítara al sepulcro, donde no seré yo quien turbe su sueño.

Paz á los muertos.

Sin embargo, puesto que del dominio público son sus obras, no puedo dejar de decir que el poeta últimamente aludido, fué de lo más innovador y original que puede hallarse.

Desde Plauto hasta Shakespeare, desde Calderon hasta Moratin, desde Breton hasta Ayala, no ha brotado de la pluma de poeta alguno dramático produccion que asemejarse pueda á las que conozco del citado autor. ¡Lástima grande

que sean insuperables los inconvenientes de su representacion!

Y si no, juzgen VV. por sus *acotaciones*.

En uno de sus dramas titulado «Amor, venganza y honor,» dice el poeta: «Aparece un niño con un gorro de *tafetan, seda* y *damasco* con cinco letras *en cifra* que dicen: Soy del Príncipe D. Fábio.»

Y añade en otra *acotacion:* «Sale Inés con el niño en brazos para entregárselo á D. Fábio. Dá el niño un grito, llega á la calle apresurada, la noche está muy oscura, y creida que le entrega el niño á D. Fábio, lo pone en poder de D. Fernando que es estudiante de..... sagrada teología,» con la nota de *Meritísimus*, le ha faltado decir.

Del argumento, versificacion y trascendencia moral de este engendro, no hablemos. La prensa de Madrid y provincias se ocupó extensamente de su aparicion en el campo de la pátria literatura, y juzgada quedó la importancia de la *obra* por críticos imparciales.

«Las glorias de Balerma» ó sea otro drama que el distinguido autor tuvo el mal gusto de dedicarme, es hijo legítimo del primero, y en obsequio á la brevedad solo estamparé aquí una de sus peregrinas *acotaciones*.

Dice así:

«Acto 3.º La misma decoracion que en el primero, *solo que hace un poco más calor.*»

. ...

Con que adelante, que los caballos se pueden espantar de estas ametralladoras literarias. Dejémosles trotar impacientes al olor de su caballeriza de Berja, y mientras corremos la fácil legua que nos resta, diré á VV. algo de lo que me habian manifestado mis libros, acerca de aquella poblacion, que se queda atrás, recatada entre su pintoresco arbolado.

«DALIAS: Villa perteneciente á la provincia de Almería, á ocho y media leguas de la capital, partido judicial de Berja, Audiencia, Capitanía general y Diócesis de Granada, con 2532 habitantes, dividida

BIBLIOTECA DE LA ALHAMBRA

en 13 barrios, y con una aldea aneja, que se llama Celin.

Tiene unas 1300 casas, la mayor parte de un solo piso. Las calles son incómodas é irregulares. Hay en su recinto dos templos y tres ermitas. Confina su término al N. con el de Laujar, al E. con el de Roquetas, al S. con el Mediterráneo y al O. con el de Berja. Sus principales producciones son: cereales, aceite y vino. Hay cria de ganados y caza abundante. Su industria consiste en la fundicion de plomos y fabricacion de aceites.

Esta villa era en tiempo de los árabes cabeza de una «TAHA» ó distrito, compuesto de seis lugares, á saber: Asubros, Obda, Celita, Elchiban, Almecet y Dalias. Fué conquistada á los sarracenos por los Reyes Católicos, y repoblada por los cristianos, pocos de los cuales lograron salvarse, refugiándose en Adra, en tiempo de la insurreccion de los moriscos. Expulsados estos, se pobló de nuevo por familias venidas del interior. El 25 de Agosto de 1804 fué un dia de gran desolacion para este pueblo, á causa de dos terremotos que destruyeron la mayor parte de sus casas é iglesias, pereciendo entre las ruinas de unas y otras 162 personas.

Son las diez de la noche. ¡Alto y parada! Kilómetro 52. Hemos llegado á Berja *en diligencia*.

Queda, pues, desmentido el poeta árabe Abul-Fadhl ben-Xayat, que habia dicho: «Cuando llegues á Berja, detente, porque todo lugar es en ella un celestial paraiso, y *todo camino que á ella conduce un infierno*.

JUNTA DE ANDALUCIA CONSEJERIA DE CULTURA Generalife

III.

Una ciudad que se deserta de su provincia.

Algunas curiosidades.—El cerro de San Roque.—

Los gorriones comedidos.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCÍA

Estamos en Berja; «la Virgi de los romanos, la Medina Barcha de los moros, aquella á quien el gran poeta árabe *Ebn-Aljathib* llama:—Sitio risueño para el placer de la vista, y lazo de seduccion para el pensamiento, nube fecundante, Darain de preciados aromas, campo rico, haren fecundo, hermosura manifiesta.»

«En medio de una llanura entre montañas, y en las orillas del delicioso rio de Adra, dice el distinguido orientalista Simonet, estaba Berja, con un castillo muy fuerte y un florido jardin en cada casa. Segun el Idrisi, esta poblacion era más considerable que Dalias, y poseia mercados, fábricas y campos cultivados. El Salustio del reino de Granada, el príncipe de la literatura arábigo-granadina, *Ebn-Aljathib*, ya citado, elogia mucho á Berja y á sus mujeres «que sonrien

con dientes de flores.» Entre sus casas, dice, discurren presurosas las cabalgaduras de los céfiros, sin quejarse de la estrechura de sus pasos, ni de las revelaciones de la golondrina.» Los encantos y deleites de Berja ejercian una seduccion poderosa sobre el pensamiento del hombre, y le aficionaban á las delicias del mundo. Elogia lo dilatado de su caserío, su mucho trato con los demás pueblos, sus floridos verjeles, sus fértiles praderas, morada de las áuras, sus dulces fuentes, el pintoresco aspecto de sus contornos, y sus valles y arboledas. En cuanto á sus habitantes, celebra su muchedumbre y riquezas, la benignidad de sus condiciones y el distinguido porte de su gente principal. El célebre escritor *Ebn-Jacan* dice hablando de Berja y Dalias: «Son dos vecinos, á quienes los humanos ojos no hallan con quien comparar.»

Razon sobrada tuvieron los vates musulmanes, mis paisanos, para dedicar estos y otros galanteos á la preciosa ciudad, engastada como una perla en el riquísimo anillo que forman sus montañas; y más que razon tuvieron para deleitarse en sus huertos aromáticos, en su vega encantadora, ante sus salutíferas fuentes y cristalinos arroyos de plata, y por último, ante su general aspecto, que refleja molicie y bienestar.

No sé si es una ilusion de mi espíritu, la que me hace ver en este pueblo un remedo del mio. Aquí no encuentro los alcázares de Al-Hamar, ni los pardos torreones, ni los calados ajimeces, ni los alicatados de colores, ni los arcos de encaje, ni las paredes de espuma, ni los bosques de mi Alhambra, ni las riberas de mis rios; pero se refleja en este cielo algo del cielo de mi pátria, en estos aires, el suspiro de sus brisas, y en esas calles, y en esas edificaciones, con sus tejados oscuros y sus mármoles jaspeados, y sus frescos pátios, y sus abundantes saltadores; y en los alegres maceteros de sus balcones; y en las paredes de sus huertos, tapizadas de verdura, y en sus penetrantes aromas, y en su frescura regalada, se retrata en miniatura la ciudad nueva acariciada por los amorosos brazos del Darro y del Genil.

Berja *sabe* á Granada.

Cada pueblo tiene su fisonomía especial, en la que se reflejan su carácter, sus costumbres y sus tradiciones; y hay similitudes y semejanzas, que aproximan su parentesco, y le divorcian de otros, que, aunque más cercanos, son la completa antítesis de su idiosincrasia.

Esto sucede con Berja y Almería. Cualquiera que visite ámbas poblaciones, y se fije con alguna detencion en su general aspecto, comprenderá que son una madre y una hija que en nada se parecen. Diez leguas cortas de distancia son bastantes para hacer separacion de sus rasgos, de su fisonomía, de su *aire*, de su conjunto.

Almería es un pueblo de Oriente. Berja es completamente andaluz. Almería es murciana, Berja es granadina, y está protestando á voces contra la moderna division territorial que la tiene colocada bajo un feudo y protectorado extraños. Berja, en la provincia de Almería, es un colono forastero.

Estas y algunos otras reflexiones hice en la mañana de aquel dia, único de mi estancia en la pequeña Granada, punto de cita para los expedicionarios de Mula-Hacen.

Nuestro compañero, el *Caballista-abogado*, habia hecho su entrada de incógnito, bien de madrugada, en la fonda con resabios de posada, ó en la posada con honores de fonda, donde yo habia dormido como un bienaventurado la noche antes; y luego que dejó bien instalada á la mitad de su sér, á su caballo, digo, y luego que un corto refrigerio confortó mi reposado estómago y el asendereado de mi compañero, que habia caminado toda la noche sobre su Bucéfalo, dímonos á la calle, discurriendo sin rumbo ni direccion determinada. Entonces fué cuando se me ocurrieron las vulgaridades que digo arriba, y cuando hice observaciones que debo consignar, si de mediano cronista he de preciarme.

Llamó en primer lugar nuestra atencion, una espumosa y murmuradora acequia, que unas veces vestida y otras desnuda, atraviesa la ciudad, con toda la despreocupacion del que está en su casa. ¡Qué agua tan pura, tan brillante y tan

cristalina! ¡Cómo cautivó nuestros ojos, fatalmente acostumbrados á la abrasada sequedad! Desde luego bendije á aquel manantial tan próvido, comprendiendo que no habian de desarrollarse á su fecundo amparo los *vicios* de las *bellas*-sombras, y de las higueras chumbas, plantas que me son ámbas tan repulsivas y antipáticas, como lo es un viejo, repugnante y súcio avaro al fastuoso dilapidador.

¡Oh! ¡el agua! Donde hay agua, hay riqueza, y salud, y alegría, y ambiente, y encanto, y vida, y animacion. Donde falta este precioso elemento de la naturaleza, todo es miseria, raquitismo, asfixia, tristeza, esterilidad, monotonía, muerte, silencio, y..... cigarrones.

Por el cielo deben correr muchos arroyos. El infierno debe estar todo de secano.

Llamaron luego nuestra atencion los modernos edificios al granadino estilo, con sus salientes aleros, y sus zócalos y repisas de mármol; magníficas viviendas de opulentos capitalistas, cuya exuberancia metálica se refleja en todos los detalles, pero particularmente en el despilfarro de hierros y en el profuso adorno de los balconajes, en los que, dicho sea de paso, existe una flagrante contradiccion, para nosotros inconcebible. ¿Cómo es que aquellos propietarios, que se gastan tanto dinero en el herraje de sus balcones, economizan algunos céntimos en sus cristaleras? Y digo esto, porque es rara la casa, palacio ó establecimiento que tenga dos hojas de cristales en sus ventanas. Una sola, sobrepuesta y generalmente á la izquierda. Esto hace malísimo efecto, y si no dá idea de la miseria, allí donde todo es rumbo y ostentacion, forma por lo ménos un contraste, que tiene poco de artístico y mucho de desagradable. Sólo la costumbre puede explicar aquella falta de estética y de comodidad, pero es una costumbre sin razon de ser, y que no dice bien del buen gusto de los virgitanos.

Vimos plazuelas de regulares dimensiones, transitamos por calles empedradas y largas, y vinimos á dar con nuestros cuerpos en una plaza cuadrangular y llana, donde hay una

elevada fuente de mármol con abundantes surtidores, y por cierto que en ella no resplandece gran cosa la belleza del arte, así como tampoco en la mayor parte de las casas que cierran el perímetro de dicha plaza.

En ella se halla la casa consistorial, edificio de indeterminable época, y la iglesia parroquial, flamante y enjalbegada. Bien se refleja en este templo toda la série de peripecias y trastornos porque su construccion ha pasado. Erigido en el paraje mismo donde se encontraba la antigua iglesia, destruida por los terremotos, empezóse la obra desde sus cimientos, y bien pudo sujetarse la construccion á un plan y órden de arquitectura determinados; pero léjos de esto, obsérvase, tanto en su exterior como en su interior, un desconcierto de lo más acentuado en la preceptiva, el cual está reflejando la diversidad de ocasiones en que se ejecutó la obra, la inconstante direccion que ha sufrido, y hasta la variedad de caprichos á que el arquitecto tuvo que sujetar sus líneas. El templo, pues, si espacioso y opulento, nada dice al corazon ni á la mente. No se observa en él esa sublime grandiosidad que eleva el alma al seno infinito del Omnipotente; no se experimenta ese místico recogimiento que hace sobrecogerse y achicarse ante la inmensidad de un Sér superior, y doblarse el cuerpo y las rodillas instintivamente para tributarle veneracion; no hay rotonda que simule la bóveda de los cielos, por donde pueda explayarse el fervoroso pensamiento; no hay esbeltas columnas, perdidas allá en la altura, en ramas de piedra, que determinen puntiagudos arcos, por donde se dilate el aroma de los incensarios y el eco de las oraciones; ni opacidad en la luz, para la reconcentracion del ánimo; ni el colorido del tiempo en las paredes, como reflejo de la eternidad; ni obra de arte alguna que atraiga á la contemplacion y al éxtasis; ni..... (perdónenme mis amigos virgitanos) nada absolutamente que dé en él una idea de su grandioso objeto.

Cuando penetro en una ermita, veo al menos la sencillez, que tambien sublima el alma, la pobreza que la contrista, la naturalidad de la devocion; y su resplandor copioso, y su al-

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

tar modestísimo, y los vasos de flores, y la lámpara vacilante, y la torrecilla blanca, medio oculta entre la fronda, y el esquilon que balbucea, como el niño sentado en el regazo materno, al elevar á Dios las sencillas oraciones de la inocencia; y la desnudez de las paredes, desprovistas de toda pompa y mundanal aparato, limpias como el espíritu que logra sacudirse de los atractivos terrenales; todas estas cosas y cada una, me hacen entrever la piedad sin afectacion, el instinto religioso, el primitivo sentimiento cristiano trasparentándose por la grietas de las catacumbas, la encantadora naturalidad, en fin, con que el alma pura y confiada sonrie hablando con el Dios de las misericordias. Pero en este templo, ni magestad, ni sobrecogimiento, ni poesia, ni naturalidad.

Pesadísimas columnas, sin pilastras ni basamentos; naves irregulares, sin esbeltos arcos, ni artesonados oscuros; altares donde resplandece el oro con profusion, como puede resplandecer en las arcas de un avaro, sólo para despertar la codicia; imágenes imperfectas; nada, por último, de lo que constituye la belleza del arte, ni la expresion de la sublimidad.

Es decir, que en Berja se necesita ser católico maquinal, ó cristiano por costumbre, ó devoto á prueba, para elevarse al Supremo Espíritu, allí donde todo habla solamente de pesantez y de materia. Aquel templo no se ha construido para atraer indiferentes, convertir herejes, ni catequizar descreidos.

Pero si la estructura de la iglesía no me agradó gran cosa, ni aun pequeña, no me sucedió lo mismo con su párroco, de cuya finura y cariñosa amabilidad tuvimos algunas pruebas. (1)

---

(1) El Sr. Cura de Berja nos puso de manifiesto el archivo parroquial, tomándose la molestia de buscarnos algun dato que pudiera servirnos de ilustracion.

En el mencionado archivo, desprovisto tambien de curiosidades, sólo encontramos un documento que no vacilo en copiar á continuacion. Dice así:

D. Bartolomé Marin, cura de la iglesia parroquial de esta villa.

Certifico: Que el dia 25 de Agosto del año que corre esta partida,

JUNTA DE ANDALUCIA CONSEJERIA DE CULTURA

Salimos del templo, lamentando la inversion de tantos años y caudales en una obra de tan pésimo gusto, y volvimos á discurrir por calles, plazas y encrucijadas, no sin fijarnos en un resto de torreon árabe muy sólido, sobre el cual se ha construido una casilla blanca, que parecia una paloma posada sobre un peñasco.

Llegamos por último á la plaza del mercado, extenso paralelógramo, tres de cuyos lados se forman por una galería uniforme y regular de dos cuerpos, y el cuarto por una linea de altos y lujosos edificios. Hácia allí estaba nuestra fonda-posada, ó nuestra posada-fonda.

Asaltamos el comedor, (ya era tiempo;) y despues de un almuerzo suculento y bien servido, (recomiendo á VV. el parador de Iberia,) mi compañero se recató en su habitacion, con ánimo de desquitarse de la mala noche pasada; pero no bien se habia colocado en ángulo recto con la vertical, cuando llegaron los dos hermanos que habian de formar parte de nuestra expedicion, y el más jóven é inexperto de ellos, se abalanzó á la puerta tras de la que reposaba el *Caballista*, y fiado en que nunca le habia visto de mal humor, atrevióse á tocar generala en ella, con gran precipitacion y redoblado brio.

Al alarmante estrépito levantóse despavorido el cómodo compañero, creyendo sin duda que el pueblo entero era víctima de un terremoto como el del año cuatro, y abriendo rápidamente la puerta, presentó su espantado rostro, intentando echarse á la calle para huir del temido riesgo, á pesar de su traje, casi primitivo; empero comprendiendo luego todo

---

(1804) sábado, á las ocho y media de la mañana, hizo un terremoto que destruyó iglesia, torres y casas de esta poblacion, pues la que no cayó entera, quedó lastimada, y con muchas averías en su construccion, en cuyas ruinas murieron 40 personas, y todos los vecinos se alojaron en barracas en la vega, quedando sólo sin lesion una ermita, que se nombraba de Faura, dedicada al Dulce Nombre de Jesús, donde se colocaron los Santos Sacramentos. Y para que así conste, etc.

lo injustificado de su espanto, y conociendo al motor del estruendo ya pasado, léjos de arrojarse entre los amorosos brazos, que el jóven conmovido le tendía, increpóle con los epítetos más duros del diccionario, procurando poner el ceño más adusto que pudo, y rompiendo al fin en su habitual y alborotadora carcajada, movido por la patética actitud y acarameladas frases del, hasta allí, desdeñado compañero.

Ello es, que el *Caballista* no pudo dormir ni un momento, á pesar de sus frecuentes recortes y escurrimientos para conseguirlo; y mal hubiese hecho en ello, porque ya iban llegando algunos antiguos amigos, con los que nos ligaban mucho afecto y consideracion.

Tratóse en primer lugar de nuestro proyecto. Todo estaba dispuesto: esperaban las acémilas y los sirvientes, los sacos de provisiones y las cajas de aparatos. Hasta el *Pollo* se habia pertrechado de un par de gorros de dormir, que era todo el equipaje de que habia creido prudente proveerse.

Se fijó la salida para la Sierra á las cuatro de la madrugada siguiente, y el resto de aquel dia lo pasamos vagando de calle en plaza y de café en casino, acompañados de los cariñosos amigos, que tan exagerada idea tenian de la capacidad de nuestros estómagos.

Algunos de aquellos, doctos é ilustrados, suministráronme vários de los datos que á continuacion consigno, sin atribuirme por tanto su paternidad.

BERJA fué siempre una villa populosa, y es desde muy reciente una ciudad de 15,731 habitantes, segun el último censo, habiendo disminuido considerablemente su poblacion en los tres últimos años, á causa de que la baja sufrida por los minerales en los mercados extranjeros, ha hecho que se paralicen muchas de las minas de su término, que daban ocupacion al proletariado, el cual en gran parte vá emigrando á Linares y á Orán en busca de trabajo. La industria principal de esta poblacion es la minera, habiendo en las sierras próximas sobra 1,500 minas, unas explotadas, otras en estado de exploracion, y como unas 140 en más ó ménos riqueza. Figura entre las primeras la renombrada «mina de Berja» que produjo desde 1820 hasta 1841 más de tres millones de arrobas de mineral plomizo de pri-

mera calidad. Los parajes de la sierra donde se han encontrado minerales en más abundancia, son: la Loma del Sueño, donde situa la mina antes citada, la Loma de Capalyran, el Llano de los Pozos, el Puntal de la Parra, y por último, el famosísimo Pecho de las Lastras, de donde han salido la mayor parte de las fortunas de este privilegiado país.

Las producciones agrícolas apenas son suficientes para el consumo, á causa de la poca extension de su suelo vegetal, reducido casi á la vega, cuyos terrenos se han pagado años atrás á fabulosos precios, lo cual se explica por el estancamiento de enormes capitales. Me han asegurado que el año 1862 se abonaron 70,000 reales por un huerto, que media solo unas 3,000 varas cuadradas de superficie.

Entre los productos del país, se cuentan los cereales, la almendra y algun aceite, vino y excelentes frutas. Antiguamente basaba una de sus mayores riquezas en el cultivo de la seda; pero hoy son escasas las moreras que restan, y dicha produccion ha venido muy á ménos. Hay algunas fabricaciones de paños y otros tejidos, y su comercio de importacion y exportacion se hace por Adra, puerto que dista tres leguas.

El pueblo se compone de 13 barriadas ó cuarteles, en las que hay distribuidas unas dos mil cuatrocientas casas, cinco ermitas, una iglesia, dos escuelas públicas, seis privadas, un colegio oficial de segunda enseñanza, cárcel de partido, y várias fábricas y establecimientos comerciales de importancia.

Tiene seis fuentes abundantísimas de exquisitas aguas, que, con su benigno clima y ventilada exposicion, hacen el pueblo sano, y fértiles y amenos sus contornos.

Hay Juzgado de primera instancia, dependiente de la Audiencia de Granada, á cuya Capitania general y Diócesis corresponde.

Su término jurisdiccional confina al N. con el de Alcolea, al E. con el de Dalías, al O. con el de Adra y al S. con el Mediterráneo. Dicho término está atravesado de N. á S. por el rio de Adra, que nace en las inmediaciones del cerro Montaire, vertiente Sur de Sierra Nevada.

La constitucion geológica de la region virgitana, está determinada por rocas calizas, ó pizarras talcosas y arcillosas, así como su extenso valle por la formacion de terrenos de acarreo.

A todo lo cual añadiré como reminiscencias de libros leidos:

Que Berja es el primero de los pueblos de la Alpujarra, al Poniente de la provincia de Almería; que es poblacion de reconocida anti-

güedad, constando su existencia en las relaciones de Plinio, y en las tablas de Ptolomeo, habiendo existido primitivamente en el paraje conocido hoy con el nombre de Villa-Vieja. Dícese que esta poblacion fué enteramente destruida por un terremoto á principios del siglo V, y que sus moradores se diseminaron por el campo, formando cercanas cortijadas, que han ido uniéndose hasta constituir el nuevo pueblo.

En tiempo de los árabes, fué cabeza de una TAHA compuesta de los pueblos de Beninar, Darrical y Lucainena, y se incorporó á la corona de Castilla algun tiempo antes de rendirse Granada á los Reyes Católicos.

Durante la insurreccion de los moriscos, sufrieron mucho los cristianos que habitaban en Berja, teniendo la mayor parte que refugiarse en el castillo de Adra, para escapar con vida de aquella guerra de terribles represalias.

A las puertas de esta poblacion se riñó en 1469 aquella sangrienta batalla, entre los ejércitos del jóven Aben-Humeya, proclamado en Beznar Rey de los moriscos, y el del terrible Marqués de los Vélez. En este combate, quizá el más encarnizado y feróz de cuantos tuvieron lugar en el territorio alpujarreño, quedaron casi totalmente destruidas las huestes de uno y otro bando, teniendo que retirarse el de los Vélez á Adra, con los pocos soldados que de sus falanges quedaron, y á Válor, su pueblo señorial, Aben-Humeya, con el escaso resto de su destrozada tropa.

JUNTA DE ANDALUCIA CONSEJERIA DE CULTURA

Y basta ya de Historia, y de Geografía, y de Estadística y de Geologia, y en suma, de una didáctica tan soñolienta, como agena á mi intencion.

Aquella tarde, despues de la comida, salimos á dar un paseo por las afueras del pueblo, que son de lo más amenas y agradables. Condujéronnos los amigos á la cumbre de una colina denominada el Cerro de San Roque, desde donde dominamos por completo toda la planicie ocupada por la ciudad, enredada como una garza blanca entre los pliegues de un manto de agradable verdura. Dilátase la vega, matizada de caserios, como nidos de alegres aves; se destacan en su esmaltada superficie las compactas alamedas y los oscuros olivares, como islas y golfos, y canales y estrechos, y puntas y promontorios, en aquel oceano tranquilo y floreciente. La Serrata de Adra limita por el Sur el horizonte, como un te-

lon agreste colocado entre nuestra vista y el mar. Al Norte se vé un gigante cerro que está demostrando en su configuracion la solidez de sus entrañas. Pesada rotonda que levanta á los cielos su tendida curva, bajo la cual formaron las revoluciones del planeta, mantos y masas enormes de mineral precioso. Es el renombrado Pecho de las Lastras.

Risueñas colinas se dan la mano, como en alegre danza, abrazando la ciudad y sus campos; sierras abruptas de color de bronce elévanse en otros términos, y allá hacia el N. O., levantando su cana cabeza, coronada de nubes, como el atributo de la magestad, se vé el gigante cono de nieve, que pronto hollarán nuestras plantas. El soberbio Mula-Hacen erguido, para contemplar sus dominios, á aquella postrera luz que absorbia en sus brillantes altitudes, mientras que abajo, en el valle, descúbrense ya los apartados barrios de la Jarela, Santa María, Peña Rodada, Benejí y Alcauctique, envueltos en las melancólicas brumas del crepúsculo. Arrópase entre las tinieblas Castala, cuyos moradores afirman, con todo el candor de su piadosa inocencia, que los gorriones del término no atacan sus sembrados, desde que San Tesifon, discípulo de Santiago, obispo de Virgi, y uno de los siete ilustres varones, que desembarcaron en *Abdera*, para predicar en España el evangelio, vino á establecerse á una cueva próxima, desde donde llamaba con la mano á los regocijados pajarillos, colocándoles en el pico el grano que habian de llevar á sus temblorosos hijuelos.

No es cosa de que yo me ponga á averiguar si tienen razon ó no los habitantes de Castala, y si los gorriones descendientes de aquellos que San Tesifon socorria, son tan comedidos y parcos como la fama les supone. Cada cual puede pensar como guste respecto á la piadosa preocupacion de los unos, y el respeto á la propiedad de los otros, y allá se las hayan aquellos labriegos y aquellos pájaros con su envidiable paz, tan distante hoy de la rapiña social.

¡Bienaventurados los que abran su corazon todavía á estas puerilidades!

Bajamos del limbo; la sociedad nos esperaba, y en ella, entre buenos amigos y curiosos de nuestra expedicion, pasamos tres horas á la puerta del casino, contemplando á intervalos la trasparente esfera del relox de la iglesia, «ojo del tiempo, móvil pupila que va marcando el paso á la eternidad.»

Esto es hijo legítimo de Zorrilla.

Pero basta de filosofías, y buenas noches, que es tarde y tenemos que madrugar.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

IV.

En marcha.—Una torre con cuatro piés. Batalla contra un pastor.—La Syria.—Exaccion ilegal.—Sierra Nevada.—¡Á ella!

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCÍA

Sonó una estrepitosa carcajada, y penetró el *Ministro de Hacienda* en mi habitacion. Su Excelencia venia tan contento y regocijado, porque habia visto á su perra, hermosa alana de inteligente cabeza, y pelo perla, tomarse la justicia por sus dientes. El animal no habia considerado justa la prolongada abstinencia á que le habia condenado, en el pasado dia, el descuido y negligencia de su señor y dueño, y asaltando sin duda la cocina, venia masticando con la mayor delicia, un más que regular tasajo de carnero, cuyo acto indudablemente vandálico, no fué calificado por mi compañero con imparcial y luminoso criterio, á pesar de sus conocimientos en derecho.

Reia á más reir viendo á su querida *Centella* ensañarse con el medio pernil, y considerando el chasco que se iba á

llevar la cocinera, al penetrarse de la *irregularidad* cometida. Y ¡vive Dios! que la risa de mi compañero era capaz de producir la alarma por todos los ángulos del término municipal.

A fé que no comprendo ahora cómo tenia tan buen humor, por que, segun despues me dijo, habia pasado la noche entera estudiando la Fauna de su dormitorio. ¡Él, tan metódico, tan regalado y comodon! ¡Él, que duerme doce horas diarias en todo tiempo!

Venía mi compañero vestido ya con su traje de camino, y traia una palmatoria en la mano; porque debo decir de paso, que eran las tres de la madrugada, y no es cosa corriente, que á tal hora el Sr. Febo se tome la molestia de levantarse, ruborizando con su chispeante mirada á las pudorosas nubecillas que vagan descuidadas por el cielo.

Presentáronse á poco los dos hermanos que completaban el resto de la expedicion, y sintióse en la calle algo, que no era ruido de tren que pára, sino de bestias que llegan, y luego que los mozos se incautaron de los equipajes, provisiones y demás pertrechos, y así que se dió al venerable coñac el avance de reglamento, y despues que el *Administrador general* practicó una liquidacion minuciosa con el dueño de la hospedería, dispusímonos para marchar.

Fué mi primer cuidado practicar un escrúpuloso reconocimiento en todo el perímetro del mulo, al que habia de confiar mi amado individuo, y halléle por de pronto apto para figurar como cabo en una escuadra de gastadores híbridos. Tal era su corpulencia y arrogante aspecto.

No fué muy de mi agrado la desproporcion de nuestras estaturas, pero tenia tan buenos antecedentes de la honradez y seguridad de aquel poderoso dromedario, con que me obsequiaba un amigo, que no vácilé en depositarle íntegra mi personalidad, haciendo que me acercáran una silla, para alcanzar al estribo, y tomar posesion de aquella fortaleza, sobre la cual me atreví á mirar al suelo, y casi me causo vértigo el considerar la profundidad á que se hallaba. Pero

aparte de las probabilidades de un completo desmenuzamiento de mis huesos, en el caso previsto de un batacazo, me entusiasmó la idea de que iba á ver la Sierra á vista de pájaro.

La del alba era cuando se puso en movimiento el cuerpo expedicionario. Formaban éste el Estado mayor, compuesto de los cuatro jefes de igual graduacion, (plazas montadas:) una division de dos individuos de infantería, á sus inmediatas órdenes, y la *impedimenta* convenientemente distribuida entre los dos capachos de una robusta acémila.

No pude decir adios á Berja; me encontraba muy preocupado con la idea de la distancia que mediaba entre mi cabeza y el planeta. Apenas veia la poblacion que se iba quedando allá atrás, perdida entre las nebulosidades del crepúsculo. Avanzaba, avanzaba envuelto en la neblina, como uno de esos fantasmas que nos representan las pesadillas. ¡Qué pequeña me parecia desde allí la humanidad!

El camino que seguimos llevaba la direccion N. O.; era bastante bueno, mal que le pese otra vez al poeta Abul-Xayat: veia por todas partes olivares frondosos, y luego una rambla que se tendía allá, bajo mis piés. El ejército iba en correcta formacion de uno en fondo, y el más ágil de los infantes la precedía, yendo de descubierta armado de un *odómetro* bien graduado á su marcha, y de un cañon de regulares dimensiones, que tal parecía el barómetro de Fortin que llevaba embutido en su funda de baqueta, y colgado á la funerala. Todos los jefes iban provistos de sus *gemelos* de campaña, y el cuerpo de ingenieros, reducido á nuestro *Hombre de ciencia*, ostentaba sus airosas bandas, de las que colgadas en sus fundas pendian: Una *brujulita* de Brunner, con *clinómetro*, construido por Grasselli, un *sextante* de Negretti, un *cronógrafo* anónimo, otra *brujulita* idem, un *aneroide*, un *termómetro* de Gaggini, y en las sinuosidades de sus bolsillos, *cintas métricas*, y otras *brújulas*, *termómetros* y *cronógrafos*; en fin, todo un gabinete de física ambulante, sin contar con que venian á retaguardia en la acémila del repuesto: Una *escuadra de reflexion*, un *barómetro holostérico*, un

termómetro de máxima, construido por Casella, otro de *mínima*, del mismo autor, *otro* de Sécretan, con envoltura para apreciar la humedad atmosférica, un *evaporómetro* tambien de Sécretan, con sus respectivos discos de papel, un *cromóscopo* para apreciar la intensidad del color, *papeles azonométricos*, preparados por Jame, de Sedan, con su escala de cero á veinte y uno, una *linterna de fósforo*, una *caseta* para los instrumentos metereológicos, un magnífico *anteojo* de Harris, de Lóndres, de dos y media pulgadas de abertura, con dos oculares astronómicos y uno terrestre, otro anteojo de Browning, y..... la mar.

Á la derecha, descubrimos una, que á mí me pareció fortaleza, y que no era otra cosa que una fábrica de paños, segun la aseveracion formal de uno de los escuderos. Pasamos las ramblas de Urbina, Coca é Higueral, enfermas de erupcion cutánea, más caracterizada en cada una de ellas; subimos luego algunos escalones, y empezamos la ascension formal de una cuesta, que segun nuestro *Benedictino*, tiene 4 grados de inclinacion en su principio, luego 6 en la vertiente S. E. y 10 en su bajada, ó sea la falda del N. O. Esta cuesta que hace á dos caras, como es corriente hoy entre la gente civilizada, tiene tambien dos nombres: la que habiamos subido se llama cuesta de *Peña Rodada* (¡y vaya si ruedan por allí las piedras!) y de Benínar la que acabábamos de bajar.

El terreno es formado por extratificaciones calcáreas, viéndose algunas canteras de buen yeso. Unas y otras están, como es de suponer, totalmente desnudas, y sin otro abrigo que una ligera capa, polvorosa y rota, que no consigue encubrir la blancura de su cuerpo.

Pasamos el campo de Benínar, dejándonos allá abajo hácia la izquierda á Turón, patria de algunas celebridades, y de..... los higos; á Murtas, tomando la sombra bajo las faldas del salvaje *Cerrajon*, y al N. O. á Irmes, unigénito de Benínar, niño que, segun nos dijeron, está todavia en lactancia. Llegámonos luego á su mamá, quiero decir, á Beninar,

que está sentada en la vertiente de una colina, contemplando coquetona todavia, á pesar de sus años, al rio de Adra que la lame con deleite los piés, y nos detuvimos un momento para recrearnos en los adornos y perifollos de tan avellanada señora, los cuales consisten en cinturones á modo de calles empinadas y tortuosas, broches como casas de uno ó dos pisos, sin revocar, fabricadas con esquistos pizarrosos, con coberteras de lo mismo, (iguales ni más ni menos á las que yo habia visto muchas veces en los pueblos de Sierra Filabres) y de medio cuerpo abajo vestia la dama una falda pintoresca bordada de higueras, almendros y olivos.

Y mientras nuestro compañero *El de la ciencia* descendía de su cabalgadura para tomar pendientes, distancias, alturas, arcos de meridiano, ó lo que fuera, se me acercó un sujeto con todas las trazas de Secretario municipal, el cual me dijo:

—

BENINAR. Este es un lugar de la provincia de Almería, de la que dista 11 leguas, y corresponde al partido judicial de Berja. Tiene 1160 habitantes distribuidos en unas 180 casas, con inclusion de las 45 que se hallan en la inmediata cortijada de Irmes. Su término confina por el N. con Darrical, al E. con Berja, al S. con Turón, y al O. con Murtas.

El terreno es montuoso y poco productivo; excepto la pequeña vega, que se halla á las márgenes del rio, que por aquí se llama de Beninar, y que es el mismo que naciendo a las faldas del cerro Montaire, recibe varios afluentes como el de Paterna, Ugijar, Lucainena y Chico, algunas ramblas importantes como las de Turón, Irmes y Urbina, y numerosos barrancos, que en la época de las lluvias hacen muy difícil el tránsito entre los pueblos ribereños. Ese rio es el mismo que atraviesa más tarde el término de Berja, y desagua en el mediterráneo por el oriente de Adra, despues de recorrer unos 50 kilómetros.

Las producciones de Beninar son: algunos cereales, almendras, frutas y una poca seda. Tiene una regular iglesia dedicada á San Roque, que es el patron del pueblo, y dos escuelas.

Esta poblacion, fundada por los árabes, era una de las que comprendia la «TAHA» de Berja. Sufrió luego en la guerra de los moriscos frecuentes desvastaciones, hasta quedar completamente destruida. En 1579 se mandó repoblar, y separándose de Berja, se unió con

Darrical y Lucainena, formando un solo Concejo, que celebraba sus sesiones en el primero de dichos pueblos. En 1836 se constituyó su Ayuntamiento, y desde entonces somos aquí «libres, felices é independientes.»

(Téngase en cuenta que estas palabras fueron dichas por el que supongo Secretario municipal.)

—Sobresaliente en Geografía, Notable en Historia, exclamé volviéndome para oir al *Benedictino* que decia: Salimos de Berja á las 4 y 15 minutos de la mañana; hemos llegado aquí á las 6 y 25. Tiempo invertido, 2 horas y 10 minutos. La distancia recorrida es de 9480 metros. La altura de Berja sobre el nivel del mar es de 356 metros. Estamos á 260. Hemos descendido 96 metros.

—Pues siguiendo de ese modo, dije con disgusto, llegaremos mucho antes á los infiernos que á Mula-Hacen.

—¡Matemático! exclamó el *Pollo*.

—Exactísimo, añadió el *Caballista*, prorrumpiendo en una carcajada...

—¡Ignorancia!, añadió el *Benedictino*.

—Adios, señores, dijimos en coro á la no pequeña tropa de curiosos que nos rodeaba, y sin más pláticas continuamos nuestro viaje.

Descendimos al rio por una cuesta de 200 metros que forma una gran curva, con pendiente de 3 por 100; (si hay error de cifra, tiene la palabra nuestro compañero para rectificar:) y siguiendo en direccion contraria á la de las aguas, cuando las haya, franqueamos bloques y bordeamos peñascos y barranqueras. Aquello no era ya una simple erupcion cutánea; era un *avispero* ó un *antras* continuado sobre la faz del rio.

Despues de una hora justa de camino, vimos un pueblecillo agazapado debajo de un enorme peñon, el cual temeroso pueblo tenia la cabeza encojida entre los hombros, como quien abriga una seguridad de ser aplastado.

Era Darrical, futura tortilla que preparan los años como cocineros, ayudados de sus pinches las aguas y las filtraciones.

Las vertientes del cerro cuyos colosales peñascos amagan la pobre aldea, están cubiertas de monte *sagrado;* y digo sagrado, por que sería condenado allí á la última pena el infeliz que osara arrancar una sóla mata de las que cotienen los arrastres del terreno que média entre el pueblo y su verdugo, detenido en las alturas, hasta encontrar ocasion propicia para arrojarse sobre la víctima.

Ni nos paramos allí, ni encontramos *fiel de fechos* ni ciudadano ó campesino que nos diera un nuevo curso de Geografía é Historia; pero yo diré á VV. lo que recuerdo acerca de

DARRICAL. Es el último pueblo de la provincia de Almería por la parte del N. O. distando de su capital 12 leguas. Tiene 1548 habitantes; corresponde al mismo partido judicial que Benínar; está situado en el declive de un cerro con 38 grados de inclinacion, á la márgen izquierda del rio de Adra, con terreno de lo más quebrado y pedregoso, casi todo de secano.

Produce almendras y aceite. Su término confina con los de Lucainena, Berja, Benínar y Murtas, y..... tiene..... es.....comprende.....

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCÍA

Señores, no sé mas; pueden VV. reprobarme.

Díjonos el *Astrónomo-Físico-Geólogo* que la constitucion de aquella cuenca, está determinada por pizarras arcillosas y talcosas, y añadió despues brevemente, que habiamos caminado desde Benínar 4870 metros, y... esperamos en vano; no agrega una palabra más. Pueden VV. reprobarle tambien si gustan.

—«Anda, anda, anda.»

—Pero, Señor, que á pesar de no ser más que las siete y media de la mañana hace muchísimo calor.

—«Anda, anda, anda.»

—Pero, Señor, que este rio es muy ardoroso, y hay en él unos peñascos que dificultan á cada paso mi marcha.

—«Anda, anda, anda.»

Y convencidos como el eterno Judío errante de la inflexibilidad del mandato imperioso que le impulsa á caminar meses, años y siglos, doblamos nuestras cabezas, y seguimos an-

dando, andando (pero sobre los mulos) y dejamos á la derecha mano el rio de Lucainena, y seguimos por el de Escariantes, y llegamos á engastarnos entre unos tajos perpendiculares de 70 metros de altura, y nuestro corazon se estremeció de espanto, y vimos peñascos enormes, que amenazaban nuestras cabezas, y grietas profundas en los cortados, y taludes inversos que casi nos cobijaban dentro de un ángulo diedro, y socavones sospechosos, y derrumbamientos recientes, y cortados, y desniveles, y allá arriba, muy altos, unos filos agudos, festoneados por una cinta azul; y creyendo que aquello era el cielo, elevamos hasta él nuestros corazones, pidiéndole que sostuviera tan sólo por diez minutos la actitud de aquellas cansadas moles, que están en tan incómoda postura.

—Tajo Escariantes, díjonos uno de los mozos. Por allí (y señaló casi al cielo) se cayó hace años un pastor, y se quedó colgado de aquella higuera, hecho tal lástima, que no sirvió ni para tacos.

La dicha higuera brotaba horizontalmente del cortado, á cosa de unos diez metros de altura sobre el rio.

Repuesto del espeluzno producido en mí por tan breve, pero desgraciada historia, comenzó á ensancharse mi ánimo por dos motivos diferentes. 1.°: Habiamos salido del espantoso peligro con que nos amenazaban aquellos cerros salvajes. 2.°: Estaba ya en mi provincia, y no me atrevo á decir que respiraba los aires de mi pátria, por que los aires que á la sazon abrasaban nuestros pulmones, eran unos bárbaros invasores, venidos sin duda del Sahara. ¡Qué calor!

En esto vimos venir hácia nosotros un pobre hombre, ó un hombre pobre, á juzgar por el desastre de su vestidura, que no era otra que la usada por los pastores del país. La *Centella*, que dicho sea de paso, profesa como todos los de su especie, un ódio instintivo á la pobreza; la *Centella*, perra aristocrática, que aun cuando vá en cueros, no puede ver pacientemente una persona harapienta y mal vestida, lanzóse con incomparable denuedo sobre el desdichado caminante, y comenzó con él la más recia batalla, que haya reñido perro

BIBLIOTECA DE LA ALHAMBRA

alguno en el presente siglo. El aterrado pastor, que vió venir sobre sí aquella tempestad de ladridos y dentelladas, empezó á defenderse, haciendo molinete de su cayado, el cual se tendia de vez en cuando en direccion del animal, sin conseguir jamás tocarle á un pelo; tales eran la rapidez y oportunidad de sus huidas y recortes. Todos gritábamos llamando á la perra desesperadamente, excepcion hecha del *Caballista*, dueño del canino acometedor, pues aquel celebraba con carcajadas interminables la oportuna celeridad en las huidas, y la táctica batalladora del bueno del animalito, que no satisfecho con haberse engullido malamente aquella madrugada parte de un rebaño, queria tambien, por lo visto, ahora, comerse un pastor.

Avanzaron nuestra fuerzas de infantería para proteger las pantorrillas del enemigo (de la perra) y apenas vió nuestro jefe de ingenieros que el mozo conductor del *odómetro* se salia de la línea obligada para medir con precision las distancias, y andaba describiendo curvas y poligonales para atacar á la perra por el flanco, indignóse grandemente, considerando la ineficacia posterior de sus cálculos.

Ya no podia ser matemáticamente exacta la cifra del trayecto recorrido, y ante idea tan aterradora, le importaba muy poco el desastre de toda la pastoril Arcadia: crujieron de ira sus mandibulas, y dió al mozo la voz de ¡alto! con tan terrible y destemplada cólera, que el pobre hombre quedó clavado en la arena, como si de piedra fuera hecho.

Viendo el *Caballista* la cosa séria, y el gravísimo riesgo en que se encontraban las *tibias* y los *peronnes* del infeliz transeunte, avanzó con su caballo, y entre carcajada y carcajada ordenó á gritos que se retirase á su insubordinado can, el cual á duras penas consintió en ello, despues de sufrir alguno que otro certero disparo de guijarro sobre sus costillas, y los atropellos de la caballería, toda ella puesta en movimiento. Huyó al fin con toda celeridad el desconcertado enemigo, no sin que la perra intentase varias veces picarle la retaguardia, insultándole además y amenazándole con unos ladridos

que daban espanto. Tal era su encono contra la mala ropa.

Auguramos mal de aquella batalla, porque supusimos, (y no sin fundamento) que corria un grave riesgo la inviolabilidad de todos los alpujarreños pobres, ó la existencia de aquel canino tan audaz y provocativo.

Dejamos luego el rio Escariantes, y penetramos por el de Yátor, luego por el de Ugijar, y quedó á la derecha la rambla Seca, que es lo mismo que avanzar sobre la curva del Ecuador.

El nombre de esta rambla está en perfecta consonancia con el ardoroso y tostado aspecto de su cauce y de sus laderas calcáreas, desprovistas de toda vegetacion, las cuales sirven de insoportables reflectores al calor y á la luz.

Así debe ser el camino del Tártaro.

A las nueve y media pasamos frente á la rambla de Mairena, dejándola á la derecha, y vimos el pueblo de este nombre allá enclavado hácia el N. O. Más arriba se fué estrechando poco á poco la rambla que seguiamos, y aparecieron en sus márgenes algunos cañaverales, olivos, granados y madre-selvas, que hacian mas soportable la temperatura, cobijándonos con un filete de sombra; pero aquello no fué otra cosa que la gota de agua aplicada á los lábios del sediento, porque despues subimos unas cuestas pedregosas, y bajamos otras no menos escuetas y pendientes, y vimos colinas de formacion yesosa, más peladas que un recluta, y volvimos á dar con nuestros sudorosos cuerpos en otra rambla, que era, como si dijéramos, en otro volcan.

Ya no era el Senegal, era la Syria, era Quito, era el infierno, con sus calderas de plomo derretido, y sus ardientes hornos, y sus arroyos de fuego, y sus abrasadoras reverberaciones, y su atmósfera asfixiante, y su espantosa sequedad. ¡Oh cuánto deben sufrir las caravanas de los desiertos! Mi cabeza se aturdía, me zumbaban los oidos, hervia mi sangre á borbotones. ¡Aire! ¡Ni la más leve oscilacion de este bienhechor fluido, que dormia impasible en sus grutas, dejándonos perecer!...

JUNTA DE ANDALUCIA
CONSEJERÍA DE CULTURA

Nuestro compañero dijo que su termómetro centígrado marcaba ¡46 grados! Se entiende que al sol; pero nosotros no íbamos caminando á la sombra.

Y de esta suerte, y próximos á desaparecer de la escala de los sólidos, para convertirnos en líquidos, é inmediatamente en gaseosos, dimos en una, que á nosotros no nos pareció venta, sino palacio y de los mejores, ú oasis ameno, ó alcazar delicioso, que convidaba al descanso, al regalo, á la molicie y á la frescura, bajo sus ásperos muros de piedra y lodo, calados por pintorescos agujeros, ó á la amena sombra de sus cuatro higueras, y no muchos más olivos, que segun el ánsia con que los divisamos, dejaban muy atrás la fronda agradable de los olorosos bosques de la Alhambra.

¿Qué peregrino musulman ha de ver, con la alegría que nosotros vimos aquella venta, el aduar donde le aguarda el descanso de su mortal fatiga?

¡Honor y gloria á May-Toleo, fundadora de aquel eden en medio de páramos y desiertos tan abrasadores!

Unos cuantos tragos de refresco, cuatro horas de descanso, un confortable almuerzo, y un buen sueño sobre las mantas, arrullados por el *aserrar* interminable y monótono de las innumerables cigarras, fueron bastantes á devolvernos la tranquilidad y la *frescura* de que tan necesitados estábamos. El *Caballista* se habia escabullido, buscando el sitio más cómodo para su reposo, y el bueno del *Benedictino* andaba á vueltas con sus barómetros y su cartera allá á la puerta, desafiando todo el calor y las refracciones ecuatoriales.

Eran las dos de la tarde, cuando con su estilo breve, lacónico y ajustado á las matemáticas, nos dió cuenta de sus observaciones.

—Desde Berja hasta aquí, nos dijo, hemos invertido 5 horas y 53 minutos, contando con la detencion habida durante la batalla contra el pastor. Hemos recorrido en ese tiempo 26 kilómetros 650 metros, aproximadamente, teniendo en cuenta la ligera desviacion en el conductor del *odómetro*. La tem-

peratura á esta hora es de 32 grados centígrados á la sombra y 44 al sol. Estamos á 602 metros sobre el nivel del mar. Hemos ascendido desde Benínar 342 metros.

En esto sentimos una discusion acaloradísima en el *salon* de la cocina, y como buenos españoles, acudimos á regocijarnos en aquel espectáculo parlamentario tan poco edificante.

El *Ministro de Hacienda*, lapiz y papel en ristre, contendia con el Diputado ventero, desechando algunas partidas, sobre las cuales se negaba á expedir libramiento, por considerarlas excesivamente exageradas y fuera de presupuesto. ¡Aquello sí que era un celo paternal por los intereses de sus poderdantes! ¡Oh si España estuviera así administrada! Sigue, sigue, moderno Neker, por esa difícil senda de las economías, que con menos motivos que tú se han encumbrado al departamento de la calle de Alcalá muchas medianías, que no lograrán alcanzar nunca á la suela de tu zapato.

Eran las cuatro menos cuarto de la tarde, cuando dejamos aquella venta, que no llamaré de *Cárdenas*, por que su dueño tiene un perfecto derecho á cobrar en ella, á un fabuloso precio, no ya el agua que se bebe, y el suelo que se pisa, sino la sombra que se toma y el aire que se respira. En lo que no lo tiene seguramente, es en poner 37 reales de más, sin justificante conocido, cuyo atrevimiento calificó de exaccion ilegal nuestro *Abogado-Administrador*.

Cinco minutos despues atravesábamos el rio de Yátor, donde la perra hizo otra de sus bárbaras correrías, muy próxima á las pantorrillas de un pacífico arriero; seguimos en direccion N. O. por la rambla de Cádiar, con una pendiente de 2 por 100, (habla el *Benedictino*) y vimos al N. á Mecina Bombaron, tocaya y aun parienta de la de Tedel, de la de Fondales, y de otras várias *elevadas* señoras alpujarreñas del mismo nombre; y casi en direccion opuesta vimos á Cádiar, la antigua córte de los *Monfies*, donde se oyó en menos de doce horas el grito de rebelion dado el 24 de Diciembre de 1568 por los moriscos del Albaicin.

CADIAR es hoy una importante villa de 2110 habitantes, en la provincia de Granada, partido judicial de Albuñol, á la márgen izquierda del rio de su nombre. Está situada en medio de un llano y rodeada por las estribaciones de Sierra Nevada. Su aspecto es agradable y risueño, y su terreno feracísimo y productivo.

A laas cuatro y media empezamos á subir uua muy empinada cuesta, con pendiente de 17 grados; la cual parece conducir al cielo; y en efecto, el cielo era para mí entonces aquella agreste Alpujarra en que me engolfaba, y aquella madre Sierra que adivinaba mi pensamiento tras las enlazadas colinas.

Llegamos al fin á la meseta superior del cerro, por donde se enroscaba la vereda que seguiamos. ¡Oh! dejadme aquí para que mi espíritu se esparza, y se dilate mi corazon. Mis ojos, sorprendidos de repente, ven ya muy cerca el pecho, revestido de mil encantos, de aquella poética maga, á cuya espalda se reclina muellemente la ciudad bendita de Al-Hamar. El *reverso* de mi Sierra se levanta de pronto ante mi vista sobrecogida. Sí, es ella, con sus panoramas celestiales, sus florecientes bosques, sus lomas feracísimas, sus barrancos oscuros, sus cimas luminosas, sus matices halagüeños, sus relucientes cascadas, sus aromas penetrantes, su conjunto embelesador.

Ante la magestad de su aparicion, se engolfa mi alma en sus nacaradas ilusiones de niño; extática, enamorada y conmovida se recrea contemplando su arrebatadora belleza; los labios entreabiertos trasmiten con ánsia al ardoroso corazon las brisas consoladoras, que le reaniman y purifican, ¡oh! y mi sér entero se confunde con aquellos átomos, de los cuales llevo parte en mis tirantes nervios Dejadme aquí en tan sublime y venturosa contemplacion; pero no; ¡adelante! quiero pronto llegar á ella, aunque mi espíritu desfallezca con el deleite de su posesion..... ¡Salve, reina de los gigantes españoles; salve, santuario augusto de la naturaleza, *Orósped*a bendita, *Solarja* luminosa, *Xolair* preciada, maravilla de la tierra, cuna de rios y arroyos de plata y oro; salve, Sier-

ra Nevada en fin, madre querida..... ¿Quién te puede mirar impasible sin ver en el ropaje de que te vistes un paraiso de fertilidad? ¿Quién puede contemplarte con indiferencia, cuando cada grieta de tus montañas, cada pliegue de tus valles, cada peñasco de tus laderas, aparecen rodeados de una aureola de sangre, sellados con mil leyendas de heroicidad? ¡Quién no vé discurrir todavía por esas vertientes peligrosas á los moros andaluces que ciegos por la cólera, se agarran convulsos á tus rocas, para esgrimir su cimitarra sobre la cruz despiadada que intenta arrojarles de tu seno? ¿Quién no vé por tus desfiladeros á los paladines ardientes y endurecidos, que intentan implantar los estandartes de su fé sobre tus gigantescas atalayas? ¿Quién no oye desde aquí el ruido de los combates, los cánticos de victoria, los ahullidos de la desesperacion?

¡Adelante! Dejadme ir á ella como vá á su nido la golondrina, como el águila á su peñasco, como el alma á sus ideales. Dadme las alas del huracan para abismarme pronto en sus fragosidades!...

.....

El panorama, en efecto, era de lo más espléndido y magnífico. Al frente, la cortina de la Sierra que llega á engastarse en el cielo; sus vertientes están pobladas de bosques, ó salpicadas de extensos abancalados, cuya variedad de matices les hace tan encantadores. Manchas de un verde oscurísimo, cuadros pajizos que revelan la madurez de las mieses, embutidos en otros cuadros de blancas flores, contorneados por las líneas anaranjadas de otras mieses á medio granar, ó por el verde esmeralda de otras en estado de crecimiento.

Salpicadas entre los contrastes de luz y sombra, se ven algunas aldeas brotar en medio de la espesura, como pintorescos ramilletes de azucenas, entre el verdor de la pradera. A la derecha cerros abruptos y escarpadísimos, á la izquierda y en el fondo, un valle feraz. Cádiar, el pueblo de las leyendas, tendido sobre un barranco salvaje, y á la espalda la inmensa mole del *Cerrajon* de *Murtas*, sirviendo de centinela avanzada la *Contraviesa*, que se levanta en el término

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCÍA

remoto, como gigante bravío que muestra su musculatura bronceada.

A las cinco y seis minutos llegamos á Narila por una estrecha y tortuosa vereda. Esta aldea contiene 614 habitantes, y está situada en medio de un amenísimo valle, á la izquierda del rio de Cádiar, á cuyas márgenes se extiende una preciosa vega, poblada de frutales, y atravesada por copiosas acequias de un agua reluciente y cristalina.

El Hombre de ciencia nos dijo que habiamos invertido una hora y veinte minutos en recorrer los 5720 metros que hay desde la famosa venta de May-Toleo al pueblo en que nos encontrábamos, el cual se halla á 831 metros sobre el mar. Es decir, que íbamos en no interrumpida progresion escalando el cielo, término de todas las peregrinaciones sobre la tierra.

El aspecto de Narila es cómo el de cualquier pobre que toma el fresco á la puerta de su casa; desaliño y descuido en sus vestiduras, un tanto súcias y desabrochadas, flojedad en su cuerpo, y poca animacion á su alrededor. Las casas son fabricadas, como las de Benínar, con pizarras arcillosas, sin rebocar, mas que los terrados, que lo están de tierra launa.

Bajamos al rio de Cádiar, ribeteado de frondosísimas arboledas, y ostentando hasta en sus mismas arenas lozanas fajas de exuberante vegetacion, y despues que lo atravesamos, se empezó á ascender por una empinadísima calzada, que mide desde 11 á 19 grados de inclinacion. Era la cuesta de los Bérchules, pueblo que habia de servir de meta á nuestra jornada de aquel dia.

Ahora sí que estamos ya en Sierra Nevada. La lozanía de las plantas, la magnitud de los árboles, la feracidad del terreno, los torrentes espumosos que por todas partes se precipitan, me lo dirian, si ya no me lo hubiera dicho mi corazon. Gigantescos nogales, corpulentos castaños cónicos, de oscuras hojas y flores amarillas, los cerezos de rojo fruto, las moreras con sus botones negros, los guindos amoratados, los perales de cera, los poderosos y enhiestos álamos, y las saluda-

bles espigas de los amarillos trigos y de los anaranjados centenos, las praderas blancas donde fructifican las próvidas patatas, y las verdes y relucientes donde se enredan las habichuelas, la sombría bóveda de follage que nos cubre, y la humedad y accidentes de la tierra que nos sustenta, el ambiente saturado de miasmas embriagadores, el claroscuro y la gradacion de términos, son otros tantos detalles para darnos á conocer que hollamos ya ese suelo fértil, salutífero y risueño, que se extiende á los piés de los agrestes colosos que intentábamos visitar.

Siguiendo por aquella escala empinada y difícil, llegamos á Alcútar, cuya entrada se habia puesto de pié, sin duda para estorbarnos el paso; pero nuestras caballerías se la hubieron con ella, y asaltaron el reducto, bien que haciendo ciertas genuflexiones y reverencias, impropias de su carácter poco civilizado.

Alcútar ó *Alcuxeiro*, como le llamaban los moros, es el barrio *bajo* de Bérchul, que dista poco menos de un kilómetro del anterior. Este barrio, con el alto, constituyen lo que comunmente se llaman los Bérchules ó *vergeles*, que decian los hijos ó nietos de Mahoma, enamorados de sus alegres vistas, de su feracidad pasmosa, de sus preciosas cascadas, salutíferas fuentes y belleza singular.

Verdaderamente que los moriscos hicieron muy bien en dejarse matar allí, en aquellos amenísimos paraisos, antes que dar con sus pobres cuerpos en las cálidas arenas del Africa, donde los suelos queman, y calcinan los aires.

Yo de mí sé decir, (y no estaba en el caso de aquellos tristes proscritos) que hubiera sufrido gustosamente cualquier inquisistorial tortura, antes que abandonar aquellos paisajes tan bellos, aquella sombra tan grata y aquella frescura tan vivificante, para bajar á la abrasada rambla, de inolvidable memoria, donde creimos perecer agobiados por el calor.

Ya hablaremos algo de este pueblo ó barrio en que nos encontramos, luego que lleguemos allá arriba al otro alto,

JUNTA DE ANDALUCIA
P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA

donde nos esperan nuevas y agradables impresiones, y, sobre todo, el reposo y la quietud.

Tomaron aliento nuestras cabalgaduras, salvaron trancos, atravesaron acequias, bordearon abismos cubiertos de verdura, y allá muy cerca de las nubes, envueltos entre los bosques, y, á mi entender, muy lejanos de la tierra, nos encontramos en la plaza de Bérchul, donde tendrán VV. la bondad de dejarme descansar un rato.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

V.

Bérchules.—Mármol en pocas líneas.—¿Toca V. la guitarra?

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCÍA

Los Bérchules son la *Granja* de la Alpujarra, y podrian ser la *Granja* ó el *San Juan de Luz* de Andalucía, si esa poderosa palanca que sirve para crear reputaciones, tantas veces inmerecidas, la prensa digo, se hubiese ocupado en dar á conocer esta especie de escondido paraiso, cuyo atractivo sin par es solo conocido de las gentes circunvecinas. No obstante, y á pesar de permanecer inédita aquella recomendable obra de la naturaleza; á pesar de que ni en los presupuestos del Ministerio de Fomento, ni en los provinciales respectivos, ni en los municipales correspondientes, figura (que yo sepa) partida ni subvencion alguna, para que los Bérchules queden comprendidos en la red general de ferro-carriles, ni en el plan de carreteras, ni aun siquiera en el proyecto de veredas; á pesar de que para ascender á este eden, se necesita poco menos que la escala de Jacob, se vé concurridísimo de gentes acomodadas que vienen de Berja, Cádiar, Ugijar, Turón,

y otras *capitales* alpujarreñas, para gozar unas de lo pintoresco de sus paisajes, de la pureza de sus aires y de la benignidad de su clima, dando carta de paso á una de las cuatro estaciones; con ánimo otras de hartar su sangre de los glóbulos ferruginosos disueltos en sus abundantes y salutíferas aguas, que son armas poderosas para batirse ventajosamente con la *clorosis*, las *gastritis*, las *epatitis*, y algunas otras de las *itis* que tanto molestan á la humanidad.

No es extraño, pues, que el aspecto que presentaban ambos Bérchules en aquella tarde (17 de Julio) fuera aproximadamente el de un San Sebastian, ó San Ildefonso, ó cualquiera de los otros santos y no santos, á que acuden las criaturas racionales que se achicharran en Madrid, y demás sartenes, en demanda de un poco de oxígeno y agua fresca.

Los Bérchules son un *Vichi* en miniatura.

¿Cómo habia de esperar el *Pollo* que nos acompañaba, encontrar por aquellas alturas varias plazas concurridas por lindas y elegantes señoritas, galanes apuestos, papás graves y urañas mamás; la sociable animacion por doquiera, el movimiento y la vida de las ciudades?

Hélo ya en campaña, apenas llegado, distribuyendo con entusiasmo las flores más escogidas de su repertorio, recogiendo miradas como flechas, y sonrisas como dardos, ó indiferencias como lanzadas, ó desdenes como balazos. Hélo ya en el pleno ejercicio de sus funciones, hecho un Abelardo, un Marsilla, un Cupido, un Adonis, un Endimion.

«¡Dichosa edad y siglos dichosos!.....» Y esto no quiere decir que alguno, y aun algunos de sus compañeros, no anduvieran tambien de baba caida ante los relampagueos de los ojos negros, y la suave fulguracion de los azules, y el resplandor de los melados, y la electricidad de los de todos los colores; pero entiéndase que no era más que un tributo de admiracion á la estética. Que conste.

Únicamente el *Benedictino*, absorto y embebecido siempre en su ciencia, permanecia impasible ante tan bella exposicion, y preparaba sus aparatos en un ángulo de la plaza,

pública, rodeado de chicuelos absortos y desarrapados, y de alguno que otro indígena de mayor edad, que abría los ojos tamaños, al ver salir de sus fundas de cuero, ó de sus cajas de madera, aquellos *cañones* y *rodajas*, donde el mercurio juega tan principal papel.

Y mientras él prepara el resultado de sus cálculos, y mientras los otros compañeros pasean con la mejor intencion del mundo (sentiría mucho que se les atribuyera cualquier pensamiento pecaminoso) yo retiraré á VV. de la senda de las tentaciones, y en aquel asiento de piedra, donde el cuerpo y el alma se recrean en la contemplacion de tan maravillosos cuadros, y con los murmullos mágicos de la fronda, de las fuentes y de los pájaros, y con los mil perfumes de aquel soñado vergel, oreados por una brisa que lleva el deleite y la salud al corazon, bajo el follaje espeso, salpicado á trechos por los resplandores del cielo, ante un horizonte recortado por las feraces montañas, ó dilatado por la remota curva de los mares, les conduciré por las regiones puras de la Geografía, de la Historia y de la Estadística. ¿No les parece esto más descansado, más entretenido y ménos expuesto á tropezones? Pues vá de ciencia.

Pº Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCÍA

LOS BÉRCHULES constituyen un lugar de 2526 habitantes en la provincia de Granada, de la que distan 15 leguas; corresponden al partido judicial de Ugíjar, y están situados en la vertiente Sur de Sierra Nevada, en la pendiente de un cerro muy fértil, y divididos en dos barrios, alto y bajo, ó más propiamente, Bérchul el primero y Alcútar el segundo. Tienen entre ambos unas 600 viviendas, pero solo 90 ó poco más edificios construidos con alguna regularidad. Todas son de esquistos y arcilla, y algunas están rebocadas con yeso. Sus calles son pendientes y poco simétricas, y cuenta con dos plazas bastante espaciosas y llanas, una donde está la iglesia de San Juan, y otra en el centro del barrio de Bérchul, ambas con asientos de piedra, y la segunda con una fuente abundantísima y deliciosas vistas. En los tiempos antiguos, tuvo siempre dos parroquias, una en cada barrio, hasta la creacion de los curatos propios, desde cuya época quedó únicamente la de San Juan, situada en el barrio Alto. Esta se halla dividida en tres naves, adornadas con siete altares, el mayor con un precioso tabernáculo de jaspe, sostenido por ocho esbeltas co-

lumnas. Junto á esta iglesia existe una pequeña capilla, donde fué degollado por los moriscos el beneficiado Orberá, y para perpetuar su memoria, se conserva en ella un mediano cuadro representando el acto del martirio. La otra iglesia que habia en el barrio de Alcútar, fué arruinada en 1789, construyéndose otra, en sitio diferente, la cual sirve para auxiliar de la matriz.

El término municipal de los Bérchules, confina al N. con los de Lanteira y Jérez, pueblos del marquesado del Zenet; al E. con Mecina Bombaron, al S. con los de Juviles, Narila y Cádiar, y al O. con el de Trevélez. El terreno es pendiente y áspero, pero muy feráz y productivo, efecto de su buena calidad y la abundancia constante de sus aguas; habiendo hazas que producen en tres años el precio de su importe, siendo por lo generol el 10 por 100 lo que rinde allí la propiedad rústica. La vega es extensísima, dominando las de Narila y Cádiar, que la sirven como de estribos, y las de Láujar y su llano, Alcolea y Berja; viéndose desde ella tambien los buques que cruzan el Mediterráneo por la costa de Adra. La parte alta de la Sierra está poblada de monte encinar, y en todas las cañadas y vertientes se ven bosques de toda clase de frutales. Hay multitud de fuentes, pero las más abundantes son siete, algunas de ellas con prodigiosas propiedades para curar las afecciones del hígado y del estómago, y particularmente para modificar el empobrecimiento de la sangre, no padeciéndose allí ninguna de las enfermedades endémicas.

Nacen en su término dos rios, llamados el uno Grande y Chico el otro, los cuales bajan desde la cumbre de la Sierra, uniéndose á corta distancia del pueblo, y tomando entonces el nombre de rio de Bérchules, y más tarde de Cádiar. Las producciones de este pueblo son muchos cereales, patatas, legumbres y hortalizas de excelente calidad, castañas, nueces y otras riquísimas y variadas frutas, vino y alguna seda, y sus habitantes, por lo comun, solo se ocupan en la agricultura.

Durante la insurreccion de los moriscos alpujarreños fueron los Bérchules uno de los puntos estratégicos escogidos para su defensa. Cuéntase qne hubo hácia el N., como á unos 200 pasos de distancia, otro barrio llamado de *Purchena*, que hoy está totalmente destruido, por más que se ven indicios palpables de su existencia. Riñéronse sangrientos combates en sus inmediaciones, y se cometieron grandes excesos por los moriscos en las personas de los cristianos allí establecidos.

Despues que Alguacil y Diego Lopez (Aben-Aboo) ahorcaron en Laujar (Octubre de 1569) al Rey de los moriscos Aben-Humeya, proclamado en Béznar diez meses antes, el segundo de estos, hízose aclamar como Rey, y siguió con gran furor la guerra contra los cristianos, acaudillados por los marqueses de Mondéjar y de los Vélez. Aben-Aboo, á quien un terrible espíritu de venganza, impulsaba á las más sanguinarias empresas, vióse acosado por los ejércitos de D. Juan de Austria, y sometidos algunos de los suyos, muertos la mayor parte, y fugitivos los restantes, tuvo que retirarse á los Bérchules, con una fuerza de solos 400 moriscos.

..... «De estas visitas del Senix con Barredo (dice el grave historiador D. Luis de Mármol, testigo de aquella guerra) fué avisado Aben-Aboo, y como hombre sospechoso, quiriendo saber lo que trataba, tomó consigo á Abu-Amer, y una quadrilla de escopeteros, y se fué á la cueva del Senix, que era fuerte en la Sierra, llamada el Huzún, entre Berchul y Mecina Bombaron, á media noche, y dexando la gente á la parte de afuera, entró con solos dos moros, por mejor disimular con él, y le preguntó con qué licencia habia hablado con Barrédo. El cual le respondió:—Señor, con la vuestra; y Aben-Aboo se ayró grandemente, diciendo que todo era maldad y traycion, y quiso salir á llamar á Abú-Amer; pero cuando llegó á la boca de la cueva, donde habia dexado á los dos moros, habia muerto el uno de ellos y el otro habia salido huyendo.

Tenia el Senix consigo seis hombres, de hecho todos parientes suyos, los quales viendo la determinacion de Aben-Aboo, quisieron detenerle, y estando bregando con él, llegó el Senix por detrás, y le dió con el mocho de la escopeta tan gran golpe en la cabeza, que le derribó en el suelo, y allí le acabaron de matar, arrojando luego el cuerpo muerto por una peña alta.»

A lo cual añade D. Diego de Mendoza, del Consejo del Emperador Cárlos V, Embaxador en Roma, Gobernador i Capitan General de Toscana:

..... «Y el Senix, luego que le vió aturdido, le dió con una losa en la cabeza i le acabó de matar: tomaron el cuerpo i le echaron la cueva abajo, i esa noche le llevaron sobre un macho á Verchul, á donde hallaron á Francisco Barredo, i allí le abrieron, i sacaron las tripas,

rchendo el cuerpo de paja. Y hecho esto requirió á los soldados del presidio de Verchul y Cádiar, i á su Capitan Galaso Rotulo, que le diesen ayuda y favor para llevarle á Granada, i visto el requerimiento, le acompañaron, i en el camino encontraron con 250 moros, que sabida la muerte de Aben-Aboo, se reduxeron, i llegado á Granada, i á la vista del Presidente de la Chancillería, le cortaron la cabeza, que la pusieron colgada de una escarpia, en la puerta que dicen del Rástro, con un rétulo, i el cuerpo entregaron á los muchachos, que, despues de arrastrarle por la ciudad, lo quemaron, i los pocos moros que quedaban en armas en el Alpuxarra de aquel reino, unos se dierou á la paz, i otros se pasaron á Berberia, y á los demás las Quadrillas y el mal pasar les acabó, y feneció la guerra y levantamiento.

Es decir, que con la muerte de Aben-Aboo, segundo Rey de los moriscos, acaecida muy cerca del paraje en que nos encontrábamos, terminó aquella tragedia sangrienta, que había durado veinte meses en las escabrosidades de la Sierra.

Y por si hubiera alguno de VV. que no tenga ideas concretas de aquella insurreccion, y las quisiera tener, les remito á que lean los dos autores, antes citados, ó á Gines Perez de Hita, tambien contemporáneo de la rebelion, y á Conde, y á Washington Irwing, y á Wiliam Prescott y á Docy, Romey, y Sacy, y á Al-Makari y á Lafuente Alcántara, y á tantos otros autores nacionales y extrangeros, moros y cristianos, antiguos y modernos, citados por Alarcon en su Alpujarra.

Y si quieren VV. al efecto esparcir su ánimo con la lectura de una obra de sensacion sobre el mismo tema, no busquen el drama de Martinez de la Rosa, titulado «Aben-Humeya» sino otro inédito que debe conservar la heredera de un distinguido poeta, malogrado amigo mio. Busquen, repito, ese monstruo dramático dividido en diez actos (uno para cada dos meses de la insurreccion) el cual se titula: *El rebelion de los moriscos en la villa de Andarax, hoy villa de Laujar en las Alpujarras de la provincia de Granada.*» Les aseguro que pasarán un buen rato, si es que no se les acaba la vida, antes de terminar la primera escena, que toda es un monólogo acróstico, que dice al márgen: «El abogado y es-

cribano D. Fulano de *tal* y *tal* y *tal* y *tal* (ensarta cuatro apellidos, que yo tengo á bien callar) Caballero de la Real y distinguida órden de Cárlos III, y empleado que fué en la contaduría de diezmos, me compuso en Granada en el año de mil ochocientos treinta y cinco.»

Antes de la mitad de dicho monólogo, debe el galan caér muerto de fatiga, si es que no estalla como una bomba, despues de recitar los dos primeros versos, que dicen así:

«El, en sierra plumbísfera clavado,
»Los pies triscando, juguetea cual caña.»

Hago á VV. especial recomendacion de esta joya literaria, parienta muy cercana de las del ingenio de Dalias.

Pero por si no gustan tomarse el trabajo de pedir favores, ni de rebuscar archivos ni bibliotecas, que supongo no existirán en los Bérchules, yo les condensaré, en las menos palabras posibles, todo lo que he aprendido en los autores que de aquella guerra tratan; pues ahora estoy desocupado, y me parece oportuno echarla tambien de historiador, á mi modo, desde el ameno rincon en que nos encontramos, el cual fué testigo de extraordinarios sucesos.

Dicen así algunos de los artículos de las capitulaciones que los Reyes Católicos estipularon con Abu-Abdallah Boabdil para la entrega de Granada, el 29 de Noviembre de 1491.

«Que los Reyes, por sí y sus sucesores recibirán por sus vasallos y súbditos naturales, debaxo de su palabra y de su amparo real, al Rey Abu-Aldallah, y á los alcaides, cadis, alfaquis, mostis, sabios, alguaciles, candillos y escuderos, y á todo el comun, chicos y grandes, así hombres como mugeres, vecinos de Granada y de sus fortalezas, villas y lugares de su tierra y de la Alpuxarra, que entraren en este concierto y capitulacion, de cualquier manera que sea y les dexarán en sus casas, haciendas y heredades, entonces y EN TODO TIEMPO, Y PARA SIEMPRE JAMAS, y no les consentirán hacer mal ni daño, sin intervenir en ello justicia, ni les quitarán sus bienes, ni sus haciendas, ni parte dello, antes seran acatados y honrados, como lo son todos los que viven bajo su gobierno y mando.»

«Que sus Altezas Y SUS SUCESORES para SIEMPRE JAMAS dexaran vivir

al Rey Abu-Aldallah, y á sus alcaides, caudillos, hombres buenos, y á todo el comun, chicos y grandes EN SU LEY, Y NO LES CONSENTIRÁN QUITAR SUS MEZQUITAS, NI SUS TORRES, NI SUS ALMUEDANES, NI LES TOCARÁN EN HABICES Y RENTAS, NI LES PERTURBARÁN EN LOS USOS Y COSTUMBRES EN QUE ESTAN.»

«Que los moros serán juzgados en sus leyes y causas por el derecho del Xara, que tienen costumbre de guardar, con parecer de sus cadis y jueces.»

«Que no mandarán sus Altezas, ni el principe D. Juan su hijo, NI LOS QUE DESPUES DE ELLOS SUCEDIEREN que los moros que fueren sus vasallos, traigan marcas ni señales en sus vestidos, como las traen los judios.»

«Que sus Altezas mandarán que en ningun tiempo se tomen á los moros las bestias de carga, ni los criados para ningun servicio, si no fuere con su voluntad, pagándoles sus jornales justamente.»

«Que no se consentirá que los cristianos entren en las mezquitas, donde los moros hacen su zala, sin licencia de los alfaquis, y el que de otra manera entrare, será castigado por ello.»

«Que todos los moros de la ciudad, de sus arrabales, y de la Alpujarra y otros lugares, serán respetados y bien tratados por sus Altezas y MINISTROS, Y SU RAZON SERÁ OIDA, Y GOZARÁN DE TODAS SUS PREEMINENCIAS Y LIBERTADES, que tiénen de costumbre, y es justo que se les guarde.»

«Que sus altezas cuidarán que no les hechen güespedes, ni se les tomen bastimentos á los moros contra su voluntad.»

«Que los pleitos que ocurrieren entre los moros, serán juzgados por su Ley y Xara, por sus cadis y jueces, y que si el pleito fuese entre moro y cristiano, el juicio dél sea por Alcalde Christiano, y Cadi moro, por que las partes no se puedan quexar.»

«Que en ningun tiempo los moros no darán ni pagarán tributo á sus Altezas, más que el que acostumbran á dar á los reyes moros.»

«Que ningun moro ni mora serán apremiados á ser christianos contra su voluntad, y el que tal intentare será castigado por justicia.»

«Que los Jueces, Alcaldes y Gobernadores que sus Altezas hubieren de poner en Granada, y su tierra, serán personas tales, que honrarán á los moros, Y LOS TRATARÁN AMOROSAMENTE, y les guardarán estas capitulaciones, y que si alguno hiciese cosa indebida, sus Altezas lo mandarán mudar y castigar.

Etc., etc., etc.

Real de la vega de Granada, á 29 dias del mes de Noviembre del

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
JUNTA DE ANDALUCIA CONSEJERÍA DE CULTURA

año 1491.—YO EL REY.—YO LA REINA.—Por mandado de sus Altezas—HERNANDO DE ZAFRA.

Pues háganme VV. el favor de seguir oyendo.

«Cuando los Reyes Cathólicos hubieron entrado en Granada, algunos Prelados y otras personas religiosas, les pidieron con mucha instancia que se prosiguiese en desterrar el nombre de Mahoma, mandando que los moros rendidos se baptizaran todos, y que los que no quisieren baptizarse, dexaran sus haciendas y se fuesen á Berberia, LO CUAL ERA MEJORARLES MUCHO EL PARTIDO, EN BIEN DE LA SALVACION DE SUS ALMAS.»

No crean VV. que esto lo digo yo, sino D. Luis de Mármol, autor grave, concienzudo, sério, buen cristiano, y nada sospechoso de heregia, ó cosa que lo valga. Por consiguiente no se comprenda que existe ironía ni ninguna otra figura retórica en sus últimas palabras.

Y añade el mismo autor:

«Y el Arzobispo de Granada, ayudado de D. Francisco Ximenez de Cisneros, fraile de la órden del seráfico padre San Francisco, Arzobispo de Toledo, en el año de Gracia de 1495, llamaron á los Alfaquis y Morabitos, y con ellos en conversacion disputaban, y les daban á entender las cosas de la religion christiana, y les enviaban contentos, dándoles vestidos y otras muchas cosas, y algunos destos conocian que era vanidad la secta de Mahoma, y como asi lo decian, muchos moros se baptizaron y abrazaron la fé de Jesu-Christo.»

Todo eso está perfectamente; pero en otro capítulo dice:

«Y SE MANDÓ PRENDER Á LOS QUE ERAN MAS CONTRADITORIOS DE LAS COSAS DE LA FE, entre los quales fué preso el zegri Azaatan, hombre principal, dotado de buen entendimiento, quanto á las cosas morales, y D. Fray Francisco Ximenez de Cisneros determinó de traelle POR FUERZA al yugo de Dios, pues no aprovechaban con él buenas razones.»

Y más adelante añade:

«Y los moros del Albayzin se alborotaron por el negocio que se trataba de su conversion, y el Rey Cathólico se enojó con el Arzobispo de Toledo, y oido su descargo, LE MANDÓ PROSEGUIR EN LA REDUCION.»

Y en otro capítulo:

«Y el Emperador D. Cárlos mandó en 1530 hacer Junta de Prelados en Granada, PARA REFORMAR LOS RITOS DE LOS MOROS.»

Y en otro:

«Y se mandó que los moriscos no se recogieran en lugares de señorío, y el Rey Don Felipe, mandó hacer Junta en la villa de Madrid, sobre la reformacion de los ritos y de las costumbres de los moriscos, y en esa Junta se ordenó: Que dentro de tres años, aprendieran los moriscos á hablar la lengua castellana, y de allí adelante ninguno pudiese hablar, leer ni escribir en público ni en secreto en arábigo.

«Que todos los libros que tuvieren fuesen entregados en el término de treinta dias al Presidente de la Audiencia real de Granada, para que los mandase examinar, y los que no tuvieren inconveniente, se los devolviesen por el tiempo de tres años, y no más.»

«Que no se hiziesen de nuevo marlotas, almalafas, calzas, ni otra suerte de vestidos de los que venian usando, y que todo lo que se hiciesen fuere á uso de christianos.»

«Que todas las mugeres llevasen las caras descubiertas por donde fueren, y no tapadas á la usanza morisca, como ya se habia hecho con las del reino de Aragon.»

«Quanto á las bodas, se ordenó que en los desposorios, velaciones, y fiestas que hiciesen, no usaren de los ritos, cirimonias, fiestas y regocijos de que usaban en tiempo de moros, sino que todo se hiciese CONFORMÁNDOSE CON LA SANTA MADRE IGLESIA, y que en los dias de bodas y velaciones tuviesen las puertas de las casas abiertas, y que no hiciesen zambras ni leylas los dias de fiesta, ni usaren de instrumentos ni cantares moriscos, en manera alguna, aunque ellos no dixeren cosa contraria á la religion chistiana.»

«Que los hombres no tomasen nombres ni sobre nombres de moros, Y DEXAREN LUEGO LOS QUE TENIAN.»

«Que las mugeres no se aderezaran con polvos de alheña, Y QUE EN NINGUN TIEMPO HICIESEN USO DE LOS BAÑOS, y que los que tenian, los derribaran luego.» Etc., etc., etc.

¿No les parece á VV. que estaban muy despacio aquellos insignes legisladores, que se ocupaban con tanta seriedad de que las mujeres se *alheñasen* ó no los rostros?

¿Qué sublevacion no habria hoy en nuestras capitales, si

apareciese un decreto en la *Gaceta* prohibiendo el uso de los polvos de arroz?

Pues por lo tocante á la absoluta prohibicion de los baños, tampoco dieron aquellos padres graves idea muy levantada de su limpieza y aseo. ¡Es peregrino eso de condenar al bello sexo á que revista *oficialmente* sus rosadas carnes con costras de suciedad! ¡Oh! sabiduría, y porquería, y..... ¡Chiton! Sigue Mármol:

«Habiéndose acabado de imprimir la nueva premática, el Presidente D. Pedro Deza mandó que se pregonase en la ciudad de Granada, y en las demás del Reyno.»

Remito á VV. al fecundo y popular novelista Fernandez y Gonzalez, para que en su obra «Los Monfies de la Alpujarra» les reseñe toda la pompa y fastuoso aparato con que se hizo en Granada la promulgacion de aquel famoso edicto.

¿Y qué sucedió? Pues yo se lo diré á VV. Saltó una chispa en el Albaicin y fué trasmitida á Cádiar, no por alambre eléctrico, sino llevada en el corazon de un morisco, que partiendo al oscurecer de la ciudad, recorrió en diez horas las doce leguas que median entre ambos pueblos, salvando abismos y montañas, puertos infranqueables, cumbres nevadas, rios desbordados, desfiladeros horribles, en una crudísima noche de riguroso invierno. Pero ¿qué era toda la nieve de Sierra Nevada ante el fuego de su indignacion? La chispa encendió la hoguera, y apareció al dia siguiente el volcan en la Alpujarra; la sangre empapó sus campos, y los convirtió en lodazales.

Véase como aquellos *polvos* trageron estos *lodos*.

Añadan VV. ahora muchos miles de hombres levantados en armas, muchos Aben-Humeya y Aben-Aboo y Aben-Farax y Aben-Jahuar y Ebú-Hamer, y muchos marqueses de Mondéjar y de los Vélez, y muchos Duques de Sesa y de Arcos, y muchos Garcia de Villareal, y Arias de Avila, y Francisco de Córdoba, y Ponces, y Villaltas, y Flores, y Arévalos, y La Gasca, y Molinas, y Lunas, etc., agreguen por corona sobre todas estas guerreras figuras la de un D. Juan de Aus-

tria, y añadan muchos pueblos saqueados, muchas torres voladas, muchos castillos demolidos, muchas iglesias incendiadas, muchos campos talados, muchos, muchos horrores cometidos: y sino están VV. contentos, pueden recargar el cuadro con muchos curas descuartizados, y muchos moriscos mutilados, y muchos niños degollados, y muchas mujeres violadas, y muchos huérfamos hambrientos, muchos cadáveres insepultos, muchos héroes moribundos, los lobos y los buitres saciando en ellos su voracidad, y todos los tajos, mandobles y descargas que quieran, sin temor de excederse, y mucha miseria, y mucho encono, y mucha desvastacion; y pongan VV. por fondo al cuadro una nube roja, que se extienda desde Granada hasta el mar, y desde la sierra de Lújar hasta las de Almería, y cárguenla bien de carmín y de bermellon, sin miedo de exagerar, y coloquen allá en los remotos términos muchos agricultores, industriales y comerciantes moros huyendo descalzos del suelo pátrio, con la cabeza agobiada por el dolor, regando con sus lágrimas las huellas recientes de 900,000 judíos, tambien expulsados inhumanamente por la intolerancia religiosa, y por último agreguen muchas *tahas* desiertas, y 64 pueblos muertos, y mucha quietud, y mucha infeccion, y muchísima niebla, y pongan por debajo un letrero que diga: «Aquí fué la Alpujarra» y tendrán una idea de la historia de esta guerra, cuyas causas, principio, medio, fin y consecuencias acabo de bosquejar. He dicho.

Ahora tengan VV. la amabilidad de acompañarme á comer.

Tomen asiento, señores.

En este arroz grasiento encontrarán sobrado motivo para estudiar prácticamente la *osteología* del gallo, y la solubilidad del tocino, y la consistencia de la longaniza fósil. Si no son VV. aficionados á las ciencias naturales acudiremos á nuestras conservas.

Oigan al posadero, hombre entradito en años, pero decidor, alegre y bullicioso; oíganle celebrar la sublime disposicion culinaria de su cocinera.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCÍA

—Bien, amigo, está muy bueno, excelente, soberbio, piramidal.

—Pues ahora vengan VV. al *Barrio Alto;* y esto diciendo, nos hizo ascender, despues que concluimos, por una escalera que se embutia en el techo, y vimos con extrañeza suma, que sobre aquella posada habia un emparrado, y un jardin, y una acequia, y arbolado, y asientos de piedra, y yo busqué la casa bajo mis pies, y por todas partes, y solo ví amorosas y entretenidas parejas, y gente que tomaba el fresco, y domésticas que iban y venian, y faroles colgados en el parral, y quedéme con tanta boca abierta como el mas incivil de todos los payos, al presenciar una comedia de mágia.

—Pero ¿y la casa? fué lo primero que dije al huesped.

—¡La casa! pues allá abajo. Ha de saber V. que al piso inferior se entra por una calle, al principal por otra, y por otra al segundo, y aun por otra á este huerto que están VV. viendo, donde se recrean al fresco, las gentes que vienen de *esa* Alpujarra y de la costa, para tomar las aguas de la salud. Ahora mismo tengo la posada llena de bote en bote, y aquella señora y aquel militar y aquella... ¿Toca V. la guitarra? Pues como le iba diciendo á V., aquí es muy corriente eso de que un chiquillo, que vá por una calle, rompa los cacharros que están en el fogon, viniendo sobre él por la chimenea, y más de una vez la rucia de mi suegra se ha asomado por el balcon del segundo piso, y muchos asnos qae van por una calle, no tienen más que desviarse un poco, y cátaselos V. rebuznando sobre los terrados, porque aquí las calles están hechas así... ¿Toca V. la guitarra? y no se pueden hacer de otra manera por la pendiente del pueblo, y aquí no hay más que divertirse, y aquella señora... y aquel militar... y Dios con todos.

Seguramente aquel hombre no era oriundo de los lacedemonios; como tampoco lo son algunos otros de los posaderos alpujarreños, que tendré el gusto de presentar á VV. más adelante.

—Pues sí, señor, añadió casi sin tomar aliento, Aquí

producen mucho las tierras, y verá V. que cuando se siegan los trigos, quedan las hazas pobladas de habichuelas, y aquí no nieva tanto como en Trevélez, que está todavía más alto, y se hace una buena fiesta en el pueblo el dia de San Pantaleon, y..... ¿Toca V. la guitarra?

—No, señor, exclamé amostazado por la insistente inquisitiva de mi interlocutor. Ni la guitarra, ni el violon, ni nada.

El *Caballista* no pudo más, y dió rienda suelta á su hilaridad, en términos que su risa puso en alarma á todos los circunstantes. Prorrumpió en una carcajada, mejor dicho en un repiqueteado trueno que fué repetido por otros no menos ruidosos de los dos hermanos expedicionarios, y todos tres formaron un coro *fortíssimo* é inacabable de risotadas siempre en *crescendo*.

Emancipámonos al fin de la locuacidad pasmosa é incoherente del bueno del posadero, y fuimonos en busca del Sr. Cura, para quien llevábamos cartas de recomendacion.

El amable sacerdote en union del simpático Galeno, (que vive allí no sé cómo, pues debe pasarse los años enteros admirando la salud que goza el vecindario) nos acogieron con toda la afabilidad que de sus antecedentes debiamos esperar. Tomamos café en casa del obsequioso párroco, y entre sorbo y sorbo adquirí de ambos accidentales berchulenses, muchos de los datos que consignados dejo acerca del pueblo.

Díjonos el Sr. Cura, hablando de antigüedades, que el año anterior, un hombre que estaba labrando en la vega, se habia encontrado un brazalete y una cadena de oro macizos, á la usanza mora, y que llevados á Granada fueron vendidos en 3000 reales, importe íntegro de su peso.

Nuestro compañero *El de la ciencia*, despues de ser contestado á la minuciosa inquisitiva metereológico-geológica que hizo á nuestros amables huéspedes, nos dió cuenta de sus cálculos y experimentos de aquella tarde.

Segun él, está el barrio alto de los Bérchules á 1194 metros sobre el mar. La temperatura, á las siete de aquella tarde era de 25 grados centígrados. La distancia desde Narila á

Bérchul bajo ó Alcútar es de 2183 metros, y desde este á Bérchul alto de 784; haciendo en total una suma de 36 kilómetros y 90 metros desde la posada de Berja á la plaza de este pueblo, con una pendiente média de un 3 por 100 próximamente, sin embargo de haber algunas parciales, como la de la entrada de Alcútar, que miden hasta 19 grados de inclinacion. Habiamos tardado en recorrer el trayecto que média entre Berja y Bérchul 8 horas y 10 minutos.

Tengan entendido esto los almerienses que intenten veranear. Suiza está á 13 horas de la puerta de su casa.

—Muchas gracias, señores, somos muchos, es una incomodidad. Nos avendremos á pasar las cortas horas que quedan de noche en el zaquizamí, tapizado de jamones, que nos tiene preparado nuestro venturoso huesped.

—Pues como VV. gusten; por VV. queda. Luego les remitiré la carta de recomendacion para mi compañero de Trevélez, que es una excelente persona, y él les proporcionará guias y cuanto les haga falta.

—Adios, muchas gracias.

—Que el Señor dé á VV. un buen viaje.

—Y una buena mañana para gozar de las maravillas de Mula-Hacen.

—Muchas gracias.

Tales fueron nuestras últimas palabras, y tales las postreras de los médicos del alma y del cuerpo, á quienes dirijo desde estás líneas un cordial saludo.

Patronato de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCÍA

VI.

Melancolías.—Un poeta inglés.—Juviles.—Encantos.—Desilusion.—¡A los 28 años!—Exíjaseles el sello.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

—Discutamos, señores, que de la discusion brota la luz. Tal dijo *el Pollo*, dando vueltas por el cuchitril que nos habia servido de alcoba, en busca de una caja de cerillas que no encontraba. Por fin pareció, y un menguado candil sustituyó ventajosamente á la controversia. Habiamos dormido poco; yo por mi parte sé decir, que la aspiracion de aquella atmósfera grasienta, me habia desvelado por completo. Habia jamones por todas partes; colgados del techo y de las paredes, y apilados en el suelo. Estábamos como embutidos en un pequeño universo de jamon; excelente estancia para un hambriento, pero insoportable, por lo estrecha y nauseabunda, para gente satisfecha, y deseosa solo de dormir. Pero no habia habido otro remedio. La posada estaba rellena de hues-

pedes, y el bueno del posadero nos destinó á aquel camaranchon, encomiando las excelencias de su frescura.

—Ya ven VV., nos dijo; cuando yo coloco ahí los jamones!

Y en efecto, calor no hacia.

Eran las tres de la madrugada, y en poco más de media hora estuvimos dispuestos para marchar á Trevélez; pero esperamos que riera el alba por las puertas del Oriente, para salir nosotros por las de Bérchul, que si no las tiene, se encuentra en el mismo caso que el dicho punto cardinal.

Salimos todos taciturnos y tristes; el *Jefe de Hacienda* por no haber podido convencer al posadero, ni aun con los más robustos argumentos de la hinchazon hiperbólica de su cuenta; el *Benedictino* por serle habitual la abstraccion del que vive solo para la ciencia; el *Pollo*, sin duda, por que se dejaba en el paraiso de la posada una encantadora ohurí de ojos garzos, que le habia hecho soñar en los cielos; y yo... yo no lo sé, pero supongo que sería por que no habia dormido. Me produce tan mal humor el insomnio, que quisiera dormir, dormir siempre en la vida, ó, por lo menos, acabarme de convencer de que ella es un sueño, sin dar entrada en mi mente á las vacilaciones y á las dudas del Segismundo de Calderon.

—¿Pasaremos cerca de *la cueva del Reyecillo*? Pregunté á uno de los mozos, conocedor de aquellos contornos.

—No, señor, la cueva está allá hácia Levante, por cima de la vereda que va á Mecina, á cosa de media legua de aquí, en el filo de un tajo muy alto, que dicen que está minado, y tiene una cerca de peñones allá arriba, por donde tiraron al barranco al tunante del *Reyecillo*, luego que le magullaron bien los sesos; y cuentan las gentes que de esos cobarrones del cerro, suele sacar el viento pedazos de ropas viejas, y otras cosas que debieron ser de los condenados moros, y no las tienen todas consigo los pastores y los tragineros, porque se ven allí de noche algunas luces, que deben ser las almas en pena de aquellos moriscos, malditos de Dios, y se oyen unos lamentos y unos quejidos, que le ponen los pelos de punta al más guapo.

Dejé correr desbocada toda la supersticiosa preocupacion del mozo, y me recojí en mis pensamientos, á la sazon muy melancólicos.

Pasábamos cerca del panteon del pueblo, y no léjos de él, sentí unos golpes secos y acompasados, que resonaban á la orilla del bosque. Era el ruido que producia un hacha al ser descargada sebre la madera. Un hombre cortaba un árbol.

La idea de la muerte se me presentaba bajo muy tristes aspectos. ¡Hay en mí tal cariño para los árboles! ¡Se recrea tanto mi espíritu en la contemplacion de esos seres, que no hablan, y que sin embargo tienen tan tiernas elocuencias para mi corazon!

¡Un cadáver humano! ¡Un buque arrojado en la arena por el naufragio! ¡Un árbol cortado! Hé aquí tres espectáculos que contristan casi por igual mi espíritu.

Aquellos ojos, por donde ya no se asoma el alma, vidriosos y cerrados á la luz; aquella frente amarilla y sin expresion, como la losa inmóvil, tras la que yace helado el pensamiento; aquellos pálidos labios, donde no bullen ni la expresion de la palabra, ni la ternura de los besos; aquella quietud, aquella inmovilidad del cadáver, apartado ya del humano concierto; aquel silencio, aquel abandono, aquel frio, que crispa los nervios á su contacto; el lecho desierto, la soledad reinante, las luces que chisporrotean, iluminando el cuerpo recortado de sombras, como para sustituir la luz interior que voló al infinito; cada uno de estos detalles, y todas juntas estas contemplaciones, hacen que mi alma se abisme en lagos sombrios de desconsoladora tristeza.

Y el casco del buque tendido en las playas, inclinado sobre las arenas, doblado por la fatiga, quebrantado por el oleaje, sin la arboladura que penetraba en los cielos, como penetran las ideas, sin el velámen blanco que recogia los aires, como las alas del alma recogen las ilusiones, la borda rota, y deshecha la cubierta como las telas que cubren el corazon; el mar cebándose iracundo y penetrando con su lengua espumosa por las heridas de la desolada víctima, que se lamenta

con moribundo acento de la despiadada crueldad de su enemigo; rota la quilla que hendía veloz los líquidos espacios, como el rápido pensamiento hiende la inmensidad; el marinero de pié sobre la arena, cruzado de brazos, contemplando inmóvil con hondísima pena la postrera agonía del barco, que se retuerce con las últimas convulsiones del dolor; de aquel frágil asilo donde desafió tantas veces las tempestades y arrostró la furia de los huracanes, y cruzó cantando las superficies de cristal, tendidas entre remotos climas; ¡oh! este espectáculo tambien llena mi mente de ideas de pesadumbre y de muerte, de amargura y de abatimiento.

Y el árbol, caido entre sus hermanos de la selva, aquel tronco herido, separado de las raices, que le daban lozanía y frescura, como los puros afectos que nos ligan á la tierra; aquellas ramas que se cernian en los cielos, como los ideales del amor; aquellos pájaros que á su alrededor revolotean, buscando ya en vano el nido donde piaban sus muertos hijuelos, quejándose doloridos ante la ruina de sus hogares, y de toda su felicidad, formando un concierto tan doloroso como los ayes de la familia; aquellas hojas mustias ya, y esparcidas por el suelo, holladas por la planta del leñador, como pedazos del alma caidos á los vaivenes del desencanto, y pisoteados luego por el hastío; aquel reposo, aquella postura sobre la tierra, que poetizaba y embellecía con su sombra; aquella cabeza postrada, que despedia el oxígeno vivificador á la atmósfera, como los raudales fecundos de ideas que subliman la humanidad; aquel hombre, en fin, que se ceba sin conciencia en destrozar una por una las fibras del sér caido, como representante impío de la sociedad, hacen tambien que mi corazon se contriste, y que mi imaginacion abata sus alas entre las nebulosidades del no ser.

Esto me sucedia ahora: la vista de aquel árbol, próximo á caer del pedestal de la vida, para quedar deshecho abajo, en las regiones de la muerte, al golpe de la segur, que le arranca lamentos, quizá solo por mí comprendidos; aquel árbol, y aquel cementerio campestre y solitario, sin otro fausto

que el de la naturaleza que le rodea, sin otro adorno que el de la pared rústica que le aisla y la vegetacion exuberante que le tapiza, demostrando la perpetuidad eterna de la materia, trasformada de carne, y huesos, y sangre, y nervios, en filamentos vejetales, y en pétalos, y en corolas, y en cálices, que convierten el hedor de la corrupcion en aromas de nueva vida; aquel panteon escondido donde el signo de la redencion tiende sus brazos, esperando nivelar en ellos todas las desigualdades del mundo, con un abrazo de eterno amor, empaparon mí espíritu, predispuesto á la melancolía, en un mar de infinita tristeza, que contrastaba mal con las alegres galas de que la naturaleza se vestia, para recibir, temblorosa de placer, el primer beso del sol.

Me acordé entonces de muchas ilusiones muertas, de muchos seres queridos que se hundieron para siempre en las tinieblas de la eternidad; de muchos afanes insaciados, de muchas lágrimas vertidas, de muchas esperanzas deshechas como la niebla, de muchos dolores que habian mordido mi corazon, de muchos sueños y aspiraciones estériles; pasaron ante mis ojos, en tenebrosa fantasmagoría, los mundos fulgorosos que habian brotado en mi cerebro, las imágenes seductoras que habian vivido en mi alma, los cielos sonrosados de mi juventud, y con los ojos fijos en el solitario albergue de los muertos, traje á mi memoria aquella incomparable elegía del poeta inglés Tomás Gray, escrita en un cementerio campestre; poema tierno y melancólico, suspiro eterno, comprendido hoy en todos los idiomas, sentimiento profundo de un alma luminosa, reflejado en las ideas más sublimes y en las expresiones más puras.

.....

«Ya de la queda el toque reposado
anuncia el fin del moribundo dia,
y por la loma el mugidor ganado
camina lentamente á la alquería.
Turbio, indistinto miro por doquiera
borrarse ya el paisaje, antes hermoso;

el viento duerme, en derredor impera
quietud solemne, funeral reposo.
.....
Bajo de aquellos álamos frondosos
del tajo melancólico á la sombra,
donde crecen los céspedes pomposos,
formando fresca matizada alfombra;
En su estrecha morada colocados
bajo la cruz humilde que campea,
reposan sin afanes ni cuidados
los rústicos abuelos de la aldea.
El leve soplo, el plácido gemido
del viento en la aromática mañana,
la golondrina en el pajizo nido,
sus dulces trinos repitiendo ufana;
La aguda voz del gallo vigilante,
ni la del recental doliente y tierna,
conseguirán ya más un solo instante
turbar la paz de su quietud eterna.
.....
Ni sus nietos con pláticas sencillas
causarán felizmente su embeleso,
ni treparán después á sus rodillas
por disputar el envidiado beso.
.....
¡Oh! cuál gozaban al lanzar con brio
en el abierto surco el rubio grano!
y ¡cómo resonaba el monte umbrío
del hacha al golpe en su robusta mano!
.....
Tal vez en ese sitio despreciado
descansa un corazon noble y hermoso,
de sacro fuego celestial colmado,
y lleno de entusiasmo generoso.
Tal vez se pudren manos que pudieran
regir el cetro augusto dignamente,

JUNTA DE ANDALUCIA CONSEJERIA DE CULTURA

ú otras que si la lira dulce hirieran,
fueran asombro y pasmo de la gente.
Aquí tal vez un Hámpden campesino
yace, cuyo vigor y noble celo
supieron contener en su camino
de la aldea al soberbio tiranuelo.
Algun oscuro Milton escondido,
cuya mente inflamó fuego sagrado;
ó un Cromwell, para el mal desconocido,
y de la pátria sangre no manchado.
.....
.....
¡Cuánta perla gentil, rica y lozana,
de puro brillo y esplendor sereno,
vedada siempre á la codicia humana,
guarda la mar en su profundo seno!»
.....
.....

Proseguiamos nosotros caminando; pero mi espíritu, infiltrado en el del poeta inglés, seguia diciendo *adios*, á aquellas rústicas paredes, que encerraban el polvo de tantos sencillos corazones, la nada de algun Sócrates, de algun Homero, de algun César ó de algun Miguel Angel en embrion. ¡Cuántos génios inéditos! ¡Qué cúmulo de circunstancias necesita la vida del hombre, para que su esencia pueda resplandecer entre las aureolas de la inmortalidad!...

.....
.....

Y ¡vive Dios! que estoy pasmado de verme tan filosófico y sentimental. Nunca me han durado tanto los efectos de una mala noche.

«Truéquese en risa mi dolor profundo;
que.....»

Pasamos un barranco, y empezamos á ascender por una

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
JUNTA DE ANDALUCIA

angosta vereda á la salida de Alcútar, barrio al que habiamos tenido que regresar en busca del *camino* de Trevélez. Comenzamos á bordear precipicios. ¡Ahora sí que estábamos en plena Alpujarra! Extensos viñedos y carrascas poblaban el monte, y allá lejanos, casi embozado el uno en los pliegues de la *Contraviesa*, y diseminado el otro al pié de un tajo, como si se hubiese roto los huesos en la caida, se vé á Lobras y á Timar, pequeñas aldeas pertenecientes al partido judicial de Albuñol, é hija legítima la primera de la segunda: quiero decir que es su anejo.

Ascendimos por una loma poblada de centenos, y pronto nos encontramos en una bifurcacion de la vereda que seguiamos. Díjonos el criado *práctico*, que el *ramal* que se dirijía á la izquierda era la *línea* de Timar, y que nosotros debiamos seguir por la derecha. ¿Quién habia de oponer reflexiones al *guarda-aguja?* Enfiló por la diestra el mulo de los bastimentos, y tras él seguimos todos un buen espacio, confiando dar muy pronto con nuestros cuerpos en Trevélez.....

La vereda se hacía cada vez más aspera é inaccesible; estaba tan poco usada, tan cortada é interrumpida á trechos, que no dejamos de sospechar que íbamos extraviados. Así se lo hicimos notar al guia, que nos dió las seguridades más completas de la fijeza de su itinerario; pero de allí á poco le vimos pararse, mirar por todo el horizonte, como para orientarse, y luego se rascó una oreja, despues la otra, y por último ya no se rascó, pero se volvió y nos dijo con timidez y cortedad: .....

.....—Pues no es este el camino, que es el otro.....

.....Un alacran que hubiese picado al *Benedictino*, no hubiera producido en su sistema nervioso mayor excitacion que las palabras del atolondrado mozo. Brincó de repente en la montura, sus ojos echaron chispas, se agitó su cuerpo, como poseido de una convulsion, y con lengua que hacia balbucear la cólera, pronunció tres ó cuatro adjetivos, y otras tantas interjecciones, que hicieron ponerse verde al podre *guia*.

Estaban segunda vez desbaratados los cálculos longitudi-

nales del *Astrónomo-físico-geólogo*. Mentirian el *cronómetro* y el *odómetro* al fin de nuestra caminata.

La ciencia estaba derrotada.

En esto vimos venir á nuestro encuentro una mujer, que si no era bella, tenia en cambio mucho de súcia y harapienta; pero á pesar de todo esto, asi como el *Pollo* la hubo visto, descendió velozmente de la cabalgadura, y atusándose el imaginario bigote, avanzó hácia ella con aire marcial y gentil continente.

—Estamos extraviados, nos dijo así que hubo regresado de su breve conferencia con aquella antítesis de Venus campesina. Debiamos haber seguido la otra vereda que dejamos atrás hácia la izquierda.

Y al oir esto, el mozo que estaba verde, se puso pajizo; y era porque sin duda se maduraba en él la idea de un desaforado acometimiento del *Benedictino*.

Una mujer perdió á Troya, y otra mujer nos salvaba de engolfarnos entre precipicios y derrumbaderos mortales. Devuélvase su reputacion al bello sexo.

Tomamos los unos *á campo atraviesa*, en busca de la malhadada senda, que, en hora menguada, habiamos dejado; y digo los unos, porque el *Hombre de ciencia*, despues de mirar su relox y consultar el *odómetro*, sacó su cartera, y haciendo en ella unos ligeros apuntes, se volvió con el mozo, que el instrumento conducía, por los mismos pasos que habiamos traido, hasta dar de nuevo con la bifurcacion del camino, siguiendo por el que debimos elegir. Lo mismo exactamente hubiese hecho, si para rectificar sus cálculos, hubiera tenido que ir desde allí á las Pampas de América.

A poco empezamos á *costear* un barranco feracísimo, por el cual se precipitaba dando brincos, como cabra suelta, un más que regular arroyo, que escupia sus espumas á los álamos, moreras, guindos y cerezos que intentaban cortarle el paso. Empezamos la ascension de una cuesta, ó mejor dicho, escalera de trancos empinadísimos, la cual, segun nos manifestó nuestro compañero, media 19 grados de inclinacion, y

no sé como no les pareció poca todavia á los *ingenieros* de aquellos contornos. El lomo de mi mulo formaba casi la bisectriz del ángulo recto, y la acémila del repuesto se deslizó íntegra por delante de su carga. Segunda borrasca en el corazon del *Benedictino*, que se estremeció de espanto al pensar en la derrota de sus instrumentos.

Estábamos muy altos, al nivel de Juviles, que se encontraba solo y arisco, no ya en un banco de la *izquierda*, sino en la eminencia de la *montaña*. Aquel pueblo debe ser de oposicion muy radical.

Segun recuerdo

JUVILES es una villa del partido de Albuñol, con 671 habitantes, situada en la planicie de un cerro, que está á la márgen derecha del rio de Cádiar, en terreno muy montañoso y con un clima excesivamente frio.

No digo más porque vamos de prisa.

Sáltamos... (no está mal empleada la palabra.) Saltamos, digo, á una extensa explanada, poblada de viñedos, y.....

Resonó un ¡hurra! general.

Habiamos descubierto de repente, estábamos casi tocando al soberbio cerro Mula-Hacen, la corona de Sierra Nevada, la más alta de las montañas españolas.

¡Qué espectáculo tan magnífico y sorprendente! ¡Qué panorama tan maravilloso se presentó á nuestra atónita mirada!

Hízose alto, y funcionaron los instrumentos ópticos.

Estábamos en presencia de aquel salvaje Emperador de cana cabellera, rodeado de magnates, que doblan todos la cabeza ante él; de aquel hermano de los Alpes, que sirve de atalaya á la Bética, de escalera á los cielos. El inmenso cerro se nos presentaba al frente con todas sus agrestes estribaciones, como un telon colosal colgado de bambalinas de nubes, en el cual se pintáran caprichosamente, y en diversos términos, pueblos, abismos, bosques, vergeles, cataratas y nieves.

Avanzamos.

Un recortado valle se tendia á los piés de la descomunal

cordillera, perdiéndose en las faldas de la Contraviesa, y en los límites remotos de la Sierra de Lújar. Enclavados en las montañas bravías del frente, se vé á Pitres, Pórtugos, Mecina-Fondales, Ferreirola y Atalbeitar, pueblos todos que componian en tiempo de los moros la *taha* de Pitres, y hoy pertenecientes al partido de Orgiva. A nuestros piés se precipita un rio de espumoso cáuce, entre desgajados peñascos, y bajo una larga y oscura bóveda de corpulentos álamos. Enorme serpiente que se enrosca ó se tiende al pié de las montañas, retorciéndose como las de Laoconte por el cuerpo de la gigante sierra. El ruido de las aguas, y el murmurio de la fronda, sirven como de lira á aquella expléndida poesía.

Seculares encinas, verdes sembrados, amarillos páramos, bosques de castaños y de nogales impenetrables á la luz, deslumbradoras reverberaciones, admirable claróscuro, sierpes de plata tendidas por todos los barrancos, teniendo allá, junto á las nubes, pegada la gigantesca cabeza en forma de bruñidos ventisqueros; y sobre todo este sorprendente conjunto, recortando el cielo con sus argentadas siluetas, veíase á la derecha, como sombrío coloso, el cerro de la Alcazaba, á la izquierda la aguda cima de mi encantador Veleta, y en medio á Mula-Hacen, como augusto padre de aquella magestuosa trinidad.

Y á una revuelta rápida de la vereda, y en el comienzo de un encajonado declive, que sirve de lecho á un torrente, sobre el cual se precipitan á cada paso cascadas de filigrana, y á la traspuesta del cerro que nos dominaba, lanzándonos los penetrantes aromas de su arbolado, cuyas raices destilan manantiales de plata y perlas, y cuyas hojas respiran embalsamadas esencias, que embriagan el alma, cobijados por bravíos recortes y por umbrosas bóvedas de verdura, allá abajo, al pié mismo del formidable coloso, á la orilla del rio que le engalana y anima, vimos á

«Trevélez, donde se oye
los querubines cantar.»

Aquel era el pueblo más atrevido de toda la Sierra. El que más ha logrado escalar sus maravillosas altitudes.

No puede soñarse vista más pintoresca y encantadora que la de esta aldea, mirada desde la cuesta donde la divisábamos. Parece que la naturaleza pródiga ha querido derramar en ella y en sus contornos todos los detalles más admirables del paisage, para hacer este tan bello y encantador.

Descendimos al rio por una pendiente fragosísima, embelesados con la música de las aguas y de los ruiseñores, atravesamos compactas alamedas, cruzamos el torrente murmurador y bullicioso, por un puentecillo rústico de troncos, pasamos por medio de una nueva selva, y á poco estábamos en Trevélez.

«Mujeres ví de virginal limpieza
entre albas nubes de celeste lumbre;
yo las toqué, y en humo su pureza
trocarse ví, y en lodo y podredumbre.»

Esto dijo el malogrado Espronceda, con toda la desesperacion de su hastío, y yo, que no he tenido lugar de hastiarme, ni mucho menos, dije lo mismo, sin embargo, al *tocar* á aquel miserable pueblo, que cinco minutos antes se adornaba á mi vista con todas las galas de la ilusion.

Incómodas viviendas, pobres y reducidos albergues, tortuosas y empinadas calles con *adoquines* casi como templos, entre los que serpentean arroyos, casi como rios, aspecto de desnudez y de miseria. Tal era la realidad.

Consolámonos creyendo que al salir del barrio *Bajo* en que nos hallábamos, para ascender al *Alto*, ó sea al principal, encontraríamos *boulevares* magníficos y opulentos palacios, que no desdijeran de toda aquella poesía lejana, que tanto nos habia cautivado; pero un nuevo desencanto vino á helar en seguida nuestros corazones.

La calle *Real* se encabritó de espanto al vernos; y salvando abismos, y atravesando simas, y bordeando tajos, y saltando cumbres, y resbalando sobre el lecho pedregoso de un torrente, fuimos á dar con nuestras desilusionadas almas

y nuestros aseendereados cuerpos, en aquella, que jamás nos pareció fonda, sino posada, y de las más estrechas, sucias y pestilentes.

—Hagá V. que nos sirvan jamon.

—No hay.

Coro general:

—¡No hay jamon en Trevélez!!!...

Pues que nos frian unos pollos.

—No hay pollos.

—Pero habrá gallinas, y huevos, y sobre todo habrá las ricas patatas de la Sierra.

—No puedo servir á VV. con ninguna de esas golosinas.

Estupor en el auditorio.

—Pues dénos V. pan. ¿Qué remedio?

—Es el caso que no hay más que un poco de centeno, que se amasó la semana pasada.

Interrumpe al interlocutor la carcajada del *Caballista*.

—Pues, señor, ¿me hace V. el obsequio de decirme que es lo que comen VV. aquí?

—Yo le diré á *su merced;* habichuelas, y tocino, cuando le hay, y... otras cosas.

—Pues traíganos V. de esas cosas.

—Es que ahora... como aquí no viene á parar nadie... En fin, que no puedo servir á VV. con esas golosinas que me piden.

Segunda carcajada del *Administrador*. El *Benedictino*, el *Pollo* y yo, nos miramos estupefactos.

—Pues ataquemos las provisiones de reserva, dijo el *Caballista-aposentador*, sin sujetar la rienda á su extemporánea jovialidad. Haga V. que dén pienso á las bestias.

—Es que como no se ha trillado aún por aquí, no tengo paja ni cebada que dar á VV. Como no quieran que se lleven los mulos al prado, que está á media legua.....

El *Caballista* giró rápidamente sobre sus talones, reflejando en su rostro la aterradora impresion producida en su ánimo por la última declaracion del posadero. Nuestras fiam-

bres podrian salvarnos; pero ¿cómo condenar á su caballo á tan inícua abstinencia? Jamás, jamás y jamás.

Miróme de nuevo el *Benedictino*; una idea luminosa habia cruzado por su mente. Él habia recogido la carta del Cura de Bérchul, recomendándonos al de Trevélez; la sacó del bolsillo, la agitó con aire de triunfo, y salió precipitadamente de aquel vacío, seguido de mi anhelante humanidad. No habia duda, se salvaria la situacion. Recurriamos á la Providencia.

Bajamos, subimos, tropezamos y nos despeñamos, y al fin pudimos decir:—Servídor de V., ante un sacerdote alto y enjuto, moreno y agradable, ni viejo ni nuevo, y de un aspecto tan bondadoso, que nos hizo entrever desde luego mil horizontes de almuerzos.

—¿En qué puedo complacer á VV?

Mi compañero sacó la que suponia carta triunfal; sentámonos los tres, y mientras el bueno del Cura leia los renglones de su colega, yo me puse á mirar su rostro, queriendo ver en cada una de sus placenteras señales un trozo de *beasfteak* en espectativa. Poco á poco se fué reconcentrando mi atencion, y abstrayéndose mi memoria, y condensándose mi pensamiento. Mis ojos permanecian clavados con intensidad en aquel rostro, como se clava á veces el alma entera en un recuerdo.

Concluyó el Cura de leer, y se dirigió á mí para hablar. De pronto quedó como cortado, me miró con una fijeza penetrante, y luego, como movidos ámbos por un mismo resorte, nos levantamos de nuestros asientos, y nos lanzamos el uno en los brazos del otro, permaneciendo estrechados y en silencio un buen espacio.

—¡Antoñuelo! dijo al cabo el Cura, retirándose para mirarme.

—¡Cristóbal! exclamé yo enternecido.

Aquellos dos nombres, mejor dicho, aquellas dos exclamaciones del alma, encerraban todo un poema de placenteros recuerdos.

Hacía ¡28 años! que no nos habiamos visto, y que no habiamos vuelto á saber el uno del otro. Nuestra infancia habia corrido junta, en medio de las más puras alegrías; mi casa habia sido para él un albergue de felicidad, y la suya para mí un paraiso de cándidos placeres. Él se habia sentado muchas veces sobre las rodillas de mi madre, y yo habia recibido los cariñosos besos de su familia. Habiamos cruzado siempre juntos esa venturosa senda, que se abre á las puertas de la vida, senda sembrada de flores purísimas y perfumadas; unos habian sido nuestros juegos, unos nuestros estudios, unos nuestros instintos, una nuestra felicidad. ¿Cómo no reconocerse nuestros corazones á través del tiempo y de la distancia, á pesar de la máscara de los años? Entramos en la vida como una sola luz, de donde partieran dos chispas gemelas, que, lanzadas en el espacio, vinierán, al mediar sus dilatadas órbitas, á cruzarse rápidamente en su camino, para seguir recorriendo luego inmensidades sin fin, hasta apagarse en el vacío. Nuestro comun afecto habia sido como el aroma de una flor oculta. No nos habiamos vuelto á ver, pero nuestros espíritus se aspiraban.

La alegría que rebosó en nuestros corazones, se reflejaba por la incoherencia de las ideas, y el atropello de las palabras, cada una de las cuales era un catálogo de preguntas, ó un ramillete de recuerdos.

¿Cómo figurarme que el chicuelo retozon, que cambió conmigo alguna vez tantos pescozones, habia de ser aquel manso y formal sacerdote, hundido allí, tan injustamente, entre las breñas y nieves de aquel pueblo miserable? ¿Y cómo sospechar él que aquel rapazuelo que se caia en el llano donde jugábamos, habia de ser el viajero de Mula-Hacen?

¡Ah! Pero ¡torpe de mí! Yo debia haber supuesto que de aquella familia numerosa y acomodada, debia salir un Cura; y una vez salido, solo podia pasar de las longanizas y morcillas de Montefrio, su pueblo natal; de esos embutidos tan célebres en el granadino reino, á los jamones de Trevélez, tan renombrados en toda la cristiandad.

Y él debió suponer tambien que aquel chicuelo, cuya aspiracion constante era volar, como las golondrinas que anidaban en nuestro tejados, y cuyo principal anhelo era encaramarse á lo más alto que alcanzaban sus ojos, habria de venir algun dia, á realizar uno de sus más fervientes deseos, escalando las montañas más elevadas del suelo pátrio.

Debemos renunciar, por consiguiente, el título de fisonomistas.

La situacion estaba salvada. ¡Y qué salvada! En menos de dos minutos hizo aquella *providencia* que hubiese de todo; hasta paja y cebada para los animales. ¡Y eso que las mieses estaban aún sin trillar!

El compañero, admirado de aquel reconocimiento, á través de tan pesado *camino*, y del milagro obrado repentinamente en la abundancia trevelense, marchó á la posada, á dar la fausta nueva de la resurrecion, y mientras tanto el buen Cura y el mal viajero no nos dimos punto de reposo en las inquisitivas. La tierna memoria de nuestros padres, las reminiscencias de nuestras infantiles travesuras, hacian que una lágrima humedeciera nuestros ojos, á la vez que se dibujaba una sonrisa en nuestros labios.

Se exageraba en nosotros el fenómeno del héroe de Goethe. Nos habiamos vuelto niños.

Acudieron los compañeros, (se entiende que solo por tener el gusto de felicitarnos por aquella inesperada entrevista,) y *dispuse* que nos dieran de almorzar. Durante aquella comida, tan grata para nosotros, nos habló el buen Cura de sus dos ascensiones al *Pico*, donde habia subido el verano anterior á visitar á los jefes de la expedicion científica, instalada en Mula-Hacen, como uno de los tres vértices elegidos, para hacer el enlace geodésico y astronómico de Europa y Africa. Se entusiasmaba mi buen amigo al relatarnos sus impresiones, y nos hablaba, con la candidez de sus ocho años, de aquel anteojo tan grande, y de una luna como la plaza de toros, con muchas sierras más grandes que estas, y muchos mares mayores que la vega de Granada; y nos contaba que habia unas

BIBLIOTECA DE LA ALHAMBRA

máquinas terribles en lo más alto de Mula-Hacen, y una luz que no se podia mirar, y que habian hecho allí casas, y en fin, otras muchas cosas maravillosísimas y nunca vistas.

Descendiendo despues *á la tierra*, nos manifestó que era soberana *filfa* todo aquello que nos habian dicho de que los habitantes de Trevélez vivian como las hormigas nueve meses del año. En el pueblo nieva con abundancia, nos dijo; pero es rara la ocasion en que cae un metro de nieve sobre él, y cuando las nevadas son abundantes, los vecinos limpian con azadones y palas los terrados y las calles, y siguen en no interrumpida comunicacion. El frio no suele ser tan intenso en este pueblo como en otros de la Sierra, que aunque no tan altos, tienen la exposicion al Norte, mientras que este la tiene al Mediodia, y la temperatura mínima en invierno no suele descender de cinco ó seis grados bajo cero.

El *Benedictino*, habitante del Norte de Suecia, hizo una mueca de menosprecio.

Añadió mi amigo, que los Trevelenses se ocupan particularmente en la agricultura, y que su único comercio consiste en la venta de los frutos sobrantes, y en especial en la exportacion de sus renombrados jamones, cuya mayor parte se llevan á Madrid. Respecto á estos, (porque no se puede prescindir de hablar de ellos, estando en Trevélez), nos dijo que ocurre lo que con el vino de *Champagne*, y es, que no hay Corte ni mediana capital donde no se encuentren al consumo uno y otro como dos hermanos inseparables, siendo así que ni la comarca francesa, ni el pueblo alpujarreño producen para sostener la intemperancia de algunos cientos de Sardanápalos.

En Trevélez se degüellan en Noviembre unos 500 cerdos próximamente, y sus mil jamones son elevados por lo menos á la tercera potencia, por la codiciosa falsificacion de los traficantes, que consideran pecado venial sin duda dar carta de naturaleza en este pueblo, á las apócrifas magras de otros lugares menos famosos de la Alpujarra.

Y para cortar este inveterado abuso de gente malsin y

descomedida, hace algun tiempo que el muy Ilustre cabildo trevelense acordó expedir cédula de vecindad á todo pernil que intente viajar por el reino ó por el extranjero, ordenando: Que nadie sea osado á sacar el más ruin pedazo de jamon del término jurisdicional, sin que antes no pase por la cancillería, donde será visado y sellado con las armas da la aldea; y todo el que contraviniere á este mandato, será juzgado por Ley y justicia, y pagará diez ducados de multa para obras pias.

—Así supongo yo que dirá la pragmática.

—Y es lo cierto, prosiguió mi amigo, que con eso del sello se ha duplicado aquí el precio de los jamones, que hoy no valen menos de ocho reales libra, y son tan codiciados ó más que antes, toda vez que su *bondad* y *dulzura* los sigue haciendo tan recomendables. Estas consisten en que aquí los cerdos se crian casi tan montaraces como los jabalíes, comiendo solo sabrosas yerbas y patatas cocidas en su feliz infancia, y cebándose luego á sus anchas, sin temor á su muerte, que es siempre muy temprana, en el encinar de Busquístar, pueblo que habrán VV. visto desde lo alto de la cuesta, y en el cual tiene lugar tambien una gran San Barthelemí de puercos. Es un error craso el de las gentes que créen que aquí se curan los jamones entre la nieve. Aquí se les echa sal, como en todas partes, pero como en el tiempo en que esto se hace, el frio es ya bastante intenso, la carne se endurece repentinamente, y la sal, endurecida tambien, no la penetra.

Así terminó el autorizado preopinante. Hubo un momento de silencio en que unos pensaban, como Alarcon, en Rossini, otros en el tomate, y alguno, convencido de la superioridad del jamon sobre todos los *efectos* comestibles, hizo extensiva á sus hembras toda su admiracion y simpatía, y decidió *in pectore* ser estas, las *jamonas*, género mucho más apetecible que las *pollas*, y que toda la masa comun de hembras huesosas ó entreveradas.

No tapes tus oidos escandalizados, mi querido Cristóbal, y échame la absolucion, si mis pensamiontos te parecen pecaminosos.

El tolerante Cura me cortó hábilmente la frase, y añadió para separarme del resbaladero:

TREVÉLEZ, lugar de 1424 habitantes, en la provinciu de Granada, partido judicial de Órgiva, á 15 leguas de la capital, en la vertiente Sur de Sierra Nevada, y al pié del cerro Mula-Hacen, de cuya cúspide dista poco más de dos leguas. Tiene unas 400 casas distribuidas en tres barrios que se llamaban antiguamente Mitaite, Atabuy y Tentebecerra. Sus calles son riscosas y empinadas. Su iglesia parroquial está dedicada á nuestro patron Santiago, y el barrio de enmedio tiene una ermita dedicada á Santa Lucía. Su término municipal confina por el N. con los de Huejar y Jérez, por el E. con el de los Bérchules, por el S. con los de Busquístar y Juviles y por el O. con el de Capileira.

El terreno se riega con las aguas de los rios Grande y Chico, y cinco arroyos que nacen en el cerro. Produce muchos cereales, legumbres, lino y excelentes frutas, y sus pastos alimentan mucho ganado cabrio y vacuno, habiendo abundante caza de perdices y cabras monteses en su sierra y exquisitas truchas en sus rios.

A cuyo sermon geográfico-estadístico, añadió nuestro *Benedictino* otro no menos edificante, en los siguientes ó parecidos términos:

Salida de Bérchul á las 4 y 25 minutos. Llegada á Trevélez á las 8 y 50. Tiempo invertido, 4 horas y 25 minutos. Deducidos 25 que anduvimos fuera de camino, restan 4 horas justas. Distancia recorrida, despues de hacer la conveniente rectificacion en las apreciaciones odométricas, 13 kilómetros, 110 metros. Pendiente máxima del camino 19 grados. Temperatura de Bérchul á la hora de salida, 23 grados. Temperatura actual de Trevélez (una de la tarde) 26 grados. Altura barométrica de este pueblo 1371 metros. Elevacion sobre Bérchul 241.

Los lectores que no se hayan dormido, pueden hacerlo, si gustan, hasta la hora de la salida.

VII.

¡Arriba!—Apología del mulo.—¡Alto y parada!—Un curso de historia.—El gran cenotafio.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

Eran las tres y media de la tarde, cuando nos despedimos de aquel cariñoso amigo, de aquel respetable Cura, que era verdadero *cura* y no enfermedad de sus serranos feligreses. Dímonos ambos un apretadísimo abrazo, y abrimos un nuevo paréntesis á nuestra vida. ¡Quién sabe los años que durará! De seguro 28 son muchos para que al cabo de ellos tropecemos de nuevo el uno con el otro en los retorcidos senderos de la existencia.

Habíamos quedado en que al dia siguiente se nos subirian al *Pico* todos los comestibles y *bebestibles* necesarios; y tal como habíamos llegado, si bien yo con el alma conmovida, y mis compañeros con el estómago agradecido á tan oportuna y generosa hospitalidad, salimos de Trevélez, precedidos del *guia*, hombre callado y respetuoso, un tanto duro de condicion y reservado de carácter. Era alto y flaco, amarillento y huesoso, como cumple á un habitante de las montañas, que trabaja mucho, come no tanto, y bebe mucho

menos, no quizá por falta de vocacion, sinó por sobra de escasez en sus recursos.

Marchaba delante de nosotros con un paso tan natural, seguro y decidido, por la estrecha y áspera senda que se encuentra á la salida del pueblo, que más parecía que pisaba sobre alfombras, que sobre puntiagudos guijarros, entre los que circulaba un torrente espumoso y murmurador.

La salida de Trevélez es poco más ó menos tan *suave* como las de los demás pueblos ya recorridos. Una vereda desigual, angulosa y escalonada, abierta en la falda de la montaña, y ceñida á esta con más ó menos irregularidad.

Frondosísimos zarzales á un lado y otro de ella, forman de vez en cuando un embovedado espinoso, en el que más de una vez estuve expuesto á ser titulado Absalon II, gracias á la desmesurada corpulencia de mi sustentáculo.

A un lado y otro teniamos la ladera de Mula-Hacen, y salpicadas en ella las hazas de trigo, de centeno y de patatas. Poco más adelante se estrechaban los abancalados, apoyándose unos en otros, sin duda para no caerse, y se escalonaban los terrenos de cultivo, sostenidos por balates de piedra seca; y luego que giramos un poco á la izquierda, sobre dichos abancalados, dejamos la vereda, y nos encontramos ya sin senda determinada entre los copiosos centenos que forman el ropaje y prestan colorido á la base de la ciclopea montaña.

Estábamos en pleno Mula-Hacen. Ya no habia que bajar hondonadas, rebasar cumbres, volver á bajar á barrancos, ni ascender de nuevo para descender más tarde, arqueando siempre sobre las irregulares superficies, viendo ahora los cerros que minutos despues habian de ser eclipsados por otros. Ya todo era subir. Estábamos al pié del disforme gigante de la Sierra, y le veiamos allá arriba la blanca cabeza, tan alta, tan alta que parecia ceñida de un turbante azul, puesto que se veia como engastada en la bóveda de los cielos.

Ya no habriamos de ser culebras que arquearan sus cuer-

pos sobre las deformidades de las montañas, sino hormigas que poco á poco, y con teson constante, habiamos de ir *arañando* sobre la superficie de aquel plano inclinado, hasta escondernos entre la nevada cabellera del coloso. Este se destacaba ya sobre nosotros aislado, en toda su imponente magestad; redondo como una rotonda inmensa hácia la izquierda; cortada por la derecha su cima culminante, como si hubiese sido artísticamente tajada. Un cono de enorme base, al que le hubieran arrancado una seccion desde su vértice hasta la cuarta parte de su altura, por el lado del N. E. Tal era la figura en que se nos presentaba la montaña. Por lo demás, su aspecto aparecia de lo más bravío, salvaje y árido.

Todos mirábamos instintivamente hácia arriba, todos sentiamos sobre nosotros la pesantez de la fabulosa mole. Nos veiamos tan pequeños ante su magnificencia, que nos parecia obra eterna é imposible el conseguir dominar sus dilatadísimas altitudes.

—Los Titanes acumularon montañas para escalar el cielo; nosotros nos encontramos ya el trabajo hecho. ¡Arriba! Dije queriendo alentar á mis compañeros, á quienes comprendia en mi propio apocamiento.

Nuestro *Hombre de ciencia*, midió, sin bajarse del mulo, aquella primera pendiente, y dijo con la mayor naturalidad:

—23 grados de inclinacion.

—¡Arriba! exclamamos todos, animando á las jadeantes cabalgaduras.

He guardado para esta ocasion el hacer la apología de mi mulo. Hermoso animal, *gallardo* de estampa y de nombre, negro y lustroso como si de raso fuera su piel, y á pesar de su crecida talla, ligero y ágil como una cebra. No eché con él de menos un solo momento, ni la mansedumbre del más pacífico asno, ni la fogosidad del más ardiente caballo, ni la nobleza del más cariñoso perro, ni la seguridad de la cabra más salvaje. Noble, bravo y sesudo á la vez, no fueron para él obstáculos, durante la expedicion, las más empinadas escaleras, los recortes más inexperados del terreno, las más in-

verosímiles pendientes, ni los precipicios más insondables, á cuyo borde caminaba con la seguridad más completa, mientras que yo, temblando sobre su lomo, cerraba los ojos, y encomendaba mi alma al Dios de las misericordias.

No parecia sino que aquel excelente híbrido, comprendia mi ardiente deseo de subir, y subir con celeridad; no parecia sino que el vértigo de mi alma contaminaba su cuerpo, reflejándose en el acelerado movimiento de sus acerados miembros. Asi es, que al divisar por delante una empinada cuesta, se olvidaba ciegamente de la querencia de sus compañeros y congéneres, y sin salir jamás al trote molesto de los de su especie, redoblaba su rigor, hasta que me dejaba perdidos á mis compañeros en profundas y remotas lontananzas.

¡Oh animal nobilísimo, fuerte y sensato, á quien nunca molesté con la espuela aguda, ni con el más ligero cordelazo! Yo te consideré como parte integrante de mí mismo, durante los ocho dias felices en que tuviste la amabilidad de soportarme sobre tus costillares. ¡Oh *Gallardo* arrogante! ¡Oh mulo desmentidor de cuantos malandrines vituperan tu raza! Bestia queridísima, de piés de bronce y de pulmones de acero, que, agena á todo desacato, desconoces el arte de levantar airada una pata, y de dar, siquiera alguna vez, el habitual y temible mordisco! Desde estos renglones te tributo un recuerdo de admiracion y cariño, que vivirá en mí mientras la vida me dure, y en la conciencia de las gentes, tanto cuanto este libro tarde en ir á envolver en sus borrosas páginas, los filamentos del azafran y los productos del árbol de la pimienta.

Ruego á mis compañeros que no consideren rebajada la dignidad de sus cabalgaduras, porque no las hago aquí partícipes de mis alabanzas egoistas. Pero por si uno de ellos no desarruga el seño, que tan mal sabe conservar, manifestaré que su caballo se portó tan bien como mi mulo. No encuentro á mano hipérbole más exagerada.

—¡Arriba, pues! dijimos, y seguimos ascendiendo unas veces en línea recta, y otras formando *zig-zas*, para hacer un poco más suaves aquellas rasantes, que hubieran sido desechadas con espanto, por cualquiera Comision de ornato que hubiese echo alarde de sentido comun.

«*Empieza á subir como viejo, y acabarás como nuevo*,» habia yo oido decir siempre á los prácticos que me habian acompañado en las cacerías del monte; y teniendo en cuenta tan sesuda sentencia, trataba de refrenar el ardor de mi cabalgadura, que cada vez más impetuósa, *gateaba* hácia arriba, sin dar el más ligero resoplido.

A poco ví que la bestia se alargaba por delante de mí, y luego observé que salia lomo y más lomo por debajo de la albardilla, y que se prolongaba de un modo indefinido la distancia que racionalmente debia mediar entre mi cabeza y la de mi sustentáculo, al cual llegué á ver casi escorzado de atrás hácia adelante.

En ninguna ocasion pudo decirse con más oportunidad aquello de—«Que me traigan otra bestia, que esta se me acaba.»—Habíase roto el pretal, y la montura, resbalando por el ángulo diedro de los costillares, se encontraba departiendo secretamente con la cola del animal.

En dos minutos se arregló el desperfecto, y quedó de nuevo mi humanidad localizada decorosamente.

Habiamos ya salido de la region de los centenos, y el suelo variaba notablemente de aspecto. Empezábase á pisar sobre planos esquistos arcillosos, y solo de vez en cuándo veíanse rastrear vergonzosamente *lastones* amarillos, ó tal cual mancha de *boj* silvestre y duro, donde apenas se hundía el casco de los animales.

No habiamos salido aún de la zona de vegetacion, pero nos acercábamos á la region de las plantas hiperbóreas.

Un cuarto de hora despues, nos encontramos, sin sospecharlo, en medio de un prado ameno y apacible, lugar el más á propósito para sosegar un rato, y dar un poco de descanso á los andantes pedestres, y á los sudorosos cuadrúpedos,

Un arroyuelo cristalino y fresco se deslizaba serpenteando con apacible murmurio entre las flores amarillas, blancas y rojas de la pradera, cuya yerba era tan crecida y espesa, que nos ocultaba enteramente de cintura abajo, luego que desmontamos. Aparecíamos, sumidos en ella, como esas arquitectónicas figuras, cuyo busto se destaca delineándose gradualmente sobre un ramaje de piedra.

Allí, reclinados sobre el césped mullido, viendo el oleagé de su móvil superficie, y escuchando el plácido ruido del arroyuelo en que el ambiente se oreaba, (hacía mucho calor;) dimos reposo y coñac al cuerpo, esparcimiento al espíritu, vino á los criados y pastos sabroso y abundante á las cabalgaduras; y así que nos encontramos fortalecidos por el descanso y el agua, (¡qué agua!) volvimos á montar de nuevo, y continuamos la marcha, bien á pesar de los contrariados cuadrúpedos, que de buen grado se levantarán en armas, pronunciándose contra nuestro despotismo, á haber tenido á mano piedras con que alzar una barricada.

El *Benedictino* nos habia dicho:

—29 grados de temperatura. Hemos caminado 4180 metros. Hemos ascendido desde Trevélez unos 1000 metros próximamente. Nos hallamos á 2300 metros de altura sobre el mar. La pendiente media recorrida es de 27 grados. Hemos tardado en llegar aquí 1 hora y 45 minutos. Son las 5 y cuarto.

—Adelante, fué la exclamacion general.

Al poco rato el suelo se hizo más pedregoso, los fragmentos de roca más pequeños, á manera de ladrillos terrosos, y más pobre y raquítica la vegetacion, que en el lenguaje vulgar del *guía*, reduciase á algunos *lastones, espinos, helechos, mancaperros, cardos, rompe barrigas, sabinas, nievos é hiniestras*, salpicados acá y allá confusamente, y todos á cual más ruin y avergonzado ante la sonrisa burlona de la nieve, que allá los mira, y cuyo atrevimiento no pueden poner á raya.

Mientras describiamos *eses* en la montaña, haciéndola por esta traicion más accesible, bien así como la mujer suele

valerse de rodeos y circunlóquios para conseguir el fin de sus propósitos, iba yo pensando en la historia de aquel desventurado Rey granadino, que dá nombre al cerro por donde ascendiamos, y tantos recuerdos se amontonaron en mi mente, y tantas sombras é imágenes flotaban sobre ella, formando un tan pesado cúmulo, que bien pudiera agobiarme, si de él no me descargo y sacudo.

Y sucedió, iba yo pensando, que allá por los años de 1462 de la era cristiana, y el 867 de la *hegira*, subió al trono de los Emires de Granada Alí Abul-Hassan, conocido generalmente por Muley-Hacen ó Mula-Hacen, que es como si dijéramos el Señor Hacen.

«Era el tal Príncipe hijo del prudente Aben-Ismail, en cuyo reinado fueron muy cordiales las relaciones entre moros y cristianos; tanto que unos y otros, amortiguando sus ódios y antipatías, se mezclaban alternativamente en sus juegos y torneos, y entraban y salian con entera libertad en sus dominios. Pero luego que Hacen ocupó el trono, dificultáronse estas relaciones, porque el jóven Monarca, esforzado y más amigo de ejercitar las artes de la guerra que de vivir en la armonia de las paz, se señaló desde luego por sus algaras y correrias en tierras rescatadas de antiguo por los cristianos; y llevó á tal punto su deseo de batallar con ellos, que cuando los Reyes Católicos enviaron embajadores á Granada, reclamando el pago de ciertos tributos, el nuevo Rey, que era mozo de pelo en pecho, contestó con gran arrogancia: «Decid á vuestros soberanos que en Granada no se labra ya oro para ellos, sinó alfanjes y hierros de lanza contra nuestros enemigos.»

¡Habráse visto atrevimiento semejante!

Sí, señor; pues lo tuvo más grande y decidido, cuando cayó una noche horrible y tempestuosa sobre la fortaleza de Zahara, cerca de Ronda, y la arrebató á los cristianos, é hizo matar á sus defensores, y trájose cautivos á Granada á los pocos que de la degollina escaparon, y hasta los niños y las mujeres, riéndose cuanto pudo de la profecia de su viejo *al-*

fakí, de luenga y blanca barba, que exclamaba con lúgubre acento.—«¡Ay de Granada! ¡Las ruinas de Zahara caerán sobre nuestras cabezas!»

¡Y vaya si él tal *alfakí* fué un segundo Jeremías! Y sinó que lo diga Alhama, que era como la *Granja* ó el *Aranjuez* de los moros granadinos. Que lo diga Alhama, la ciudad bella, con sus fuertes murallas y sus castillos almenados, sus ricos vergeles y sus templados baños.

Los ejércitos del Marqués de Cádiz, del *Adelantado* Enríquez, del *Asistente* de Sevilla, y del Conde de Miranda cayeron sobre ella, y tras una resistencia desesperada por parte de los moros, se apoderaron de su recinto, convirtiendo en templo católico su mezquita, que fué la primera que sirvió para dar en ella culto al Hijo de Nazaret.

Acudió Hacen al rescate de la ciudad con un ejército de 40,000 combatientes, y al llegar bajo sus murallas, vió el espectáculo de las bandadas de cuervos y buitres, y las manadas de perros que devoraban los cadáveres insepultos de los sarracenos, que habian sido arrojados desde los baluartes, y de tal manera se indignó, que hubo de jurar en su enojo no dejar títere con cabeza entre los pícaros cristianos que la poblacion ocupaban. Ansioso de llevar á cabo su empeño, la cercó, la cortó el agua, la escaló con denuedo y furia, y hubiérala rescatado valerosamente, á no venir en ayuda de los sitiados un ejército numerosísimo, acaudillado por los Ponce de Leon, los Guzmanes, los Téllez, los Aguilares, los Fernandez de Córdoba, los Condes de Alcaudete, de Ureña, de Cabra y de Buendia, el Maestre de Calatrava, el Alcaide de los Donceles, y qué sé yo cuántos condes y marqueses y ricoshomes más, cuántos caballeros y escuderos, cuántos estandartes, cruces y banderas, cuántas divisas y motes en los escudos, cuántas plumas y penachos en las cimeras, y sobre todo, cuántos cañones. Esto era lo más sério.

Hacen, que se vió de improviso con aquel nublado tan formidable encima, no tuvo otro remedio que levantar el sitio, y trasponer por las colinas cercanas con direccion á Granada,

á donde llegó con un humor de todos los diablos. Ponetró en su alcázar y se acostó tan hosco y amostazado, que ni se acordó siquiera de recitar las *Suras* del *Koran*. (1)

Empezó á dar vueltas en su vistosa *alhania*, sin conseguir conciliar el sueño, y últimamente se levantó, y púsose á pasear por los jardines. A poco oyó una voz angelical, que ni la de la Patti, la cual voz, acompañada de una bien templada guzla, entonaba endechas de amores, desde una de las más elevadas torres del régio alcázar.

Atónito y suspenso quedó el Rey Nazarita, oyendo aquella cancion de hadas, pues aunque, contrariado, era feroz é irascible, tenía de ordinario un corazon suave y blando, propio para dar entrada en él á los atractivos del amor; lo cual no quiere decir, sin embargo, que fuese calaveron y mujeriego.

Média hora pasó en completo éxtasis y arrobamiento el bueno de Abul-Hassan, oyendo los encantadores gorjeos de aquel ruiseñor sin alas; y aun despues que hubo cesado su canto, creia estarle escuchando palpitar en las ondulaciones de la aromática brisa, que en la floresta jugaba entre los arrayanes y las rosas de Alejandría, miradas con deleite por las estrellas titiladoras.

Enamorado por el oido, y juzgando que la garganta que aquella voz despedia, y el cuerpo cuya debia ser la garganta, no podian ser una garganta y un cuerpo de tres al cuarto, si no de lo más perfecto y acabado, se retiró pensativo á su afiligranada estancia, y dióse á pensar en quién podia ser aquella cautiva tan celestial, que olvidar le habia hecho, con su divino acento, sus reconcentrados furores.

Y cátense VV. que mientras el Sr. Hacen pensaba de esta suerte, y recreaba su alma en un mar de imaginarias voluptuosidades, ábrese la puerta de su camarin, y penetra por

(1) Con objeto de amenizar algun tanto la narracion histórica, sigo desde este punto hasta la terminacion del diálogo el pensamiento del Sr. Castelar, que en su novela «Fra Philipo» dedica algunos bellísimos capítulos á relatar el reinado del penúltimo de los Emires granadinos.

ella una mujer alta y nerviosa, enjuta y acerada, angulosa de facciones, y rígida en el mirar, severa é imperiosa, descuidada en el traje, si bien limpia y arrogante. Era la figura de Medea, ó dejando símiles que pudieran ser de alguno desconocidos, diré que la tal figura aparecida, representaba una especie de Coronel de Carabineros sin bigote, y vestido á la usanza de las mujeres moras.

¿Y saben VV. quién era aquella dama de tan imponente aspecto y ademán tan soberbio? Pues nada menos que la Sultana Aixa la Horra, la esposa de Abul-Hacen, la madre de su hijo Mohammet Boabdil.

Acercóse pausadamente al cogin de púrpura donde se reclinaba su esposo y rey, y con una voz varonil, enérgica, que contrastaba penosamente con la suave y dulce que de la torre había partido, dijo:

—Hacén: has vuelto á Granada, dejando en poder de esos perros usurpadores nuestra joya querida, nuestra preciada Alhama; ¡vergüenza para la estirpe de los Benu Nasar! ¡Baldon para tí y para tu hijo! Los pocos de nuestra raza que escaparon á la matanza, cuando asaltaron mi ciudad querida los infieles nazarenos, y los huidos de otros lugares y fortalezas que perdes, refugiados aquí en Granada, murmuran en el Albaicin y en todas partes de tu impericia y de tu abandono. La ciudad entera te acrimina, los descontentos brotan por todas partes, la guerra civil amaga entre los *zegries* que te adoran y los *abencerrajes* que te abominan, y todas las señales hacen presumir, que no está lejano el dia en que se cumpla la palabra del *Alfaki*. «¡Las ruinas de Zahara caerán sobre nuestras cabezas!»

—Me injurias, Aixa, sin ninguna consideracion ni miramiento; contestó Hacen, reprimiendo su cólera. Yo he ido con mis huestes sobre la ciudad, yo he caido sobre ella como la tromba precipitada sobre los vórtices del mar, yo he peleado allí como el último de mis esclavos, yo he blandido mi alfanje en cien horrorosos combates, y hubiera hecho arrojar mi cabeza sobre los muros de Alhama, para que penetrara

siquiera en ella lo más preciado de mi cadáver; á no saber, que mi cabeza era la vida y el pensamiento de millares de combatientes, y que de ella pende el aplomo, y ella es el sosten de este reino tan trabajado por esas disensiones, que te complaces en alimentar.

—No es que me complazca, es que hace tiempo que te considero inútil para mantener unidos los granos, un dia brillantes, de esta Granada, que empieza á deshacerse; es que te considero incapaz para regir el imperio magnífico de Alhamar, es que tu ineptitud para las artes de la guerra, y tu menosprecio por las de la paz, te han enagenado muchas voluntades, y te hacen imposible en el trono.

—¡Aixa! exclamó el Rey, levantándose de un salto como el leon herido por la flecha. ¡Aixa! Tú vienes de intento á exasperarme, á revolver dentro de mi pecho la gumia que lo atraviesa, á provocarme á que te diga que aborrezco tu injusticia y tu altaneria, y tomar de ello pretexto para levantar en armas la ciudad contra su soberano, y colocar en mi trono á tu hijo Mohammet, revelándole contra el imperio y la autoridad de su padre. Aixa, te conozco, soy sabidor de tus planes; huye de mi, y no procures atizar la cólera que rebosa en mi corazon.

Y diciendo así, tendió el brazo crispado hácia la puerta en ademan de mandato.

—Hacén, desprecio tus furores, pues te considero débil y menguado. ¡Me arrojas de tí! Yo tomaré cumplida venganza de tus ultrajes. ¡Miserable!

Hacén, ciego por la ira, arremetió á su alfange, y lo desenvainó con ánimo sin duda de cometer una atrocidad. ¡A cualquiera se la doy!

Aixa, que no vió el pleito bien parado, se escabulló de un salto, y su esposo se reprimió con trabajo; envainó el arma, y despues de pasear violentamente por el camarin, volvióse á reclinar de nuevo, excitado y meditabundo, sobre su divan encarnado.

Un esclavo nubio se presentó luego á la puerta.

—¡Qué haces! gritó el Emir irritado por la irreverencia de su favorito.

El esclavo inclinó su rostro al suelo, haciendo una profunda zalema.

—¿Qué haces ahí? repitió de nuevo Hacen relampagueando ira por los ojos.

—Poderoso Señor, he sentido latir de angustia tu corazon, dijo el esclavo sin levantar la frente.

—Márchate.

—Cúmplase tu voluntad. Tus deseos son mis leyes. Y el moro negro retrocedió un paso para retirarse del dintel.

—Oye, Farax, dijo de repente Abul-Hacen, como volviendo en sí de una pesadilla aterradora. ¿Conoces á una mujer que cantaba esta noche en la torre del *Harem*?

—La conozco, gran Señor.

—¿Quién es?

—La favorita de tu esposa Aixa.

—Cómo se llama?

—Zoraya, la estrella de la mañana.

—¿Es bella?

—Como la luna en medio del cielo sereno.

—¿Cuánto tiempo hace que está al servicio de la sultana?

—Desde que cayó cautiva en Zahara.

—¿Es cristiana?

—Cristiana es su orígen y su primitivo nombre.

—¿Cómo se llamaba?

—Isabel de Solís.

—Necesito ver á Zoraya.

—Señor, tus deseos son mis leyes.

—Venceré, añadió el rey hablando consigo mismo.

—*Le galib ille Allah*. (1) Solo Dios es vencedor.

—Condúceme á la torre del *Harem*.

—¿Ahora?

El Rey reflexionó un momento, y añadió despues.

---

(1) Estas son las palabras del blason de los reyes granadinos.

JUNTA DE ANDALUCIA CONSEJERÍA DE CULTURA

—No, deja que mi ánimo se serene, y se adormezca mi corazon. Ven á buscarme una hora antes que raye el alba por el oriente.

El esclavo hizo otra profunda reverencia y salió. Hacen se recostó en su *alhania*, mientras sostenian una cruel batalla sus encontrados recuerdos. El sol se disputaba en su mente el triunfo sobre la tempestad.

Antes que la primer línea de nácar se dibujase en el contorno de los cielos, llegó Farax de nuevo á la puerta del camarin.

—¿Es hora ya? preguntó el Rey incorporándose.

—Pronto reflejará la aurora en los picos de Xolair.

—Marchemos, dijo Hacen. Y siguiendo entre las sombras al esclavo, tan negro como ellas, atravesó patios húmedos y cubiertas galerías, jardines olorosos y escondidos algarves, y llegó por último á una torre altísima y almenada, en cada uno de cuyos frentes se dibujaba un calado y precioso ajimez. Era la torre del *Harem*.

Dejemos subir á ella al Rey, sin meternos á escudriñar sus pasos, que ellos serán tales y tan ruidosos, que hagan más eco que todas las resonancias de la más violenta algara.

Sin embargo, como pudiera haber entre VV. alguno que de curioso y entrometido pecase, añadiré algo de lo que las historias cuentan, sin hacerme solidario de lo que las malas lenguas añadan.

Dicen que subió Hacen, y que se recató tras una celosía en el tocador de la Sultana, y que cuando empezó á reir el alba, vió á Zoraya en el inmediato camarin, que descuidada, y sin sospechar la masculina vigilancia, se empezó á hacer la *toilette* de mañana; y cuentan que era tan soberanamente hermosa, que los ojos del pobre Rey quedaron deslumbrados; y añaden que la vió luego en el mismo traje en que Adan se encontró á Eva cuando despertó de su sueño con una costilla menos; el mismo en que David vió á Betshabé, cuando se bañaba sin conocimiento de Urias; en el que Acteon vió á Diana; en el que los artistas visten á Venus Afrodita al brotar de

las espumas; y en el mismo, poco menos, que el que usan las *suripantas* de Paris en el *can-can de Maville*. Y cuentan las crónicas escandalosas, que aquella aparicion tan arrebatadora, tan pura y tan adorable, fué causa de que el bueno de Hacen perdiera para siempre los estribos, y que la eligiera para Sultana de su corazon, y que la hiciera robar del harem, y que se refujiara con ella en Generalife. Y añaden que la pobre Isabel no sabia que su raptor era el Rey, y que á fuerza de halagos, caricias y constancia, consiguió este que Zoraya se enamorara perdidamente de él, y que al fin y al cabo,.....

Pero dejemos hablar á los historiadores, gente cuerda y sensata, que, sin meterse en otros dibujos, nos dirán las consecuencias fatales de aquellos ardientes amores.

«Hacia un mes que Abul-Hacen habia desaparecido de su corte, y abandonado el gobierno del reino en manos de su Visir Abul-Cassim-Venegas, de linaje cristiano y enemigo acérrimo de los Abencerrajes. Aixa, la sultana sabidora de los amorios de Abul-Hacen, y por tanto celosa y ofendida, no cesaba de concitar los ánimos de los enemigos del Rey y de Venegas, para que se rebelaran contra aquel, le destronaran y dieran el poder á su hijo Mohammet Boabdil, que aunque jóven todavía, estaba ya casado con Moraima, hija de Aliatar, el veterano Alcaide de Loja.»

.....

«Solazábase el Rey con su querida Zoraya en los jardines de los Alijares, cuando oyó voces de tumulto en el recinto de la ciudad: eran los Abencerrajes que proclamaban Rey á Boabdil, de acuerdo con el Alcaide de la torre donde estaba encerrada la repudiada sultana. Lanzóse Abul-Cassim sobre los tumultuados, y trabóse un combate sangriento en las calles; púsose el populacho de parte de los revoltosos, y el Rey con su hermano Aldallah Azzagal, Zoraya y toda la familia de los Venegas tuvieron que salir de Granada, y refugiarse en el castillo de Mondújar.»

.....

«Volvieron al dia siguiente los fugitivos sobre Granada, y renováronse las horribles escenas del anterior, peleándose por ambos bandos con el mayor encarnizamiento: y el Rey y su Visir tuvieron á gran suerte poder escapar de nuevo con vida, y huyeron á Málaga con un corto séquito de leales.»

.....

«Reducido en tanto Abul-Hacen á la ciudad y distrito de Málaga que le permanecian fieles, limitábase á hacer algunas algaras y correrías por los campos de Estepona, de Algeciras y de Gibraltar, costándole sóstener vivas refriegas con los Alcaides de las fortalezas cristianas.»

.....

.....fueron los cristianos derrotados por completo en la Ajarquía de las sierras de Málaga, donde perecieron tantos insignes caudillos y capitanes, y en cuyas fragosidades entregaron la vida tantos aguerridos soldados, muertos bajo la lluvia de las saetas, ó aplastados por los peñascos que los moros derrumbaban desde las alturas. Abul-Hacen, cuya quebrantada salud no le permitió por entonces empuñar la cimitarra, como él queria, envió á su hermano Azzagal y á los dos Venegas, Reduan y Cassim, con lo mejor de sus tropas, á tomar la embocadura de la Ajarquía, y allí fueron acuchillados cuantos cristianos habian escapado con vida de las matanzas anteriores.»

.....

El desastre de la Ajarquía sembró el luto y derramó la consternacion en todos los pueblos andaluces, y fué general el gozo que despertó en Granada la total derrota de los cristianos. Solo habia uno que no participaba del comun regocijo; era el Rey Mahammet Boabdil, que veia con envidia los aplausos que el pueblo tributaba á su padre y á su tio; y ansióso de acometer por sí alguna empresa ruidosa, que eclipsara en parte la gloria por ellos adquirida, juntó una hueste de 1500 ginetes y 7000 infantes, y contando con su suegro Aliatar, marchó con ánimo de penetrar por la frontera de Écija. Desvastó los campos de Aguilar, Cabra y Montilla, y procedió á poner sitio á Lucena, donde en un reñidísimo encuentro cayó cautivo del Regidor Martin Hurtado.—En la retirada fué muerto su suegro, por no haberse querido rendir prisionero.»

.....

«El Rey Fernando habia hecho trasladar á Córdoba, con gran urgencia á Boabdil, y despues de tomar consejo, fué deliberado el rescate con las más humillantes condiciones para el Rey Chico.

.....

«Durante el cautiverio de Boabdil, habian marchado á Granada Abul-Hacen y su hermano, que fueron recibidos por el pueblo con el mayor entusiasmo, y Aixa y Moraima, fueron encerradas en una torre del Albaicin.»

.....

«Esperaban á Boabdil en la frontera varios personajes de su partido, enviados por la Sultana madre, y aunque estos le expusieron

con lealtad la triste situacion de los de su bando, y los peligros que corria de caér en manos de los agentes de su padre, en el caso de que intentase entrar en Granada, no vaciló en hacerlo. Prosiguió su camino, y tuvo la fortuna de llegar aquella noche, sin ser visto, al pié de los muros del Albaicin, y entrando por un postigo secreto fué recibido con el mayor júbilo por su madre y por su esposa. Antes de amanecer, atronaba ya las calles de Granada el estruendo de los atabales y trompetas, y la griteria de los Abencerrajes, que proclamaban de nuevo á Boabdil. Abul-Hacen y su Visir despertaron despavoridos, aprestaron su gente, y lanzándose á las calles, al frente de sus más adiptas tribus, empeñose un general y mortífero combate entre los fogosos partidarios del padre y del hijo. Los de Boabdil se vieron precisados á abandonar el centro de la poblacion, y se refugiaron en la Alcazaba.

Abundantemente corrió la sangre musulmana todo aquel dia. La noche y el cansancio suspendieron aquellas escenas sangrientas, que se renovaron con mayor fuerza al amanecer. Calles y plazas sembráronse de nuevo de cadáveres, y muchos valientes, á quienes habian respetado las lanzas cristianas, sucumbieron á los golpes del acero musulman.»

.....

«Bien cumplido vió su objeto el Marqués de Cádiz, cuando en la asamblea de Córdoba aconsejó la libertad de Boabdil, como medio eficaz de atizar las discordias entre los moros.»

.....

«Mediaron al fin los venerables Xeques granadinos, asustados de tanta matanza, y merced á su intercesion, cesó la lucha, se celebró un armisticio, se entró en negociaciones, y Boabdil aceptó el partido que le ofrecieron, de ir á establecerse como Rey á Almería, con la gente de su bando.»

.....

«Los partidos de Hacen y de Boabdil seguian encarnizados, y se achacaban mútuamente los grandes desastres que sufria el reino. El anciano Abul Hacen yacia casi ciego y postrado por sus dolencias, pero sostenia su causa y su prestigio su valeroso hermano. A punto estuvo este de apoderarse una noche de su sobrino, que continuaba en Almería con su simulacro de corte, hostilizando siempre á su padre. Unos traidores Alfaquíes le abrieron las puertas de la ciudad, pero advertido momentos antes Boabdil, logró escaparse con sesenta ginetes, y tomando el camino de Córdoba, fué á refugiarse al abrigo de los Monarcas cristianos.»

.....